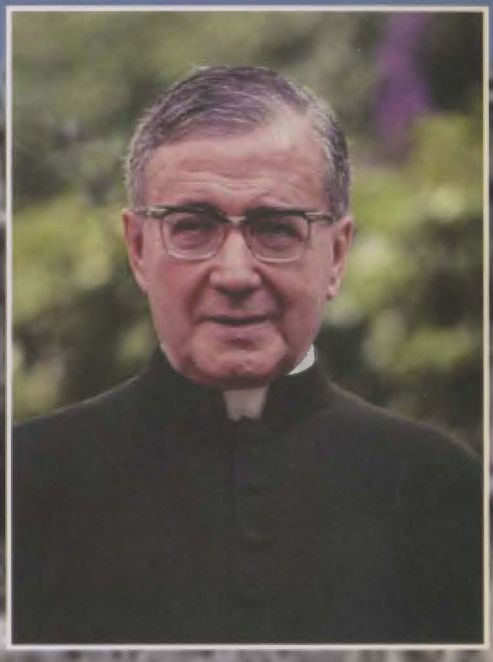
Sacerdotes para el tercer milenio

A la luz de la vida y los escritos de San Josemaría Escrivá



Diálogos de Teología IV

Asociación Almudí, 2002

88

Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Diálogos de Teología IV

Sacerdotes para el tercer milenio

A la luz de la vida y los escritos de San Josemaría Escrivá

Coordinadores:
Javier Palos • Carlos Cremades

EDICEP
Mainel Fundación

117704108
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ORGANIZAN:

Asociación Almudí, Valencia
Biblioteca Esyre, Murcia
Biblioteca Tabarca, Alicante
Biblioteca Calar, Albacete

COLABORA:

Fundación MAINEL de la Comunidad Valenciana
Fundación EDYDE de Murcia

© by EDICEP C.B. 2002
© Fundación Mainel 2002
C/ Mar 26, 2º 46003 Valencia

Primera edición: Octubre 2002
Maquetación: EDICEP

PRINTED IN SPAIN
I.S.B.N.: 84-7050-701-X
Depósito Legal: V-3717-2002

EDICEP C.B.
Almirante Cadarso, 11 • 46005 - VALENCIA (España)
Tfno.: (34) 96 395 20 45 • 96 395 72 93 • FAX: 96 395 22 97
E-mail: edicep@nexo.net • www.edicep.com

IMPRIME: GUADA Litografía S.L. VALENCIA (España)

ÍNDICE

PRÓLOGO por *Ricardo M. Cardenal Carles* 7

Presentación y agradecimientos 11

1. La figura sacerdotal de San Josemaría Escrivá
Mons. Fernando Sáez, Arzobispo de El Salvador 13

2. San Josemaría, sacerdote
D. José Orlandis, Profesor de Historia de la Iglesia 35

3. Piedad sacerdotal
Mons. Agustín García Gasco Vicente, Arzobispo de Valencia 43

4. Unidad de vida y experiencia sacerdotal
D. José Luis Illanes, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra 57

5. El sacerdote como formador de cristianos
Mons. Jesús García Burillo, Obispo Auxiliar de Alicante 73

6. Sacerdocio común y ministerial
D. Pedro Rodríguez, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra 91

7. San Josemaría Escrivá como «lector» de la Biblia
D. José María Casciaro, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra 115

8. La fraternidad sacerdotal
Mons. Manuel Ureña Pastor, Obispo de Cartagena 149

9. La fraternidad sacerdotal en la vida y en la doctrina de San Josemaría. La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz
D. Francisco Lucas Mateo Seco, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra 163

10. Una espiritualidad para el clero diocesano: la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz
D. Juan Francisco Pozo, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra 191

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

PRÓLOGO

En febrero del año 2000 fui invitado a participar en uno de los coloquios organizados por la Biblioteca Sacerdotal Almudí de Valencia, donde expuse el tema «El Sínodo para Europa ante el año 2000». Posteriormente, todas las intervenciones de dicho coloquio se publicaron en un volumen titulado *Condenados a la alegría.*

En años sucesivos la Biblioteca Sacerdotal Almudí ha ido celebrando sus ciclos anuales de mesas redondas. El lector tiene en sus manos el volumen correspondiente al año 2002, en que el ciclo ha estado dedicado al sacerdocio. Dado que es el centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá, todos los ponentes han procurado tener presentes el ejemplo y las enseñanzas de este sacerdote en este año canonizado.

Me dicen los promotores de la iniciativa que hasta ahora han prologado los tres primeros volúmenes de la colección los obispos de las tres diócesis de la Comunidad Valenciana. Y ahora han pensado solicitar ese servicio de obispos oriundos de Valencia que estamos en otros lugares. Toda petición que viene de mi querida Iglesia madre de Valencia –en la que nací a la vida cristiana, y en la que fui ordenado sacerdote y ejercí como párroco– tiene para mí un valor entrañable y comporta una obligación suplementaria de aceptarla. Y esto es lo que he hecho también en este caso.

La Biblioteca Sacerdotal Almudí ha escogido para este volumen un título muy oportuno: *Sacerdotes para el tercer milenio*. Desde luego, el incremento de las vocaciones sacerdotales y la teología y espiritualidad del sacerdote, y en concreto del sacerdote diocesano, son uno de los grandes retos que tiene planteados la Iglesia. En uno y otro ámbito, creo que hemos de albergar grandes esperanzas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Si contemplamos la Iglesia con una visión netamente católica, es decir, universal, podemos observar que durante el pontificado del Papa Juan Pablo II se ha duplicado el número de seminaristas mayores en el catolicismo. Por eso, acostumbro a decir que la crisis de vocaciones sacerdotales es un fenómeno eminentemente europeo, y más concretamente de la Europa Occidental, desde Berlín hasta Portugal. En la Europa Central y Oriental las vocaciones son numerosas, como lo son en América Latina, en África e incluso en Asia, donde, a pesar de todo, la Iglesia, es minoritaria en muchos países.

Esta realidad y la renovación de la teología, la espiritualidad y la praxis pastoral del sacerdote secular, auguran sin duda un nuevo milenio en el que el sacerdocio ministerial recibirá nuevos impulsos en todos esos ámbitos.

El mismo título del volumen, *Sacerdotes para el tercer milenio,* evoca el título de la carta apostólica *Novo millennio Ineunte (En el inicio del nuevo milenio),* en cuyo número 46 el Santo Padre dice lo siguiente: «Se ha de hacer ciertamente un generoso esfuerzo –sobre todo con la oración insistente al Dueño de la mies (cfr. Mt 9, 38)– en *la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración*. Éste es un problema muy importante para la vida de la Iglesia en todas las partes del mundo. Además, en algunos países de antigua evangelización, se ha hecho incluso dramático debido al contexto social cambiante y al enfriamiento religioso causado por el consumismo y el secularismo. Es necesario y urgente organizar una *pastoral de las vocaciones* amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y a las familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí mismo y de las propias fuerzas para la causa del Reino».

Esta pastoral vocacional no quita nada a la auténtica promoción de los laicos en la Iglesia. Por esto deseo subrayar lo que el Papa dice inmediatamente después del párrafo citado: «En este contexto cobran también toda su importancia las demás vocaciones, enraizadas básicamente en la

riqueza de la vida nueva recibida en el sacramento del Bautismo. En particular, es necesario descubrir cada vez mejor *la vocación propia de los laicos*, llamados como tales "a buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios" (Vaticano II, LG 31) y a llevar a cabo "en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde [...] con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres" (AA 2)» (NMI 46).

A enriquecer ese planteamiento pueden ayudar muchas de las aportaciones de esta obra, uno de cuyos capítulos versa precisamente sobre las relaciones entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, en el que se analiza la misión del sacerdote como formador de cristianos y de cristianos laicos.

La vida de San Josemaría Escrivá, como la de tantos sacerdotes de ayer y de hoy –y esperamos que también de mañana– es un testimonio claro de que de una vida sacerdotal generosamente entregada a su ministerio surgen numerosas vocaciones laicales que alcanzan una gran fecundidad espiritual y apostólica para la Iglesia y el mundo.

† Ricardo M. Cardenal Carles
Arzobispo de Barcelona

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Las Bibliotecas Sacerdotales Almudí, Esyre, Tabarca y Calar, organizan cada curso un ciclo de conferencias sobre cuestiones teológicas y pastorales. Al celebrar este año el centenario del nacimiento y la canonización, el 6 de octubre por el Papa Juan Pablo II, de San Josemaría Escrivá hemos pretendido que estas sesiones sean un sentido acto de gratitud por la lección de fidelidad a la Iglesia que con su vida y su incansable actividad sacerdotal él ha ofrecido.

Si se quisiera sintetizar en pocas líneas el ansia de su corazón sacerdotal, tal vez servirían esas palabras que solía repetir: «Para servir, servir». Esto es, fomentar constantemente en el alma el espíritu de servicio y traducirlo en obras concretas a la extensión del mensaje de Jesucristo y su obra salvífica.

Su celo sacerdotal, enriquecido con una rica personalidad sobrenatural y humana, comunicativa, amable y optimista, le llevó a lo largo de más de 50 años a tratar a centenares de miles de personas, de toda edad y condición, que encontraban en él consejo y ayuda espiritual. Insistía en que «todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos en sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 P 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión de Dios-Hombre» (*Es Cristo que pasa*, n. 96).

San Josemaría difundió a manos llenas su mensaje espiritual (el espíritu) entre fieles de toda condición en los cinco continentes, y con acentos muy entrañables, ya desde los comienzos de su misión pastoral, entre sus hermanos los sacerdotes seculares. Un párrafo, entre tantos, de una ho-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

milía suya, puede ilustrar el profundo afecto que sentía por los sacerdotes, así como el reconocimiento de la labor que desempeñan en el seno del pueblo de Dios: «Saboreo la dignidad de la finura humana y sobrenatural de estos hermanos míos, esparcidos por toda la tierra. Ya ahora es de justicia que se vean rodeados por la amistad, la ayuda y el cariño de muchos cristianos. Y cuando llegue el momento de presentarse ante Dios, Jesucristo irá a su encuentro, para glorificar eternamente a quienes, en el tiempo, actuaron en su nombre y en su Persona, derramando con generosidad la gracia de que eran administradores» (Homilía: *Sacerdote para la eternidad*).

A lo largo de este ciclo de conferencias, ponentes de reconocido prestigio, han expuesto distintos aspectos de sus enseñanzas; a ellos va también nuestro agradecimiento. Agradecimiento que hacemos extensivo a los participantes que con sus aportaciones y preguntas han permitido que los diálogos tuvieran viveza y nos enriquecieran más. No queremos olvidar a tantas personas que con una dedicación callada y generosa han permitido que las jornadas, en sus diversas sedes, se hayan gratamente realizado. Por último, queremos resaltar la ayuda que nos ha prestado en todo momento la Fundación Mainel; sin ella difícilmente este trabajo podría haberse llevado a cabo.

Biblioteca Almudí

1

LA FIGURA SACERDOTAL DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Mons. Fernando Sáenz Lacalle
Arzobispo de El Salvador

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Josemaría Escrivá, un sacerdote «cien por ciento», que un par de horas antes de morir, en su última catequesis dirigida a un grupo de mujeres les asegura, con fuerza, que ellas tienen «alma sacerdotal». El Señor ha obrado por su intercesión milagros prodigiosos y abundantes, señalándonos con ello la santidad de su vida y la trascendencia de su mensaje.

1. Introducción

Agradezco muy sinceramente la invitación que se me ha hecho para participar en estos Diálogos de Teología en su cuarta edición, que me han permitido conocer la bella capital del Levante –una evidente grave omisión que he podido superar– y encontrarme con un numeroso grupo de hermanos sacerdotes de los que espero enriquecerme con sus intervenciones y experiencias.

Especial alegría me proporciona encontrarme con don José Orlandis, a quien conozco desde los años cincuenta. Cuando yo cursaba Ciencias Químicas en la Universidad de Zaragoza, acudía los sábados al recientemente inaugurado Colegio Mayor Miraflores. Don José Orlandis y don Vicente García Chust, valenciano, eran los sacerdotes que solían dirigir la meditación en el oratorio, seguida de la Bendición con el Santísimo y canto gregoriano de la Salve. Luego atendían la dirección espiritual de los universitarios que frecuentábamos ese Centro de la Obra. Allí descubrí mi vocación al Opus Dei. Terminé la carrera; completé la Milicia Universitaria; antes y después trabajé en una empresa familiar; cursé los estudios sacerdotales institucionales; estuve en Roma donde me doctoré en Teología; me ordené sacerdote; marché inmediatamente a Centroamérica, y –después de más de cuarenta años– aquí estoy sentado junto a don José. Le expreso mi más sincero agradecimiento.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

No tengo la menor duda de que, con su oración y su ayuda sacerdotal, tanto él como don Vicente García Chust, fueron eficaces instrumentos del Señor en el camino de mi vocación.

Me alegra también participar en este intercambio de experiencia y de impresiones con hermanos sacerdotes. Desde 1962, fecha en que llegué a El Salvador, hasta 1985, año en que S.S. Juan Pablo II me nombró Obispo Auxiliar de Santa Ana, procuré invitar cada mes a un grupo de sacerdotes para compartir unas horas fraternalmente: estudiando algún documento, dedicando unos minutos a la meditación de algún tema ascético, explayándonos después en amena tertulia antes, durante y después del almuerzo.

Uno de los sacerdotes que habitualmente acudía a esas reuniones mensuales es famoso en todo el mundo y su Causa de Beatificación está muy avanzada. Me refiero a que el día en que Mons. Oscar Arnulfo Romero fue asesinado, estuvo participando en uno de estos encuentros mensuales con sacerdotes, a los que desde años asistía con la frecuencia que le permitía su complicada agenda. Siempre he comentado que el Señor le preparó para su muerte con una jornada de fraternidad sacerdotal, en un ambiente amable y sobrenatural.

Me siento muy a gusto entre ustedes y muy agradecido a quienes me han invitado. Lamento por otra parte que mi intervención haya sido preparada aprovechando resquicios de tiempo y no tenga la profundidad y categoría que el tema y ustedes merecen. El cálido ambiente familiar paliará estas carencias.

2. Sacerdote secular

Llamado al sacerdocio para «algo»

Al abordar el tema de la FIGURA SACERDOTAL DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, considero oportuno adelantar que estoy muy de acuerdo con todo lo que Antonio Aranda señala en su reciente publicación *«El bullir de la Sangre de Cristo»* [1]. Dios llamó a Josemaría hacia

1. A. ARANDA, *«El bullir de la sangre de Cristo». Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000.

el sacerdocio para preparar de este modo a la persona que tendría la responsabilidad de fundar el Opus Dei, institución a la que, por vocación divina, se incorporarían miles y miles de fieles laicos para vivir plenamente el sacerdocio común de los fieles cristianos en medio del mundo; santificando las tareas seculares, ciudadanas, que cada uno realiza; desarrollando con la gracia de Dios las virtudes cristianas precisamente en el ejercicio de su trabajo y profesión y ejerciendo un efectivo apostolado en los ambientes familiares, laborales y sociales donde se encuentran.

Andrés Vázquez de Prada en el primer tomo de su obra *El Fundador del Opus Dei* [2], nos proporciona datos muy interesantes sobre la infancia y juventud de San Josemaría.

Nace en un hogar profundamente cristiano, muy normal, sin «beaterías». Su padre, don José, es un empresario honrado, muy limosnero. Doña Dolores es una madre trabajadora incansable, con relaciones sociales, con buen humor y sensatez admirables. Josemaría es un muchacho inteligente, estudioso, de conciencia delicada, dócil a la buena formación que se le proporciona en casa y en los centros educativos a los que acude.

Recibe los sacramentos del Bautismo y la Confirmación. La configuración con Cristo que ambos sacramentos producen «ex opere operato» es una fuente insondable de acción divina en esa alma inocente.

La fragua del dolor

Dato muy importante: el Señor va forjando la personalidad de Josemaría en la fragua del dolor. Y en esa fragua se templa también las personalidades de sus padres, pues los tres, y también Carmen su hermana, serán afectados por la vocación sacerdotal de Josemaría.

A los dos años de edad Josemaría cae gravemente enfermo y es desahuciado. Se cura milagrosamente y sus padres, que lo habían «ofrecido» a la Virgen de Torreciudad, harán un viaje a lomo de mula por agrestes parajes para «presentarlo» a Santa María, que lo acoge como hijo muy querido sobre el que derrochará su maternal cariño.

2. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, t. I, Madrid 1997.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El día de la Primera Comunión, Josemaría recibe en silencio una caricia divina: el peluquero se descuida y produce una dolorosa quemadura con la tenacilla caliente al hacerle un rizo a la moda de aquel tiempo.

La muerte sucesiva de las tres hermanas menores, en orden ascendente de edad, suponen año tras año un dolor intenso. Josemaría comenta que el próximo en morir será él.

Reveses económicos, afrontados con honradez, traen consigo el traslado de la familia a Logroño y que don José pase de ser empresario a desempeñarse como dependiente de una importante tienda. Estas circunstancias dieron ocasión a ciertos comentarios desagradables y hasta humillantes.

Josemaría estaba experimentando en su propia carne y en los seres más queridos lo que significaba participar en el sacrificio de Cristo sacerdote a través de las incidencias de la vida ordinaria. Más adelante tendría que abrir camino a miles de almas en esta espiritualidad que une el «alma sacerdotal» a la «mentalidad laical».

Vocación divina

Las huellas en la nieve de un carmelita descalzo provocan un verdadero terremoto en el corazón de Josemaría. Alguien camina descalzo por amor a Dios y él ¿qué está haciendo?

El ambiente familiar –aunque tenga sacerdotes en su parentela– no le había encaminado hacia el sacerdocio. Antes bien, le gustaba la arquitectura. Consideraba poco útil el estudio del latín –«para los curas», decía– y también don José esperaba apoyarse en su hijo, –muchacho excelente y muy responsable– para sacar adelante su familia.

El Señor le llamó y Josemaría respondió positivamente a la vocación divina. Consultó con el padre José Miguel, el de las huellas en la nieve, el cual quiso atraerle hacia el Carmelo. Pero Josemaría consideró que no era esa su vocación. Don José, después de derramar alguna lágrima, al ver que sus planes sobre Josemaría se venían abajo, le orienta hacia el abad o deán de la Colegiata de Santa María de la Redonda, el cual le presentó el panorama de la carrera sacerdotal, tal y como entonces se entendía... Josemaría se dio cuenta que tampoco era eso. No se trataba de

ser sacerdote e ir progresando en los medios eclesiásticos a base de méritos y oposiciones [3].

El joven estudiante, removido por el Espíritu Santo, distingue claramente entre la esencia del sacerdocio hacia el que siente llamado y la concreción sociológica del sacerdocio tal y como se daba en el primer cuarto del siglo XX [4].

En la homilía pronunciada en el Campus de la Universidad de Navarra el 8 de Octubre de 1967 se referirá al decidido carácter *secular* de su vocación sacerdotal y la de todos los miembros de la Obra:

> «Nada distingue a mis hijos de sus conciudadanos. En cambio, fuera de la Fe, nada tienen en común con los miembros de las congregaciones religiosas. Amo a los religiosos y venero y admiro sus clausuras, sus apostolados, su apartamiento del mundo –su *contemptus mundi*– que son otros signos de santidad en la Iglesia. Pero el Señor no me ha dado vocación religiosa, y desearla para mí sería un desorden. Ninguna autoridad en la tierra me podrá obligar a ser religioso, como ninguna autoridad puede forzarme a contraer matrimonio. Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo» [5].

La vocación sacerdotal de Josemaría era muy *secular*, no sólo porque no era *religiosa* sino porque era una vocación sacerdotal para algo que no sabía que era y que después, en 1928, 1930, 1931 y 1943 irá descubriendo: ser sacerdote, estar muy en contacto con la sociedad civil para orientar a todos los fieles corrientes a descubrir el maravilloso panorama de desarrollar su vocación de cristianos laicos, de vivir con intensidad el «sacerdocio real» de los bautizados.

A pesar del paso que acababa de dar, que creía acertado, continuaba sintiendo «una extraña sensación de seguir caminando como a ciegas, en busca de una respuesta a su *¿por qué*? ¿Para qué voy a hacerme sacerdote? El Señor quiere algo. ¡Señor, que vea! *Domine, ut videam! Ut sit! Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro*» [6].

---

3. «Aquello no era lo que Dios me pedía, y yo me daba cuenta: no quería ser sacerdote para ser sacerdote, el cura que dicen en España. Y tenía veneración al sacerdote, pero no quería para mí un sacerdocio así» (*Meditación* del 14-2-1964, cit. en *ibid.*, p. 117s.).
4. *Ibid.*, p. 115s.
5. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones...*, n. 118.
6. F. GONDRAN, *Al paso de Dios*, Madrid 1992, 34. La cursiva, del autor, son expresiones de San Josemaría.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En contacto con el mundo

Josemaría nunca dejará de estar en contacto con la sociedad de su tiempo. En Logroño cursa los primeros estudios del seminario en régimen externo. Simultaneó los estudios eclesiásticos en Zaragoza con la carrera de Derecho. Ve la conveniencia de trasladarse a Madrid para cursar las materias del Doctorado. Dará clases particulares de Derecho y luego ocupará la Cátedra de Ética Profesional en la Escuela de Periodismo. Conocerá profundamente los barrios misérrimos de la periferia de Madrid y los hospitales donde se hacinaban los enfermos, muchos de ellos desahuciados por padecer tuberculosis, enfermedad incurable en aquel tiempo.

Respecto a su familia, el Señor dispuso que, por una parte, viviese su entrega a la tarea pastoral con generosa heroicidad, lo cual supuso dolorosas ausencias en momentos entrañables: estaba en el seminario cuando don José murió víctima de un infarto y, cuando murió doña Dolores por una súbita gravedad, San Josemaría estaba dando Ejercicios Espirituales al clero de Lérida. Sin embargo nunca dejó de prestar la atención a su familia que el Cuarto Mandamiento supone: a la muerte de su padre sostuvo a su madre y sus hermanos con sus escasas entradas económicas. Por otra parte, la Abuela y tía Carmen[7] supondrían para él una gran ayuda para atender las primeras residencias de estudiantes, comunicando a los centros de la Obra el ambiente, que en todo el mundo se conserva, de hogares de familia luminosos y alegres. Fui testigo del dolor y de la alegría simultáneos que la muerte de Carmen produjo en su hermano, el 20 de junio de 1957. A los que estábamos estudiando en el Colegio Romano de la Santa Cruz nos reunió a media mañana en el «soggiorno». Era la Solemnidad del Corpus Christi. Nos contó que su hermana había muerto santamente en horas de la madrugada, y de su convencimiento de que gozaba ya de la felicidad eterna. Después de su muerte conocimos que el Señor tuvo con él una caricia muy sobrenatural en esa ocasión.

7. Los miembros del Opus Dei, al hablar familiarmente de la madre y la hermana de su Fundador utilizan los términos de Abuela y de Tía Carmen.

Toda la vida sacerdotal de San Josemaría, fue evidentemente secular, es decir orientada, como objeto directo de su vocación, a la implantación del Reino de Dios en la sociedad civil. Los sacerdotes diocesanos eran también objeto prioritario de su desvelo sacerdotal.

El antiguo Arzobispo de Valencia, Mons. José María García Lahiguera –persona con fama de santidad, cuyo proceso de canonización ha sido incoado–, tuvo conocimiento en 1932 por medio del mismo don Josemaría Escrivá de la fundación que éste estaba llevando a cabo. Remontándose a esa fecha escribió:

> «Yo estaba fuertemente conmovido de lo que iba oyendo y comprendí enseguida que el Padre estaba iniciando algo verdaderamente trascendental, de Dios. Era un panorama de apostolado y servicio a la Iglesia que atraía, maravilloso. (...) Su amor a la Iglesia de Dios era tan grande que, de modo natural, estimulaba y alentaba todas las instituciones surgidas para llevar almas a Dios. (...) Pero si quisiéramos destacar algún campo en el que su amor a la Iglesia encontraba lugar para expansionarse –además, como digo, de la Obra de Dios le había encomendado–, podemos afirmar que fue el clero diocesano uno de los principales objetivos de sus afanes apostólicos» [8].

3. Sacerdote «cien por cien»

San Josemaría refiriéndose a un grupo de hijos suyos que iban a recibir la ordenación presbiteral transmite su propia experiencia de cómo combinar su condición de profesional –era Doctor en Derecho Civil– y su ministerio sacerdotal:

> «El santo Sacramento del Orden Sacerdotal será administrado a este grupo de miembros de la Obra, que cuentan con una valiosa experiencia –de mucho tiempo tal vez– como médicos, abogados, ingenieros, arquitectos o de otras diversísimas actividades profesionales. Son hombres que, como fruto de su trabajo, estarían capacitados para aspirar a puestos más o menos relevantes en su esfera social.
>
> Se ordenarán, para servir. No para mandar, no para brillar, sino para entregarse, en un silencio incesante y divino, al servicio de todas las almas.

8. J.M. GARCÍA LAHIGUERA, *Testimonio sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1991, pp. 15, 29-30.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cuando sean sacerdotes, no se dejarán arrastrar por la tentación de imitar las ocupaciones y el trabajo de los seglares, aunque se trate de tareas que conocen bien, porque las han realizado hasta ahora y eso les ha confirmado en una mentalidad laical que no perderán nunca.

Su competencia en diversas ramas del saber humano –de la historia, de las ciencias naturales, de la psicología, del derecho, de la sociología–, aunque necesariamente forme parte de esa mentalidad laical, no les llevará a querer presentarse como sacerdotes-psicólogos, sacerdotes-biólogos o sacerdotes-sociólogos: han recibido el Sacramento del Orden para ser, nada más y nada menos, sacerdotes-sacerdotes, sacerdotes cien por cien.

Probablemente, de tantas cuestiones temporales y humanas entienden más que bastantes seglares. Pero, desde que son clérigos, silencian con alegría esa competencia para seguir fortaleciéndose con continua oración, para hablar sólo de Dios, para predicar el Evangelio y administrar los Sacramentos. Ésa es, si cabe expresarse así, su nueva labor profesional, a la que dedican todas las horas del día, que siempre resultarán pocas: porque es preciso estudiar constantemente la ciencia de Dios, orientar espiritualmente a tantas almas, oír muchas confesiones, predicar incansablemente y rezar mucho, mucho, con el corazón siempre puesto en el Sagrario, donde está realmente presente Él que nos ha escogido para ser suyos, en una maravillosa entrega llena de gozo, aunque vengan contradicciones, que a ninguna criatura faltan» [9].

Intensa vida espiritual

El carácter secular de la vocación sacerdotal de Josemaría Escrivá no supone una reducción de exigencia en la espiritualidad y en las prácticas ascéticas. Muy al contrario: San Josemaría, siente sobre sí la obligación de implantar en el mundo el Reino de Cristo y de comunicar a todos los hombres y mujeres el grandioso anuncio de que, al crearlos, Dios les ha llamado a la santidad.

Debe transmitir ese mensaje –que en 1965 hizo suyo el Concilio Ecuménico Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium* (cap. V)– a quienes le rodean para que éstos, encendidos en amor de Dios, lo vivan y lo trasmitan a sus parientes, colegas, amigos, vecinos...

9. Homilía *Sacerdotes para la eternidad*, en J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, Madrid 1986, p. 64.

Como botón de muestra sirva esta consideración de Camino:

«Eres, entre los tuyos –alma de apóstol–, la piedra caída en el lago.

– Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y este otro... y otro y otro... cada vez más ancho.

– ¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?» [10]

La convicción de su responsabilidad de comunicar el mensaje de la llamada universal a la santidad a la humanidad entera lleva a San Josemaría a vivir intensamente el sacerdocio y a transmitir a los demás sacerdotes esa misma convicción. ¿Cómo concibe y vive su vocación sacerdotal? Veamos algunos párrafos de sus escritos.

Identidad sacerdotal

«El Sacerdote –quien sea– es siempre otro Cristo» [11].

«No quiero –por sabido– dejar de recordarte otra vez que el Sacerdote es "otro Cristo". –Y que el Espíritu Santo ha dicho: "nolite tangere Christos meos"– no queráis tocar a "mis Cristos"» [12].

«Algunos se afanan por buscar, como dicen, la identidad del sacerdote. (...) ¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» [13].

«Ésta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado. Si se comprende esto, si se ha meditado en el activo silencio de la oración, ¿cómo considerar el sacerdocio una renuncia? Es una ganancia que no es posible calcular. Nuestra Madre Santa María, la más santa de las criaturas –más que Ella sólo Dios– trajo una vez al mundo a Jesús; los sacerdotes lo traen a nuestra tierra, a nuestro cuerpo y a nuestra alma, todos los días: viene Cristo para alimentarnos, para vivificarnos, para ser, ya desde ahora, prenda de la vida futura» [14].

Así sentía San Josemaría su sacerdocio.

10. Idem, *Camino*, n. 831.
11. *Ibid.*, n. 66.
12. *Ibid.*, n. 67.
13. Homilía *Sacerdotes para la eternidad*, *o.c.*, p. 70. La cursiva es del autor.
14. *Ibid.*, p. 72.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La Santa Misa, la raíz y el centro de la vida interior de Josemaría Escrivá

Salvador Bernal en sus *Apuntes* [15] recoge el testimonio de un joven que formaba parte del grupo de personas que atravesaron los Pirineos por Andorra, para pasar de una a otra zona en tiempo de la guerra española.

De rodillas en el suelo don Josemaría celebró la Santa Misa sobre una piedra, a guisa de altar, en el tenso ambiente de la fuga, con el temor de ser descubiertos. Años más tarde el joven recuerda con precisión la piedad y devoción con que el sacerdote celebró el Santo Sacrificio.

Todos cuantos hemos asistido alguna vez a la celebración eucarística del Fundador del Opus Dei guardamos en nuestro corazón la misma impresión. En *Camino* se recoge otro testimonio de los años treinta:

> «Me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo –mesa y ara–, sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta.
>
> Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia» [16].

Su predicación

Conocemos su generosa entrega a trasmitir el mensaje evangélico con «don de lenguas» a los fieles cristianos y a la humanidad entera: sus meditaciones y charlas, sus retiros y Ejercicios Espirituales, sus escritos tan abundantes y las catequesis, en forma de tertulias familiares, han llegado a millones de personas.

Gracias al Señor sus escritos se han traducido a decenas de idiomas y se han grabado centenares de meditaciones y tertulias. Siempre habla de Dios. Siempre abriendo amplios horizontes de santidad y de responsabilidad apostólica. Siempre sembrando paz y alegría.

15. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1980 [6], p. 84.
16. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 543.

Recojo un par de textos suyos sobre la predicación del sacerdote:

> «Pensando en los sacerdotes del mundo entero, ayúdame a rezar por la fecundidad de sus apostolados.
>
> Sacerdote, hermano mío, habla siempre de Dios, que, si eres suyo, no habrá monotonía en tus coloquios» [17].
>
> «La predicación, la predicación de Cristo "Crucificado", es la palabra de Dios.
>
> Los Sacerdotes han de prepararse lo mejor que puedan, antes de ejercer tan divino ministerio, buscando la salvación de las almas.
>
> Los seglares han de escuchar con respeto especialísimo» [18].

Recuerdo con especial emoción la última tertulia de San Josemaría a la que asistí. Era con sacerdotes. Tuvo lugar en Guatemala el 18 de Febrero de 1975, cuatro meses antes de su fallecimiento. Nos recordaba con fuerza la doctrina sobre el sacerdocio, que predicó durante toda su vida siguiendo con fidelidad las enseñanzas del magisterio de la Iglesia: que el trabajo profesional del sacerdote es el ministerio sacerdotal [19]. Nos hablaba de las dos pasiones dominantes del sacerdote –aparte de amar mucho la Sagrada Eucaristía, y por tanto de hacer de todo el día una Misa–: atender las almas en el confesionario y predicar abundantemente la palabra de Dios.

Predicar con el ejemplo

Es impresionante leer los numerosísimos testimonios acerca de las virtudes heroicas de San Josemaría. ¡Cuánto más se podría haber escrito! Los que convivimos con él guardamos multitud de recuerdos pero, además, una impresión general: hemos vivido con un santo, alegre y sencillo, que vivía con naturalidad una continua entrega a Dios y a los demás.

17. Idem, *Forja*, n. 965
18. *Ibid.*, n. 966
19. «Si cabe hablar así, para los sacerdotes *su trabajo profesional*, en el que se han de santificar y con el que han de santificar a los demás, es el sacerdocio ministerial del Pan y de la Palabra» (Idem, *Carta*, 24-XII-1951, n. 148. Cit por L.F. Mateo Seco en L.F. MATEO-SECO, R. RODRÍGUEZ OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Pamplona 1994, 56). Me parece muy significativo traer a colación PO, 12: «Per ipsas enim cotidianas sacras actiones, sicut *per integrum suum ministerium*, quod cum Episcopo et Presbyteris communicantes exercent, ipsi ad vitae perfectionem ordinantur».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Recojo unas consideraciones de Antonio Aranda en su ya citada publicación, porque expresa muy bien lo que yo quisiera decirles:

> «Todo maestro de vida espiritual, si lo es de verdad, procura vivir lo que enseña, como sucede con San Josemaría. Pero en su caso, además –no sólo en cuanto maestro sino también y sobre todo en cuanto fundador–, enseña lo que previamente, por gracia de Dios, vive. Su enseñanza es fiel traducción, a la luz del propio carisma fundacional, de su vida de relación con Dios. Su doctrina nace de su vivir, encaminado a la identificación con el espíritu recibido. Enseña a alcanzar a Cristo según ese modo específico que a él le ha sido dado hallar por gracia singular; enseña a ser Cristo presente entre los hombres desde su empeño personal por serlo.
>
> Su enseñanza, como venimos diciendo, no ha sido formulada sólo en forma doctrinal, sino también desde el principio a través del testimonio de su propia vida. Tiene, por tanto, esa impronta evangélica, presente también en otros fundadores, según la cual vida y doctrina constituyen una indivisible realidad: una realidad, por otra parte, renovadora, trazadora de nuevos caminos de santidad y de reflexión cristiana. En esos hombres y mujeres que, movidos por el Espíritu Santo, abren caminos de santidad en la Iglesia, se descubre de manera particular la huella del Hijo de Dios encarnado, revelador del Padre» [20].

4. Pionero de la espiritualidad laical

Se ha repetido, con justicia, que Mons. Josemaría Escrivá es un pionero de enseñanzas centrales del Concilio Vaticano II, como la llamada universal a la santidad y el papel relevante de los laicos en la nueva evangelización de la sociedad y, en consecuencia, la posición de «retaguardia», de servicio, que corresponde a los sacerdotes.

> «En la Iglesia hay diversidad de ministerios, pero uno sólo es el fin: la santificación de los hombres. Y en esta tarea participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo. El que no tiene celo por la salvación de las almas, el que no procura con todas sus fuerzas que el nombre y la doctrina de Cristo sean conocidos y amados, no comprenderá la apostolicidad de la Iglesia» [21].

---

20. A. ARANDA, *o.c.*, p. 35s.
21. SAN JOSEMARÍA, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, en *Amar a la Iglesia*, *o.c.*, p. 35s.

El reconocimiento del papel de los laicos en la evangelización de la estructuras de la sociedad supone en primer lugar la superación del «clericalismo» en su doble expresión:

- reducir el papel de los laicos a simples auxiliares de la tarea eclesiástica que a los clérigos corresponde: señalándoles como un honor la posibilidad de colaborar en las organizaciones intereclesiales.
- considerar que son los clérigos quienes tienen la última palabra en los asuntos civiles y políticos, que de por sí son opinables.

Vivimos en un tiempo en que a veces parece que los laicos quieren tomar posesión de los presbiterios de las Iglesias y algún sacerdote los escaños de los Congresos. El mensaje de San Josemaría tiene más importancia que nunca. La distinción esencial entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial requiere mutuo respeto y mucha humildad.

Cuando el laico no comprende la grandeza de su vocación, deja de ser levadura que ha de fermentar la masa, la humanidad no se impregna de la Buena Nueva y el Reino de Cristo encuentra obstáculos para implantarse en la tierra.

Corresponde indudablemente a los sacerdotes proporcionar a los laicos una profunda formación religiosa que comprenda rectos criterios morales y una buena base de conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia. Deben también los sacerdotes servir a los laicos proporcionándoles los auxilios espirituales –los sacramentos– que enriquecen con la gracia sobrenatural el ser y el hacer del cristiano.

Para profundizar en este tema tan apasionante –la espiritualidad «secular, laical» que San Josemaría planteaba a los fieles laicos, desde la fundación de la Obra– recomiendo la lectura atenta de la Homilía pronunciada en el *Campus* de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, titulada *Amar al mundo apasionadamente*, de la cual copio unos párrafos especialmente inspirados que muchos sin duda ya conocen:

> «Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida.

Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, *catolicismo oficial* o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas. Tenéis que difundir por todas partes una verdadera *mentalidad laical*, que ha de llevar a tres conclusiones:

a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen –en materias opinables– soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene;

y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas.

Se ve claro que, en este terreno como en todos, no podríais realizar ese programa de vivir santamente la vida ordinaria, si no gozarais de toda la libertad que os reconocen –a la vez– la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y de mujeres creados a imagen de Dios. La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable.

Interpretad, pues, mis palabras, como lo que son: una llamada a que ejerzáis –¡a diario!, no sólo en situaciones de emergencia– vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos –en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional–, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde. Y esta cristiana *mentalidad laical* os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo –lo diré de un modo positivo–, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social» [22].

En la vida y en la enseñanza de San Josemaría, el sacerdote debe ejercitar un papel de servidor. Para dejar clara su enseñanza, el Fundador del Opus Dei acudió con frecuencia al ejemplo de la alfombra. Cuenta don Pedro Casciaro en su libro *Soñar y os quedaréis cortos*:

«Un día de primavera, no sé por qué razón, no fui a clase. Salía yo a eso de las once de la mañana del oratorio de la Residencia, cuando me encontré con el Padre en el vestíbulo. Estaba rezando el Breviario sentado en un banco, bajo el repostero que tenía como lema "per aspera ad astra" (por lo dificultoso hasta las estrellas). No quise decirle nada, para no turbar su recogimiento, pero al pasar me hizo una señal con la mano, sin levantar los ojos del libro, y me indicó que le esperase un instante. Terminó el salmo, puso el dedo sobre el Breviario señalando el lugar donde se había detenido y, mirándome con afecto, me preguntó algo que no me esperaba en absoluto:

–Pedro, ¿estarías dispuesto a ser sacerdote, si recibieras la llamada?

Me quedé de una pieza: era lo último que me esperaba escuchar en aquel momento. Pero le respondí enseguida:

–Pienso que sí, Padre.

Volví al oratorio. Poco después entró el Padre. Se puso de rodillas a mi lado y me señaló la alfombra roja que cubría a la tarima del altar: *El sacerdote* –me dijo en voz baja– *tiene que ser como esa alfombra; sobre ella se consagra el Cuerpo del Señor; está en el altar, sí, pero está para servir; más aún, está para que los demás pisen blando, y ya ves, no se queja, no protesta... ¿Comprendes cuál es el servicio del sacerdote?: ya verás que más adelante, en tu vida, reflexionarás sobre esto.*

Desde aquel día, hice muchas veces la oración contemplando primero el Sagrario y luego, aquella alfombra: no necesitaba más tema...» [23]

5. Fraternidad sacerdotal

A pesar de sus ingentes trabajos fundacionales, encaminados a plasmar –primero en la vida y luego en la norma jurídica– lo que Dios le había pedido el 2 de octubre de 1928, San Josemaría no abandonó nunca la labor en favor de los sacerdotes diocesanos, cuya vocación compartía y cuyos problemas y dificultades tenía muy metidos en el corazón.

Los años pasados en el Seminario de Zaragoza habían dejado una profunda huella en su alma: un aprecio profundo hacia aquellos compañeros suyos, unido a un hondo conocimiento de sus necesidades, de sus

22. Idem, *Conversaciones...*, *o.c.*, nn. 116s.

23. P. CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid 1994, p. 68.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

luchas y de sus virtudes. La amistad que continuó después en Madrid y la labor de dirección espiritual que ejerció con muchos de ellos, reforzaron aquellos sentimientos.

En la biografía de don José María Somoano se hace referencia a las reuniones que San Josemaría mantenía periódicamente con algunos sacerdotes en los años dramáticos de la pre-guerra española:

> «Al día siguiente, lunes, asistió, como de costumbre, a la reunión con el Fundador y el resto de los sacerdotes. Aquellos encuentros semanales, le daban nuevos bríos apostólicos y aliento, y don Josemaría le contagiaba su deseo de servir a la Iglesia: "fielmente pegados –había escrito el Fundador en su carta del pasado 9 de enero– al Vicario de Cristo en la tierra –al dulce Cristo en la tierra–, al Papa, tenemos la ambición de llevar a todos los hombres los medios de salvación que tiene la Iglesia, haciendo realidad aquella jaculatoria que vengo repitiendo desde el día de los Santos Ángeles Custodios de 1928: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*!"» [24]

Una vez acabada la guerra civil, bastantes obispos españoles le llamaban a predicar Ejercicios Espirituales para el clero diocesano. Siempre que le era posible acogía de buen grado esas peticiones. Lo hacía pagándose él los viajes y sin admitir el menor estipendio por su trabajo.

Entre junio de 1939 y el final de 1942 predicó veinte tandas de Ejercicios Espirituales –cada una de siete días– para seminaristas y clero secular, sin contar las que predicó a comunidades religiosas. A todos les hablaba de la necesidad de ser santos en las actividades normales de la vida ordinaria del sacerdote.

Cuando se trasladó a Roma, a partir de 1946, esta solicitud suya por los sacerdotes diocesanos no disminuyó; es más, hacia 1948 ó 1949 sintió que el Señor le movía a seguir preocupándose decididamente de ellos. Como ya la Obra había recibido la aprobación de la Santa Sede pensó dedicarse exclusivamente a sus hermanos sacerdotes para ayudarles a santificarse en el ministerio.

Era una decisión que para el Fundador del Opus Dei tenía que resultar dolorosísima: dejar la Obra a la que había dedicado todas sus ener-

24. J.M. CEJAS, *José María Somoano*, Madrid 1995, p. 152.

gías, desde tantos años atrás. Comentaba más tarde que Dios le sometió a la misma prueba que al Patriarca Abraham, a quién el Señor pidió el sacrificio de su único hijo en el que se cumpliría la promesa de una innumerable descendencia.

Sin embargo, poco más tarde, Dios le iluminó para ver que también los sacerdotes diocesanos tienen sitio en la Obra:

> «Pero Dios no lo quiso así, y me libró, con su mano misericordiosa –cariñosa– de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei. Había enterado oficiosamente de mi intención a la santa Sede (...) pero vi después con claridad que sobraba esta fundación nueva, esa nueva asociación, puesto que los sacerdotes diocesanos cabían perfectamente en la Obra» [25].

La razón era clara: los sacerdotes diocesanos han de buscar la santidad *en y a través* del ejercicio de su ministerio pastoral.

Y en otra ocasión don Álvaro puntualizó algunos aspectos delicados e importantes:

> «Quedará si cabe, más claro aquel *nihil sine Episcopo*, que ha definido siempre la condición de los socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Con la ayuda de Dios nuestro Padre dispuso que dependieran del Director Espiritual de la Obra, que no tiene cargo de gobierno en el Opus Dei, y estableció que no se ejercitara nunca el título de mandato con los sacerdotes Agregados y Supernumerarios y que no hubiera ni la sombra de una jerarquía interna de la Obra, para estos sacerdotes, puesto que lo único que se pretendía era ayudarles con la dirección espiritual, que ellos deseaban, sin darles indicaciones o directrices de ninguna clase, para su ministerio sacerdotal, que sólo depende del Ordinario del lugar...» [26]

Estas palabras de Mons. Álvaro del Portillo quedarían confirmadas meses más tarde con la erección del Opus Dei en Prelatura Personal y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz como una asociación de sacerdotes seculares inseparablemente unida a la Prelatura. En la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, en cuanto tal, no existe ningún superior jerár-

25. SAN JOSEMARÍA, *Carta*, 24-XII-1951, n. 3, cit en L.F. MATEO-SECO, R. RODRÍGUEZ OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, *o.c.*, p. 51.

26. Mons. A. DEL PORTILLO, *Carta*, 8-XII-1981, nn. 11 a 13, cit. en L.F. MATEO-SECO, R. RODRÍGUEZ OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, *o.c.*, p. 61.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

quico con potestad de régimen: el vínculo con la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz por parte de los sacerdotes que no forman parte del presbiterio de la Prelatura es un vínculo meramente asociativo.

6. Conclusión

Pido disculpas por haberme extendido demasiado. Se han dicho muchas cosas, pero quedan muchísimas más por decir.

Dando inicio a las celebraciones del Centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá se celebró un Congreso en Roma: la santificación de la vida ordinaria era su tema de estudio. Josemaría Escrivá es sin duda una de las personas más sobresalientes del siglo XX. No podemos imaginarnos la eficacia sobrenatural y social que su mensaje ha supuesto. Un mensaje que tendrá suma actualidad mientras haya hombres sobre la tierra, hombres y mujeres que trabajen.

Con motivo de su Canonización en Roma es bueno que guardemos en nuestro corazón y apliquemos en nuestra vida la idea central de su última catequesis. Nos lo transmite una de sus biografías:

> «Después de celebrar la Santa Misa muy temprano, se traslada a Castelgandolfo para despedirse de sus hijas antes de abandonar Roma ese verano.
>
> Hace un calor bastante agobiante este 26 de junio.
>
> A las diez y media de la mañana, el Padre y quienes le acompañan llegan a *Villa delle Rose*, sede, desde hace algunos años, de un centro internacional de formación de la Sección de mujeres del Opus Dei. Las últimas que han llegado proceden de Kenya y de las Islas Filipinas. Todas manifiestan ruidosamente su alegría ante la presencia del Padre. Lentamente, con gravedad, les habla de lo que, en esos momentos, constituye el objeto primordial de su oración y de sus preocupaciones. Evoca, una vez más, esa alma sacerdotal que deben esforzarse por tener todos los cristianos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos:
>
> "Vosotras tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí (...). Y con la gracia del Señor, y el sacerdocio ministerial en nosotros, los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz".
>
> Les pide que recen por los que van ha ser ordenados el 13 de junio, y también por la Iglesia, que "está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo, en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa, cualquiera que sea".
>
> Al cabo de unos veinte minutos, un malestar evidente obliga al Padre a interrumpir la reunión y a retirarse a una habitación cercana. Instantes más tarde, aunque quienes le acompañan le aconsejan esperar un poco, decide regresar a Roma. Quiere ir por la tarde a Cavabianca, para despedirse de sus hijos del Colegio Romano» [27].

Al llegar a Villa Tevere saluda al Santísimo, se dirige al cuarto habitual de trabajo al filo del mediodía, una mirada a la imagen de la Virgen de Guadalupe... y sólo después se encuentra ya en el cielo con Ella en persona que le sonríe y el ofrece una flor.

¡Qué seguro es el camino que Josemaría Escrivá dejó roturado! ¡Qué eficaz y alegre! ¡Vale la pena recorrerlo!

27. F. GONDRAN, *o.c.*, p. 290.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

2

SAN JOSEMARÍA, SACERDOTE

Don José Orlandis
Profesor de Historia de la Iglesia

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

1. Mi encuentro con un joven sacerdote

No pienso que sea salirse del tema de esta charla –y menos estando en Valencia– comenzar evocando un lejano recuerdo: mi primer encuentro con San Josemaría Escrivá. En el mes de agosto del año 1939, llegué a Valencia procedente de la isla de Menorca, donde me encontraba entonces por razón del destino militar, para participar en la Facultad de Derecho de esta Universidad en los primeros exámenes convocados tras el final de la guerra civil. Avanzados los exámenes, un compañero de estudios me invitó a asistir a unos días de retiro espiritual que iban a tener lugar en el Colegio Mayor Burjasot a comienzos de septiembre; y me dio como única referencia que vendría a dirigirlos «un sacerdote de Madrid», que tenía gran experiencia en el trato con universitarios. No es éste el momento de entrar en más detalles; baste con decir que me encontré con aquel desconocido sacerdote en la puerta de la Catedral que da a la Plaza de la Virgen. No sabía su nombre ni su condición de Fundador del Opus Dei. La primera imagen que tuve de San Josemaría fue, por tanto la del sacerdote, la de un joven y sonriente sacerdote de 37 años que me produjo desde el primer momento una vivísima e inolvidable impresión.

Han pasado desde entonces más de sesenta años; más de un cuarto de siglo, también, desde el tránsito de Josemaría Escrivá a la eterna bienaventuranza, el 26 de junio de 1975. Todos hemos tenido ya tiempo para contemplar, con suficiente perspectiva, su figura. También yo. Y, desde mi punto de vista de historiador, e incluso –si se quiere– con la inevitable deformación profesional que el oficio imprime, quisiera llamar, la atención sobre ciertos rasgos particularmente relevantes de la existencia de San Josemaría, que guardan especial atención con su vocación sacerdotal.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

2. Los orígenes de una vocación sacerdotal

Una primera pregunta que podemos hacernos se refiere, justamente, a los propios orígenes de su vocación al sacerdocio. Está claro que hasta un momento bien determinado de su vida, San Josemaría no pensó en hacerse sacerdote. Salvador Bernal recoge en sus *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei,* publicados en 1976, unas palabras que reflejan inequívocamente las disposiciones interiores de aquel adolescente que, en el invierno de los años 1917 a 1918, estaba a punto de terminar sus estudios de Bachiller en el Instituto de Logroño.

«Yo nunca pensé en hacerme sacerdote ni en dedicarme a Dios –recordaba muchos años después–. No se me había presentado este problema, porque creía que no era para mí. Más aún, me molestaba el pensamiento de poder llegar al sacerdocio algún día, de tal manera que me sentía anticlerical. Amaba mucho a los sacerdotes, porque la formación que recibí en mi casa era profundamente religiosa y me habían enseñado a respetar el sacerdocio. Pero no para mí: para otros» [1].

Y San Josemaría insistía, evocando aquellos tiempos de su juventud:

«Recuerdo que, cuando cursaba el Bachillerato, estudiábamos latín en el colegio. A mí no me gustaba; de una manera necia –¡estoy tan dolido de eso!– decía: *el latín para los curas y los frailes*. ¿Veis que estaba bien lejos de ser sacerdote?» [2]

El Señor –es bien sabido– se cruzó en la vida de Josemaría un crudo día de invierno. Las huellas en la nieve de los pies descalzos de un carmelita –el P. José Miguel– fueron la señal de una llamada divina que conmocionó el espíritu del joven estudiante. Una llamada a cumplir un querer de Dios, intuido desde el primer momento con certidumbre, aunque desconocido aún durante largos años. Desde el principio quedó clara la relación, evidente a los ojos de Josemaría, entre el cumplimiento del querer de Dios intuido y el sacerdocio.

«¿Por qué me hice sacerdote? –se preguntaba en otra ocasión– porque creí que así sería más fácil cumplir una vocación de Dios, que no conocía... Por eso me hice sacerdote» [3].

1. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei,* Madrid 1976, p. 55.
2. *Ibid.*, p. 51.
3. *Ibid.*, p. 57.

Y se hizo sacerdote con la certísima convicción de que el sacerdocio era la mejor preparación para poner por obra la misión a la que le llamaba el Señor. Pero ¿cuál era la figura del sacerdote que San Josemaría tuvo en la mente y en el corazón y que anunció durante toda su vida?

3. La identidad del sacerdote

El Fundador del Opus Dei tuvo el arte de saber expresar en palabras breves y sencillas, realidades grandes; y formular, incluso, sin alzar la voz, proposiciones santamente revolucionarias. Eso ocurre, por ejemplo, en «Camino» cuando, hablando de la vocación a la santidad por el cumplimiento de los llamados «consejos evangélicos» se limita a escribir: «Dicen que es camino de pocos. A veces pienso que podría ser camino de muchos» [4]. Así, con esta discreta naturalidad, anunciaba el principio de la vocación universal a la santidad, frente a lo que había sido la ascética tradicional de muchos siglos. Algo parecido ocurre en lo que toca a la esencia misma del sacerdocio. El debatido tema de la identidad sacerdotal, cuestionada y problematizada por algunos, la resolvía hace muchos años con rotundidad y transparencia: «El sacerdote –quien sea– es siempre otro Cristo» [5]. Ésa es su exclusiva e inconfundible identidad.

Otro Cristo, *ipse Christus*, con poderes singularísimos derivados de su identificación con el Señor. El sacerdote puede consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ofrecer a Dios el Santo Sacrificio, perdonar los pecados en la confesión sacramental y ejercitar el ministerio de adoctrinar a las gentes [6]. Recordamos algunos el sufrimiento que causaba al Fundador de la Obra el abandono de la confesión en ciertos países, consecuencia desdichada de la pérdida de la conciencia del pecado y del sentido de la necesidad de recibir el perdón de Dios.

La fe en la presencia real eucarística y el amor a Jesús Sacramentado hicieron que ciertas innovaciones que proliferaron en los años sesenta y setenta, y que implicaban desamor o menosprecio hacia la Sagrada Eucaristía, fueran para San Josemaría motivo de profunda tristeza. Estos

4. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 323.
5. *Ibid.*, n. 66.
6. Cfr. Idem, *Es Cristo que pasa*, n. 79.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

hechos herían vivamente la sensibilidad sacerdotal del Fundador del Opus Dei y le hacían derramar lágrimas de dolor.

4. El sacerdocio secular diocesano

De acuerdo con su propia identidad, el sacerdote debe ser exclusivamente hombre de Dios; su oficio le exige la más absorbente dedicación. «Sacerdote cien por cien» –solía decir San Josemaría–, que le pedía rechazar «el pensamiento de querer brillar en campos en que los demás cristianos no necesitan de él». Afirmaba con rotundidad: «El sacerdote no es un psicólogo, ni un sociólogo, ni un antropólogo: es otro Cristo» [7]. Pero ¿cuál fue la actitud y cuáles los sentimientos del Fundador del Opus Dei ante sus hermanos los sacerdotes seculares?

Josemaría Escrivá sintió siempre cordial afecto y sincera veneración por el estado religioso y estuvo unido por lazos de amistad con muchos de sus miembros. Baste recordar los nombres de los dominicos Padres Aguilar o Sancho, de los benedictinos Escarré o Pérez de Urbel; y el jesuita P. Sánchez Ruiz fue durante muchos años su director espiritual. Pero, tal vez su mejor amigo, en quien más confió, fue el agustino fray José López Ortiz, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid y luego Obispo de Tuy-Vigo y Arzobispo Vicario General Castrense. Sin embargo, sus sentimientos hacia esos insignes religiosos eran de otro orden de los que experimentaba hacia los sacerdotes diocesanos.

San Josemaría miraba a los sacerdotes diocesanos como sus hermanos: «hermanos míos sacerdotes», solía decir al dirigirse a ellos. Los consideraba, valga la expresión, de su misma familia, de su misma condición. Sentía por ellos un cariño fraternal, hasta el punto de decir que nunca se había encontrado con un sacerdote malo, aunque pudiera haber algún sacerdote enfermo. Y a los sacerdotes del Opus Dei (de la Prelatura del Opus Dei) les invitaba a sentirse como sacerdotes diocesanos en todas las diócesis del mundo. En fin, San Josemaría tuvo un auténtico amor a los sacerdotes diocesanos, y de ello dio pruebas siempre, pero en especial en algunos momentos extraordinarios que quiero recordar aquí.

7. *Ibid.*

5. Obras son amores

El primer recuerdo se remonta a la primavera del año 1941, cuando enfermó y murió la madre de San Josemaría, doña Dolores Albás, a la que los fieles de la Obra –entonces casi todos muy jóvenes– llamábamos familiarmente la «Abuela». Teníamos noticia los que vivíamos en Madrid de que su estado de salud era delicado, a consecuencia de una gripe que había derivado en neumonía. Una tarde, a primera hora, acudí a la casa de Diego de León, la misma que actualmente es sede de la Comisión Regional del Opus Dei en España, donde vivía la Abuela. Mi intención era pedir noticias sobre el estado de la enferma. Recorrí con otro venido con igual propósito buena parte de la casa, sin encontrar a nadie que pudiera informarnos, hasta que dimos con el propio San Josemaría que salía de la habitación de su madre. Había entrado a despedirse de ella, para emprender de inmediato viaje hacia Lérida, donde había de dirigir unos ejercicios espirituales para el clero de aquella diócesis. Al vernos vino hacia nosotros y nos dijo aproximadamente estas palabras: «Encuentro a la Abuela mal, pero están esperando cincuenta sacerdotes y mi obligación es ir a atenderlos». Aunque el Padre no previese que doña Dolores fuera a morir, dejarla en aquellas condiciones le exigió un grandísimo sacrificio. Le vimos marcharse como muy abrumado, y nosotros quedamos hondamente impresionados [8]. Dos días después, el 22 de abril, la Abuela falleció. Josemaría no pudo llegar a Madrid hasta la madrugada del 23. Ante el cuerpo de doña Dolores lloró sin rebozo «como un hijo pequeño que acaba de perder a su madre. A esa madre a la que no había podido acompañar en la hora de la muerte, porque el Señor le había pedido tan gran sacrificio por amor a los sacerdotes» [9].

El segundo recuerdo que guardo se refiere a otro momento histórico, en que se hizo patente hasta donde llegaba el amor de San Josemaría hacia los sacerdotes diocesanos. Por los años 1949-1950, Josemaría experimentó el impulso sobrenatural que le pedía abrir también a los sacerdotes diocesanos el camino de la santificación por el ejercicio del trabajo ordinario, según el espíritu del Opus Dei. Pero no se veía un cau-

8. J. ORLANDIS, *Años de juventud en el Opus Dei*, Madrid 1993, p. 136.
9. *Ibid.*, p. 127.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ce posible dentro del Derecho de la Iglesia, y Josemaría llegó a tomar la decisión de dejar la Obra para emprender una nueva fundación destinada a sacerdotes diocesanos, una resolución para la que pidió y obtuvo el beneplácito de la Santa Sede.

Muy dolorosa fue la impresión que la noticia nos produjo a quienes tuvimos ocasión de conocerla. Nos invadió un sentimiento de orfandad, que se trocó en alegría cuando supimos que el problema se había resuelto, sin necesidad de aquella penosa decisión. El Fundador no tendría que dejar la Obra, y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz fue el vínculo providencial para hacer llegar la espiritualidad del Opus Dei y la adecuada ayuda personal para vivirla, a cualquier sacerdote diocesano que se sintiera llamado por el Señor. San Josemaría dijo alguna vez que Dios le hizo gustar la ansiedad y el gozo del sacrificio de Abraham.

> «Agradezco a Dios Nuestro Señor –confiaba en 1972 a un grupo de aquellos sacerdotes– que vosotros seáis hermanos de vuestros hermanos, y que no haya habido necesidad de escindir un corazón de padre y madre» [10].

San Josemaría sacerdote, y su amor al sacerdocio y a los sacerdotes diocesanos ha sido el tema principal de esta charla. Un tema sobre el que podrían escribirse muchas páginas, pero cuyos puntos esenciales he tratado de resumir con brevedad, aunque también con rigor. Y me alegro de haberlo hecho en esta ciudad de Valencia, tan ligada a la vida de don Josemaría, cuando está todavía reciente la celebración del centenario de su nacimiento.

10. S. BERNAL, *Apuntes...*, p. 140.

3

PIEDAD SACERDOTAL

Mons. Agustín García-Gasco Vicente
Arzobispo de Valencia

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

1. Introducción

Me es muy grato estar aquí entre sacerdotes, hablando reduplicativamente del sacerdocio. Voy en efecto a reflexionar sobre la condición sacerdotal teniendo muy presente la doctrina y el testimonio de un gran sacerdote, que hizo mucho por los sacerdotes y tuvo estrecha relación con esta Diócesis: San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Comencemos evocando un episodio de su vida. Tuvo lugar cuando contaba 27 años de edad y estaba a punto de cumplir su cuarto año de sacerdote. Estaba asistiendo a una moribunda, Mercedes Reyna, Dama Apostólica cuya santidad le constaba. En ese momento, sintió el impulso de suplicarle que intercediera por él desde la otra vida. Así lo relataba en sus apuntes íntimos:

> «Recuerdo, a veces con cierto temor, por si fue tentar a Dios u orgullo, que, estando moribunda Mercedes Reyna (...), sin haberlo pensado de antemano, me ocurrió pedirle, como lo hice, lo siguiente: "Mercedes, pida al Señor, desde el cielo, que si no he de ser un sacerdote, no bueno, ¡santo!, se me lleve joven, cuanto antes"». A continuación, añade: «después, la misma petición he hecho a dos personas seglares –una señorita y un muchacho–, quienes todos los días en la Comunión renuevan ante el buen Jesús esa aspiración» [1].

Entre los diversos aspectos de la doctrina sobre el sacerdocio me centraré en uno, que puede expresarse con sólo dos palabras: «piedad sacerdotal».

---

1. SAN JOSEMARÍA, *Apuntes íntimos*, n. 70, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, t. I, Madrid 1997, pp. 313s.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

2. Valor fundante de la vida de oración

El hecho que acabo de relatar pone de manifiesto lo hondamente que estaba radicada en el alma de San Josemaría una convicción cristiana fundamental: el papel decisivo que en la vida del cristiano, y más concretamente en la del sacerdote, desempeña la oración.

Aunque se trate de una verdad innumerables veces proclamada, merece la pena que la glosemos, partiendo para ello de la consideración de dos aspectos clave en la condición sacerdotal.

a) Sacerdocio y representatividad sacramental

¿Qué significa ser sacerdote? Ser mediador entre Dios y los hombres. Más concretamente, y situándonos ya de lleno en una órbita cristiana: participar del sacerdocio de Cristo, contribuir con la propia vida a actualizar en los diversos momentos de la historia el sacerdocio de Cristo y, de esa forma, reconciliar todas las cosas con Dios y conducir el universo entero hacia la plenitud que la Escritura atribuye a los nuevos cielos y la nueva tierra.

Las palabras que acabo de pronunciar hacen referencia, como resulta obvio, a lo que la teología suele designar como sacerdocio real o común, en cuanto que implica señorío sobre la propia existencia y sobre el conjunto de la creación, y que es propio de todo cristiano. También por tanto del presbítero y del obispo, que pueden y deben contribuir con su existencia a la divinización del mundo. Pero quienes hemos recibido el sacramento del Orden tenemos, en virtud de ese don, una participación nueva y diversa en el sacerdocio de Cristo. Más concretamente en el sacerdocio de Cristo como cabeza y pastor de la Iglesia.

Presbíteros y obispos son –lo diré con palabras de la *Pastores dabo vobis*–:

> «En la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu. En una palabra, los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo, Cabeza y Pastor, y en su nombre.
>
> Éste es –concluye la Exhortación apostólica– el modo típico y propio con que los ministros ordenados participan en el único sacerdocio de Cristo. El Espíritu Santo, mediante la unción sacramental del Orden, los configura con un título nuevo y específico a Jesucristo, Cabeza y Pastor, los conforma y anima con su caridad pastoral y los pone en la Iglesia como servidores autorizados del anuncio del Evangelio a toda criatura y como servidores de la plenitud de la vida cristiana de todos los bautizados» [2].

En virtud del sacramento del Orden obispos y presbíteros somos constituidos en ministros de Cristo Cabeza. A través de nosotros, mejor, sirviéndose de nosotros –eso indica precisamente la calificación de «ministro»–, Jesucristo se hace presente en la Iglesia para santificarla. Es Cristo quien santifica a través del sacerdote ministerial. Él es el autor de los sacramentos y es Él quien dota de eficacia interior a la palabra de la predicación. Y eso hasta el extremo de que la indignidad del ministro no priva de virtualidad al sacramento.

Es obvio a la vez que una discordancia entre la objetividad del sacramento y la subjetividad de quien lo administra constituye un contrasentido. Por eso, la tradición cristiana, a la vez que mantenía el dato dogmático al que acabo de referirme –la autoría de Cristo en el sacramento– ha subrayado la exigencia de santidad que el sacerdocio ministerial implica. «Dios –afirma el Decreto *Presbyterorum ordinis*– prefiere manifestar sus maravillas por medio de quienes, hechos más dóciles al impulso y guía del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y su santidad de vida, ya pueden decir con el Apóstol: "Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí" (Ga 2, 20)» [3].

No hace falta insistir más: las declaraciones a ese respecto son prácticamente infinitas. Sí en cambio resulta oportuno volver, teniendo en cuenta lo dicho, al episodio de la vida de San Josemaría que antes citaba. En él se refleja en efecto una aguda conciencia de la santidad reclamada por el sacerdocio y como consecuencia la búsqueda de un punto de apoyo en Dios y, por tanto, en la oración.

---

2. PDV, 15.
3. PO, 12.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Y esto en un doble sentido: la oración del pueblo cristiano y su propia oración. El sacerdote, que cuenta con la fuerza que deriva de la oración de la Iglesia, debe a la vez ser hombre de oración. Sólo un hombre de Dios puede situarse dignamente ante el Pueblo de Dios. Los hombres de hoy, y los de todos los tiempos, esperan que el presbítero sea un *hombre de Dios*, y para ello que sea un hombre que *habla* con Dios.

b) Sacerdocio y función pastoral

El sacerdote, que representa a Cristo, participa de su condición de pastor. La actividad sacerdotal, que tiene su centro en las acciones sacramentales, se extiende a toda una amplia gama de tareas al servicio de la comunidad cristiana. Los fieles cristianos esperan que el sacerdote les acoja con afabilidad y cariño, que sea un experto en la escucha, que se haga cargo de sus problemas. Un hombre con el que puedan mantener una amistad sincera y cordial; que esté siempre disponible; que sea capaz de atender los problemas que experimentan las personas singulares y las colectividades.

Y atender no de cualquier manera, sino en Dios y desde Dios, de manera que ayude a encontrar a Dios y a reconocer su Voluntad en el quehacer de cada día y en sus dificultades. Redescubrimos así de nuevo la necesidad de la oración. Sólo quien habla con Dios, es capaz de enseñar a mirarlo y a dialogar con Él. Al principio de su pontificado hacía notar Juan Pablo II que «la oración es en cierta manera la primera y la última condición de la conversión, del progreso espiritual»; principio que aplicaba enseguida al sacerdocio ministerial, concluyendo: «Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio: sin ella, el estilo se desfigura» [4].

La historia lo confirma, poniendo de manifiesto la eficacia pastoral de quienes, como San Josemaría, fueron hombres de oración. «Como historiador de la Iglesia puedo afirmar –declaraba Hubert Jedin– que una influencia tan profunda y universal en la Iglesia de Dios (como la ejercida por Josemaría Escrivá) sólo puede generarla un hombre cuando éste se ha puesto por completo a disposición de Dios, convirtiéndose en un instrumento para la santificación de los demás y para la realización del Reino de Dios sobre la tierra. La fecundidad del Fundador del Opus Dei no habría sido posible si no hubiese sido santo» [5]. A su ejemplo podemos añadir el de muchos de los grandes pastores que veneramos en Valencia: San Juan de Ribera, santo Tomás de Villanueva, San Vicente Ferrer, etc. Todos ellos destacan por su vida de oración. Edificaron de un modo muy particular la comunidad del pueblo de Dios, porque eran pastores poseídos por el misterio de Cristo. Lo que la Iglesia necesita en estos momentos, y necesitará siempre, son sacerdotes que ejerzan su ministerio desde la contemplación del misterio divino, ya que el amor que se pide a los sacerdotes hacia sus hermanos y hermanas debe ser un amor teológico. Sacerdotes que vivan en un dinamismo orante, de modo que descubran a diario luces nuevas en el por qué y el para qué de su consagración y misión, de su vocación, y de esa forma se sepan y vivan como otros Cristos, y se alleguen a los hombres con el amor de Cristo.

4. JUAN PABLO II, Carta *Novo incipiente*, n. 10.

3. Características de la vida de oración

Al hablar de oración, de vida, y de vida oración, hemos de evitar crear como compartimentos estancos. En ocasiones se ha presentado la dimensión cultual del ministerio en contraposición a la oración personal, es decir, al coloquio personal con Dios. En otras se ha contrapuesto la vida interior al ejercicio activo del ministerio. Todas esas contraposiciones, y otras análogas, son falaces y manifiestan que no se ha entendido bien la naturaleza teologal de la liturgia, el carácter comprometido de la oración o la virtualidad santificadora del ministerio.

Dando todo esto por bien conocido, permitidme que me detenga a considerar, aunque sea brevemente, algunos rasgos fundamentales de la oración cristiana, haciendo a la vez referencia a los matices que esa oración implica en la condición sacerdotal.

5. Cit en D. ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei* (realizada por C. CAVALLERI; Rialp, Madrid 1993, p. 214).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a) Carácter dialógico de la oración

Santa Teresa afirmaba: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» [6]. Y San Josemaría en un texto muy conocido de *Camino:* «Orar es hablar con Dios. "Pero, ¿de qué? –¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias... ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerte: "¡tratarse!"» [7]

La oración que debe arraigar en la Palabra de Dios, debe nacer también de la vida y revertir sobre la vida. Lo que, en referencia al sacerdote, puede expresarse diciendo que ha de brotar de su ministerio y concluir reforzándolo. Sin olvidar ciertamente que la amistad, toda amistad, hay que cultivarla. En otras palabras, el presbítero debe dedicar tiempo a la oración, ya que sin un plan diario de oración, vivido con constancia, no puede llegar a ser *hombre de Dios*. El tiempo dedicado a la oración no será algo ocasional, sino punto de referencia central en la jornada de un sacerdote. Pero sin olvidar, a la vez, que esos momentos de oración se insertan en dicha jornada y remiten a ella, a ese encuentro con Cristo presente en la comunidad cristiana que implica el ejercicio diario y esforzado del ministerio sacerdotal.

b) Oración y humildad

Toda oración, en cuanto que implica la apertura del propio corazón al don divino, presupone humildad: el reconocimiento sencillo de la propia condición creatural y la admiración ante la grandeza del don infinito de Dios. En el caso del sacerdote este rasgo adquiere acentos propios. Para ser un buen ministro del Señor –un instrumento suyo– hemos de adquirir la actitud humilde que Jesús nos reclama en el Evangelio: «Sin mí no podéis hacer nada» [8]. Es en la oración donde el sacerdote se apropia de la omnipotencia de Dios. San Josemaría siempre tuvo la seguridad de que la fuerza de la Obra que Dios le pedía residía en la oración. Así lo testimonia el texto antes mencionado y, junto a él, otros muchos de otros momentos de su vida. Algunos, acaecidos aquí en Valencia, sea durante sus primeras visitas a nuestra ciudad, sea en los últimos años de su vida, durante su viaje de catequesis en 1972 y aún más tarde, cuando acudió a La Lloma, ya probado por su largo recorrido por tierras de América.

6. SANTA TERESA, *Vida*, 8, 2.
7. SAN JOSEMARÍA, *Camino,* n. 98. Es muy ilustrativo todo el capítulo dedicado a la oración.
8. Jn 15, 5.

Me limito a recordar un hecho. Mejor, el reiterarse de un hecho. Las repetidas veces en las que, durante esos viajes de catequesis, cuando el público le manifestaba con aplausos o de otra manera su adhesión y su alegría, comentaba: «No es mérito mío. Si mis palabras llegan a vuestro corazón es porque en muchos sitios están encomendando este viaje». La fuerza, el poder del cristiano, es el poder de Dios y, por tanto, el de la oración. Tan importante es la oración para el estilo esencial del sacerdote que Juan Pablo II llega a afirmar que «*la oración es un elemento insustituible de nuestra vocación*. Es tan esencial que, por su parte, muchas otras cosas que parecen más urgentes deben y tienen que ser pospuestas» [9].

c) «Soledad» acompañada del sacerdote

Se habla a veces de la soledad del sacerdote. Quien vive hondamente el ministerio, sabe que es, en todo caso, una «soledad acompañada». Mejor dicho, que no hay tal soledad, sino más bien una búsqueda de la intimidad con Dios, que permite vivir en comunión con Él y en actitud cotidiana de servicio. Nos narra el Evangelio cómo Jesús en los momentos de más intensa predicación a las muchedumbres se concede largos ratos a la oración [10], y en que en todo momento mantiene un coloquio ininterrumpido con el Padre [11]. El presbítero, por tanto,«debe ser el hombre, que, en la soledad, encuentra la comunión con Dios, por lo que podrá decir con San Ambrosio: "Nunca estoy tan poco solo como cuando estoy solo"» [12]

9. JUAN PABLO II, *Homilía en Mariezell*, Austria, 13-IX-1983.
10. Cfr. Mc 1, 35; Lc 5, 16, etc.
11. Cfr. Mt 14, 23; Mc 6, 46.
12. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 42. La cita de San Ambrosio es de *Epist.* 33 (Maur. 49), 1 (CSEL, 82, 229): «Numquam enim minus solus sum, quam cum solus esse videor».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Jesús –comenta el actual sucesor de San Josemaría– cultivó la soledad. Su soledad, sin embargo, no era un mero encapsulamiento en sí, sino una distendida apertura del alma; no era señal de vacío, sino de sosiego, de esa quietud en la que el espíritu remansa las propias experiencias, trasciende la superficialidad y aspira a dejarse llenar por la verdad y por el bien. (...) El ejemplo de Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre, invita a cultivar el recogimiento para afrontar las cuestiones últimas y para descubrir el sentido divino de la vida ordinaria; a apreciar el dulce sabor de vagar a solas con Dios, para enamorarse de Él y recibir de Él la fuerza para servir gustosamente a los demás...» [13]

d) Oración y Liturgia de las Horas

En la vida de oración del sacerdote tiene un valor particular la Liturgia de las Horas. Cuando rezamos la Liturgia de las Horas actuamos como «ministros de Cristo», y a la vez en representación de la Iglesia, *in persona Ecclesiae*. Cristo es el Esposo de la Iglesia por la que ha dado su vida. Por medio de esta oración sacerdotal la Iglesia entera reza, ofreciendo al Padre, por medio de Cristo, por el Espíritu, la perfecta oración de alabanza, de acción de gracias, de petición de perdón y de súplica. Mediante la plegaria sacerdotal la Iglesia eleva el mundo hacia ese Dios del que el mundo ha salido y hacia el que se encamina.

Por ello, la Liturgia de las Horas debe ser rezada, «digne, attente ac devote», según declara el texto canónico [14]. Se trata de una actitud propia de toda oración –¿puede haber acaso diálogo sin atención?–, pero muy especialmente de la que ahora comentamos. No sólo porque, como acabo de recordar, en ella el sacerdote actúa en representación de toda la Iglesia, sino también porque la Liturgia de la Horas constituye como una prolongación de ese momento culminante del ejercicio del ministerio y del encuentro personal con Cristo, que es la celebración de la Eucaristía [15].

13. Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Madrid 2001, p. 134.
14. Oración *ad libitum* que se propone para antes de rezar el oficio, cuando éste se reza individualmente.
15. Cfr. SC, 90, 99 y 100.

e) El cuidado del culto

Los que acompañaron a San Josemaría en 1960, cuando camino hacia Pamplona, se detuvo en Zaragoza, recuerdan un detalle muy significativo. Acompañado de un pequeño grupo de hijos suyos, quiso rezar en la iglesia del Seminario de San Carlos. Nada más entrar, señalando una pequeña tribuna situada en lo alto, junto al altar, comentó muy conmovido a los que le acompañaban que allí había pasado muchos ratos de oración –noches enteras– durante sus años de seminarista, acompañando al Señor.

Este episodio me permite introducir un último apartado en la consideración de algunos rasgos de la piedad y la vida de oración sacerdotales: el cuidado del culto, que ha sido siempre piedra de toque de la autenticidad sacerdotal. Del modo de celebrar un sacerdote los actos de culto cabe deducir cómo es su vida de oración, y su empeño en santificarse en el ejercicio del ministerio. La vida de las destacadas figuras sacerdotales muestran la importancia, no sólo de los grandes gestos, sino también de esos detalles que podríamos llamar pequeños, pero que en realidad son significativos porque proceden del amor y conducen al amor. La fidelidad en lo poco es un signo del reconocimiento de esa «plena dimensión del misterio» [16], que dota de sentido a la existencia sacerdotal.

4. El sacerdote, maestro del Espíritu

El sacerdote es, como antes señalaba, *hombre* de Dios, hombre que *habla* con Dios. Y, añado ahora: hombre que *lleva* a Dios. Ciertamente debe llevar a Dios con toda su vida, pero también –y es esto lo que ahora quiero subrayar– siendo un auténtico *maestro del Espíritu*. Un hombre que, precisamente porque trata a Dios, enseña a tratar a Dios. De la intimidad con Dios, de la íntima unión con Cristo, de esa peculiar configuración y pertenencia a Cristo, brota de modo natural el afán de acercar a los demás al Maestro. En Cristo –San Josemaría lo recordaba con frecuencia– no podemos separar su Encarnación de su misión redentora [17]. Y en el sacerdote de Cristo no cabe separar su condición sacerdotal de la preocupación por mostrar a los demás los caminos del Espíritu.

16. RH, 20.
17. Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 106.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Muy cerca de este lugar, en la calle de Samaniego tuvo su sede el primer Centro del Opus Dei en Valencia. Después de Madrid, donde se fundó, Valencia fue la primera ciudad en que comenzó la expansión del Opus Dei. Con sano orgullo los fieles de la Prelatura valencianos comentan cómo, en estos momentos, quienes llevan más tiempo en la Obra son valencianos. Muchos valencianos han extendido el espíritu del Opus Dei por el mundo. ¿Qué hizo aquí San Josemaría? Procurar que los que se acercaban a él llegaran a ser almas de oración. ¿Cómo? A través de su testimonio de oración y de su empeño por identificarse con Dios y con su Voluntad en todo momento. También cuando esa voluntad contiene exigencias de entrega y, en ese sentido, adquiere forma de cruz.

Me resulta particularmente sentido evocar en este momento el testimonio de uno de mis predecesores en la sede valentina, José María García Lahiguera. «No quiero cerrar estos recuerdos sin hacer siquiera una alusión a una faceta fundamental en la vida espiritual de don Josemaría: su amor a la Cruz. Sé que enseñaba a sus hijos, con una de sus frases atinadas, que "las raíces de nuestra alegría están en forma de cruz". Todavía conservo, y de forma habitual preside mi mesa de trabajo un *Lignum Crucis* que me regaló con motivo de mi Consagración episcopal. Fue una prueba más de su agradecimiento y cariño hacia mi persona ya que sabía que yo apreciaba este obsequio, y demostraba con ello su amor y veneración por la Santa Cruz. Y me parece que no podía haber encontrado mejores palabras para describir su propia vida. Todo lo que he dicho en este testimonio, acerca de su optimismo, de su alegría permanente, hay que entenderlo bajo este prisma, ya que en la vida de don Josemaría hubo siempre penitencia abundantísima –en demasiadas ocasiones excesiva, pero siempre sometida al confesor– y mortificación continua; de ahí, y no de otra fuente meramente natural, arrancaba su sonrisa tan atrayente» [18].

Un conocido dominico de aquellos primeros años de la labor del Opus Dei en Valencia, el Padre Garganta, comentaba a su vez: «Aquellos estudiantes (se refiere a los de la Residencia Samaniego de Valencia), sin dejar de ser lo que eran, adquirían una forma sobrenatural distinta, con el empeño de encontrar a Jesucristo y de tener una vida mejor, sobre la base

18. MONS. GARCÍA LAHIGUERA, *Testimonio*, en AA.VV., *Beato Josemaría: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 2001 ², p. 173.

–y eso es en lo que más se apreciaba la labor del Padre en aquellos chicos jóvenes– de una vida interior sincera y fundamentalmente clásica: oración, mortificación y estudio». Después de comentar algunos detalles que documentaban esa vida cristiana a la vez profunda y sencilla, en un contexto laical y secular, añade: «todo esto yo lo palpaba como una realidad viva» [19]. En suma, en la Residencia Samaniego, como antes en Madrid y después en otros muchos sitios, San Josemaría no hacía sino poner en practica, con unas u otras palabras, esa espontaneidad apostólica que se recoge en uno de los puntos de *Camino*:

> «Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: "Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo". –Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?» [20]

Podría prolongar mis consideraciones, sea analizando diversos aspectos de la vida y la piedad sacerdotales, sea evocando otros sucesos de la vida de San Josemaría, en coherencia con lo que reclama la celebración del centenario de su nacimiento. Pero voy a terminar aquí, concluyendo con unas palabras suyas que resumen muy bien sus sentimientos hacia el sacerdocio, y también los que yo mismo, como obispo, tengo en el corazón:

> «La Iglesia necesita –y necesitará siempre– sacerdotes. Pídeselos a diario a la Trinidad Santísima, a través de Santa María. Y pide que sean alegres, operativos, eficaces; que estén bien preparados; y que se sacrifiquen gustosos por sus hermanos, sin sentirse víctimas» [21].

19. Testimonio de P. JOSÉ MARÍA DE GARGANTA DE FÁBREGA, en AA.VV., *Beato Josemaría: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 2001, p. 329. De cómo enseñaba esta piedad que él practicaba a los jóvenes que se le acercaban tenemos también el entrañable testimonio de fray Joaquín Sanchis Alventosa, que corrobora el del padre Garganta. Residía en el cercano convento de San Lorenzo y contribuyó a facilitar la casa de la calle Samaniego n. 16, donde se instaló la primera residencia del Opus Dei en Valencia. Por este hecho y por la proximidad del Convento de los Franciscanos, éstos recibieron el encargo de celebrar a diario la Santa Misa en dicha residencia y oficiar los sábados la Bendición con el Santísimo, seguida del canto de la Salve. Escribe: «Lo que vi en aquel ambiente –y he seguido viendo durante todos estos años en los miembros de la Obra– era una piedad intensa, que tenía como centro la Santa Misa y la devoción al culto eucarístico. En las ocasiones que iba a celebrar la Misa en la Residencia de Samaniego, me edificaba al comprobar que muchos estudiantes estaban finalizando el rato de meditación con que solían preparar el Santo Sacrificio. Seguían la acción litúrgica con recogimiento y cuidaban con esmero la pulcritud de los vasos sagrados, ornamentos, y demás objetos de culto. Vivían una vida de piedad sincera y profunda» Testimonio de fray J. SANCHIS ALVENTOSA, en *Beato Josemaría: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 2001 ², p. 382s.

20. *Camino*, n. 382.

21. SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 910.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

4

UNIDAD DE VIDA Y EXPERIENCIA SACERDOTAL

Don José Luis Illanes
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Entre los rasgos más característicos de la enseñanza del Concilio Vaticano II, en el Decreto *Presbyterorum ordinis,* respecto a la espiritualidad sacerdotal, está, sin duda alguna, el énfasis puesto en la unidad de vida [1]. Para desarrollar el tema que nos ocupa cabría, en consecuencia, partir de las afirmaciones realizadas por el Decreto conciliar. O también, teniendo en cuenta que esta conferencia forma parte de una jornada de estudio situada en el contexto del centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá, glosar contemporáneamente la doctrina contenida en el Decreto y el mensaje del Fundador del Opus Dei sobre esa misma realidad.

Nos ha parecido oportuno proceder en cambio por otra vía. Toda pregunta sobre el modo en que la unidad de vida está llamada a informar la existencia sacerdotal, presupone, en efecto, en quien enuncia ese interrogante, y más aún en quien intente contestar a él, una consideración –o, al menos, un inicio de consideración– sobre lo que implica y reclama la unidad de vida en cuanto ideal ascético o, más propiamente, espi-

---

1. Los comentarios al respecto son numerosos: P. MOLINARI, *Unità e armonia della vita sacerdotale*, en A. FAVALE (dir.), *I sacerdoti nello spirito del Vaticano II*, Turín 1969, pp. 853-859; L.M. HERRÁN, *Unidad de vida sacerdotal,* en AA.VV., *Los presbíteros; ministerio y vida*, Madrid 1969, 89-100; M. CAPRIOLI, *Unità e armonia della vita spirituale. In margine al n. 14 del «Presbyterorum ordinis»*, en «Ephemerides Carmeliticae» 32 (1981) 91-123. Desde una perspectiva más amplia, aunque con particular referencia sea al *Presbyterorum ordinis* sea a su prolongación en la Ex. ap. *Pastores dabo vobis*, ver L.F. MATEO-SECO, *La unidad de vida de los presbíteros*, en AA.VV., *Espiritualidad del presbítero diocesano secular* cit. pp. 643-649; A. BOVONE, *La unidad de vida de los presbíteros*, en AA.VV., *Santidad y espiritualidad de los presbíteros*, Madrid 1988, pp. 67ss., y lo que nosotros mismos hemos escrito en *Espiritualidad y sacerdocio,* Rialp, Madrid 1999, pp. 137ss. Sobre el concepto de unidad de vida y su importancia en la espiritualidad, resulta también oportuno consultar, aunque no estén referidos directamente a la experiencia sacerdotal, I. DE CELAYA, *Vocación cristiana y unidad de vida.* en AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Pamplona 1987, pp. 961-965; M. BELDA, *La nozione di unità di vita secondo l'Esortazione apostolica «Christifideles laici»*, en «Annales Theologici» 3 (1989) 295-298; R. LANZETTI, *La unidad de vida y la misión de los fieles laicos en la Exhortación apostólica «Christifideles laici»*, en «Romana» 9 (1989) 300-312.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ritual. Un conocimiento básico de esa realidad puede, ciertamente, darse por sabido, pues las palabras «unidad» y «vida» tienen un sentido obvio. No es sin embargo ocioso reflexionar sobre el significado y el alcance de la expresión, ya que encierra una riqueza y connota unos presupuestos que merece la pena evidenciar. Esa reflexión constituirá, en consecuencia, el primer tramo de nuestro itinerario.

1. El ideal de la unidad de vida y sus presupuestos

La expresión «unidad de vida» evoca una vida armónica, en la que no hay pugna ni división, ya que la totalidad de los afanes que experimenta el espíritu están pacífica y debidamente ordenados y reina en el alma la aspiración a una plenitud o meta que sacia el deseo y unifica y dota de sentido al conjunto del vivir.

Entendida así, la unidad de vida se presenta como una realidad, mejor, una situación espiritual deseable. Más aún como una situación a la que, en principio, todo ser humano aspira o, en su caso, añora. Pero, a la vez, como una realidad que no puede darse por adquirida, más aún, cuya consecución se presenta como ardua y difícil. A la efectiva unificación espiritual de la existencia se oponen, en efecto, no sólo la mutabilidad de las circunstancias y el sucederse de los acontecimientos, que atraen la atención y excitan el deseo desde variadas e incluso contrapuestas direcciones, sino además la experiencia de la personal debilidad y de esa lucha o tensión interior entre carne y espíritu de que habla San Pablo [2]. Dicho con otros términos, la condición no sólo deseante, sino concupiscente que caracteriza existencial y fácticamente al ser humano, con la dificultad que de ahí deriva para ser dueño de sí mismo, de sus ansias y de sus anhelos.

Ante la experiencia de la dificultad cabe reaccionar viendo en toda aspiración a una vida armónica una utopía o un sueño, bonito sin duda alguna, pero inalcanzable, y dando entrada, en consecuencia, a un pesimismo existencial. O también, aun reconociendo en principio el valor y la validez de la unidad, renunciar a todo empeño, dejándose llevar por la pasionalidad y el egoísmo o, en el mejor de los casos, intentado establecer un equilibrio entre actitudes que la propia conciencia percibe como incompatibles (el «servir a dos señores» del Evangelio, o el «encender una vela a Dios y otra al diablo» del dicho popular).

2. Cfr. Ga 5, 13ss.

Cabe también, manteniendo con fuerza la aspiración a la unidad espiritual, buscar resolver el problema planteado por la experiencia de la multiplicidad de las incitaciones, anhelos y deseos por la vía de su aniquilación; más concreta y exactamente por la vía de la aniquilación de la capacidad de desear en cuanto tal, sea postulando, como en el estoicismo antiguo, una potencialidad ilimitada de la voluntad, sea proclamando, como en el budismo, el carácter ilusorio y vano de todo deseo en cuanto tal.

Ni uno ni otro camino son adecuados, ni la renuncia a la aspiración a la unidad, porque lleva a destruir el impulso del ser humano hacia lo noble y lo grande; ni la búsqueda de esa unidad por la vía de la anulación del deseo, porque implica no sólo un gigantismo de la voluntad sino, además, una reducción radical del horizonte. Ambas posturas connotan, en suma, aunque por caminos y en grados diversos, un empobrecimiento del ser humano. La unidad puede y debe ser buscada por otra vía muy distinta: la apertura de la mente y del corazón a un ideal que permita unificar la totalidad de las aspiraciones humanas, ordenándolas y jerarquizándolas pero sin destruirlas.

Ése es el itinerario al que remiten las más diversas tradiciones culturales y los grandes narraciones épicas, desde los escritos de Homero y la saga de los Nibelungos hasta los mitos chinos e hindúes. Es también la que, con un lenguaje en ocasiones poético en otras predominantemente conceptual y formalizado, han recogido y analizado pensadores y filósofos, de entre los que cabe destacar, a modo de ejemplo, a Aristóteles y su consideración del hombre como ser que se realiza como tal precisamente en y a través de la aspiración a una «vida buena», a una vida digna de ser vivida [3].

Nos encontramos, en suma, ante una convicción que puede calificarse de universal. Pero ante la que cabe, no obstante, suscitar una instancia crítica: ¿se da de hecho un punto de referencia de ese tipo, es decir, apto no sólo para dotar de sentido al existir, sino para reconducir a uni-

3. El tema está presente en las dos *Éticas*, con acentos más teológicos en la *Ética a Eudemo* (VII, 15; 1249b, 16-22) y más antropológicos en la *Ética a Nicómaco* (I, 2-13, 1095a 12ss.; y X, 7-8; 1177a, 13ss.).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dad la totalidad de las aspiraciones y de los ideales? Más allá de planteamientos exclusivamente existenciales –es decir, de actitudes de renuncia y dejación de carácter reactivo o egocéntrico, a las que ya antes aludíamos–, el nihilismo, con su negación radical del sentido, avanza una contestación que, con acentos dramáticos en Nietzsche, resignados en el llamado pensamiento débil, aspira a tener un valor teorético.

Un recorrido por la historia del pensar humano, también el clásico, pone de manifiesto la presencia de planteamientos que, aún afirmando la aspiración del hombre a la unidad espiritual y la capacidad estructurante de los grandes ideales, dan a la expresión unidad de vida un alcance limitado. Planteamientos, en suma, según los cuales el hombre puede aspirar no tanto a una unidad, en el sentido fuerte del vocablo, cuanto a una armonía. Los bienes a los que el hombre aspira son, en efecto, tan numerosos y variados que no resultan reconducibles a uno que los abarque todos. La unidad con la que puede soñar el ser humano tendrá siempre los rasgos de una unidad sinfónica: la unidad que resulta de la armonía entre aspiraciones diversas, que pueden ciertamente coexistir en el interior del espíritu humano, pero a condición de no absolutizar ninguna de ellas.

El planteamiento recién descrito –que entronca en más de un punto con el ideal clásico de la moderación– no sólo puede invocar argumentos a su favor, sino que posee una evidente riqueza, también antropológica. Ahora bien, ¿es eso todo lo que cabe decir al hablar de unidad de vida o resulta posible dar a esa expresión, y más concretamente a la palabra «unidad», toda su fuerza? La fe cristiana responde adoptando al respecto una posición neta y decididamente positiva: la unificación del existir, y por tanto la unidad de vida en cuanto realidad resultante, son no sólo pensables sino realizables, ya que han sido hechas posibles en Cristo Jesús.

En la manifestación de Dios que culmina en Jesucristo, se nos revelan, en efecto, dos verdades centrales que constituyen el presupuesto o fundamento de una plena y radical aspiración a la unidad de vida:

a) De una parte, la unicidad de Dios, creador y señor del universo. La realidad que nos circunda, el cosmos en el que existimos, no es ni el efecto de un constante reiterarse de procesos impersonales, carentes de meta y de sentido, ni el resultado de un entrecruzarse de potestades o

fuerzas diversas irreductibles entre sí (de la pugna entre una pluralidad de dioses, por expresarnos en lenguaje mitológico), sino el fruto del acto supremamente libre por el que el único Dios decide dar vida al universo y ordenarlo a esa comunicación de su propia vida que se desvela en plenitud precisamente en Jesús de Nazaret.

b) De otra, el hecho de que Dios no sólo rige el universo y lo ordena a una meta, sino que lo da a conocer. Dios no sólo otorga el ser a los seres, y entre ellos al ser humano, sino que, en coherencia con la dignidad y el valor que implica la libertad de que lo ha dotado, le manifiesta, en Cristo, la plenitud de su designio. Más aún, le invita ya hoy y ahora, comunicándole el don del Espíritu, a asumir la propia existencia integrándola en el designio divino, cooperando, con su actuar y con su vida, a la realización de esa providencia, de ese plan, por el que Dios rige amorosamente la creación y la conduce hasta la plenitud final.

Desde esta perspectiva –que forma una sola cosa con la fe cristiana– al hombre le es dado encontrar un punto de referencia, que ciertamente no radica en él mismo, sino en Dios, pero que puede y debe revertir sobre todos y cada uno de los momentos de su vivir concreto. De ahí la posibilidad de una unidad de vida entendida como proceso vital en el que la totalidad de las dimensiones del existir –con los ideales que esas dimensiones comportan y los acontecimientos que contribuyen a su realización– se insertan en un único dinamismo: el que ponen en marcha, cuando son vitalmente asumidas, esas fuerzas conformadoras del existir cristiano que son la fe, la esperanza y la caridad. Digámoslo con las palabras con las que lo formulaba San Josemaría Escrivá en una de las *Instrucciones* dirigidas a los miembros del Opus Dei y, por tanto, teniendo presente la condición laical propia de la mayoría de los fieles de la Prelatura, pero implicando una doctrina que hunde sus raíces en la comprensión misma del ser cristiano: «Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación (...) y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?» [4]

4. *Instrucción 19-III-1934*, n. 33 (citado y comentado en J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid 2001, 102; ver desde p. 93, donde se analiza uno de los puntos centrales de la enseñanza de San Josemaría: la relación entre vocación divina y vocación humana).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Unir la existencia concreta con las perspectivas que descubre la fe cristiana. Vivir cada acontecimiento y cada instante como ocasión para un encuentro con Dios. Reconocerse en todo momento y en toda situación llamado a identificarse con Cristo y a hacerle presente, con el ejemplo y con la palabra, en todos los ambientes de la sociedad humana. Vivir atento, en las más diversas situaciones, a las inspiraciones del Espíritu Santo. Son algunas de las manifestaciones de una unidad de vida, que es como el eco o la prolongación existencial de una realidad decisiva: el hecho de que la llamada a la comunión con Dios, consubstancial con el existir cristiano, no acontece en el vacío ni se despliega en un puro mundo interior ajeno al vivir diario, sino que tiene lugar en la historia y se desarrolla tomando ocasión –mejor, asumiendo– todo lo que esa historia connota y trae consigo. El cristiano puede en consecuencia afrontar su vida refiriéndola en todo instante –también los acontecimientos más menudos, también las ocupaciones más intranscendentes o más profanas– al querer de Dios para con él, viendo en todas las situaciones y en todos los acontecimientos otras tantas ocasiones de actualizar el diálogo personal con Dios y las virtualidades de servicio y entrega a los demás que su concreta condición implique.

Todo lo cual, en el sacerdote, se modaliza en referencia a la consagración-misión que trae consigo la recepción del sacramento del Orden, es decir, la llamada y la capacidad que de ese sacramento derivan en orden a actuar, no sólo en las celebraciones sacramentales sino en todo momento, como servidor y ministro de la acción por la que Cristo santifica a la Iglesia y, en la Iglesia y por la Iglesia, a toda la humanidad. De ahí que, parafraseando las palabras antes citadas del Fundador del Opus Dei, cabe decir que la vocación sacerdotal puede y debe dar lugar, en el sacerdote, a una unidad de vida que, fundada en el saberse constantemente referido a Cristo cabeza y pastor de la Iglesia, le lleve vivir sacerdotal y pastoralmente todas y cada una de sus acciones.

2. El camino de la unidad de vida

La unidad de vida está marcada, al igual que otras muchas realidades cristianas –y humanas en general–, por la tensión entre la incoación y la plenitud, entre el inicio y la progresiva radicación en lo que ese inicio

incoa. Y, en consecuencia, es, a la vez e inseparablemente, don y tarea, don que Dios gratuitamente confiere e ideal que reclama el esfuerzo y el empeño humanos. Para analizar este progresar en la unidad de vida –o, en otros término, el camino que la unidad de vida sigue en su despliegue– procederemos en dos pasos, considerando primero su dinamismo vital, sea en general sea en relación al sacerdote, y después su conexión con el ejercicio del ministerio.

1. Raíces teologales de la unidad de vida

El Decreto *Presbyterorum ordinis*, al comenzar a ocuparse de la unidad y armonía en la vida de los presbíteros, alude a esa aceleración y a ese multiplicarse de las actividades que son rasgo característico de las sociedades contemporáneas [5]. La lectura del documento pone de manifiesto que ese inicio constituye sólo un exordio. El Decreto aspira, en efecto, a ocuparse de una cuestión no histórica o empírica sino substantiva. De hecho deja enseguida al margen las consideraciones sociológicas para dar paso a una reflexión de cuño teológico, poniendo de manifiesto que la unidad de vida no viene de fuera del sujeto, sino de su interior.

No son –afirma– la vida reposada y tranquila, ni tampoco la mera jerarquización y ordenación de las actividades, lo que hace posible la unidad de vida del presbítero, sino la actitud de su corazón. Más concretamente, prosigue el *Presbyterorum ordinis,* la disposición de ánimo que lleva a seguir en todo «el ejemplo de Cristo, cuya voluntad era hacer la voluntad de Aquel que le envió para que llevara a cabo su obra» [6]; en suma, como sintetiza poco después, «la caridad pastoral» [7], el actuar en todo instante movidos por un amor que sea participación y reflejo del amor con que Cristo ama a su Iglesia y se entrega a ella.

Poner el acento en la caridad –y, por lo que al sacerdote se refiere, en la caridad pastoral– en orden a clarificar la raíz de donde brota la unidad

5. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis,* n. 14.
6. *Ibidem.*
7. *Ibidem.* Sobre la caridad pastoral ver la Ex. ap. *Pastores dabo vobis*, nn. 21-23, y, entre otros estudios, G. COLOMBO, *Fare la veritá del ministero nella caritá pastorale*, en AA.VV. *La vita spirituale del presbitero diocesano oggi. Problemi e prospettive*, Ponterenica (Bérgamo) 1980, y J.L. ILLANES, *Espiritualidad y sacerdocio* cit, pp. 105-111.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de vida, implica ir al núcleo mismo de la experiencia espiritual cristiana, subrayando a la vez que ese amor que es la caridad es un amor concreto, encarnado, que hace referencia, en cada cristiano, a su personal vocación y a sus personales circunstancias. La unidad de vida fluye, en suma, en cuanto realidad existencial, de una doble raíz o fuente:

a) ante todo, y como fuente propiamente dicha, la vida nueva infundida por Dios en el Bautismo, y reafirmada por los sacramentos posteriores, y más determinada y específicamente, las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, que, por su propia naturaleza, aspiran a desarrollarse, informando cada vez más profundamente el existir;

b) en segundo lugar, y presupuesto lo anterior, el carácter vocacional propio de la condición cristiana, y concretamente de la sacerdotal, con la conciencia de invitación a la comunión con Dios y de envío en orden al cumplimiento de una misión que toda vocación implica.

Sin perjuicio de volver más adelante sobre este segundo aspecto, centrémonos ahora en el primero. Acudamos para ello a una homilía pronunciada el 13 de abril de 1973 por el Fundador del Opus Dei, y destinada a comentar la próxima ordenación sacerdotal de un grupo de fieles del Opus Dei [8]. Ya hacia la mitad de la homilía, se hizo eco de una temática muy en boga en aquellos tiempos, la identidad sacerdotal, es decir la pregunta sobre lo que, caracterizando al sacerdocio, puede y debe configurar la personalidad del sacerdote. «¿Cuál es la identidad del sacerdote?», se preguntó, para responder enseguida con frase neta: «La de Cristo». La lectura del conjunto de la homilía pone de relieve que con esas palabras, San Josemaría Escrivá se quería referir, de una parte, al sacramento del Orden, que configura a quienes lo reciben con Cristo cabeza y pastor de la Iglesia y habilita para actuar como ministro suyo en orden al cuidado y a la santificación de la comunidad cristiana; y de otra, e inseparablemente, a la unión vital que debe reinar entre el sacerdote y Cristo.

8. Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973; publicada poco después de haber sido pronunciada, se encuentra recogida, junto con otros textos, en *Amar a la Iglesia*, Madrid 2002, pp. 63ss.

Una unión vital –prosiguió diciendo– que, alimentada en «el activo silencio de la oración», lleva, ante todo, a maravillarse ante el amor manifestado por Jesús: «¡Qué cortas se quedan las palabras, para hablar del Amor de Cristo! Él se abaja a todo, admite todo, se expone a todo –a sacrilegios, a blasfemias, a la frialdad de la indiferencia de tantos–, con tal de ofrecer, aunque sea a un hombre solo, la posibilidad de descubrir los latidos de un Corazón que salta en su pecho llagado». Y que, partiendo de esa primera y básica actitud de maravilla, impulsa a amar como ama Cristo, a abrir sin rémoras ni trabas el propio corazón a Cristo, de modo que no haya en la vida y en las acciones del sacerdote nada que pueda «estorbar la presencia de Cristo en él» [9].

De esa profunda y viva identificación con Cristo, de ese saberse unido a Cristo, brota lo que San Josemaría denominó en diversas ocasiones como un «instinto sobrenatural» que impulsa «a purificar todas las acciones, a elevarlas al orden de la gracia, a santificarlas y a convertirlas en instrumento de apostolado» [10], y en consecuencia –son de nuevo palabras del Fundador del Opus Dei–, una unidad de vida «sencilla y fuerte» [11], es decir, a la vez profunda, abarcante y llena de naturalidad. La expresión de San Josemaría a la que nos referíamos hace un momento, «instinto sobrenatural», presupone y remite a la caridad y, en ese sentido, apunta a la misma realidad a la que aluden los textos conciliares. Obviamente, con las diferencias de matiz y de significación que connotan unos y otros términos: al hablar de caridad, se hace referencia a esa actitud espiritual de fondo que es el amor; al hablar de instinto se alude en cambio a la espontaneidad con que ese amor, cuando es real y auténtico, tiende a expresarse en las más diversas circunstancias, incorporando a su dinámica lo que esas circunstancias implican, connotan o desvelan. Ambas expresiones remiten, sin embargo, a un impulso interior que aspira a impregnar la totalidad del existir.

9. Los textos entrecomillados, provienen todos de la homilía recién mencionada (ed. citada, pp. 70, 72 y 75).

10. Entre otros textos, ver los citados en J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo* cit, p. 102, nota 51.

11. Cfr., por ejemplo, *Es Cristo que pasa*, nn. 10 y 126.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El desarrollo espiritual del que es fruto ese impulso interior reclama, ciertamente, excluir todo tipo de miras personales en el sentido peyorativo de la expresión –es decir, toda actuación e incluso toda actitud que implique actuar egoísta e interesadamente–, más aún, toda vanidad y toda autocomplacencia y, en consecuencia, un empeño continuado por rectificar la intención, buscando en todo instante sólo la gloria de Dios y el servicio, por amor, a los demás hombres [12]. Un corazón roto, dividido entre afanes que se excluyen unos a otros –la atención reduplicativa a un yo egocéntrico y la actitud de amor y de servicio–, no está en condiciones de unificar la existencia. El empeño ascético juega un papel, y un papel importante, en la existencia cristiana, y concretamente en la configuración de la unidad de vida.

Conviene subrayar, no obstante, que ese empeño ascético al que acabamos de referirnos no es sino el reverso de una medalla cuyo anverso, y por tanto su faceta característica y definitoria, está constituido por una realidad de rango superior: el amor a Cristo y, en Cristo y por Cristo, a la Iglesia y al universo entero. En la experiencia cristiana –y por tanto también, y muy específicamente, en la experiencia sacerdotal– el momento ascético presupone el místico y se fundamenta en él [13]; en este sentido puede decirse que la unidad de vida no es tanto un objetivo –una meta colocada bajo el imperio de nuestra voluntad–, cuanto un fruto que brota, natural y espontáneamente, de la apertura del espíritu al don que Dios Padre hace de sí mismo en Cristo y por el Espíritu Santo.

La unidad de vida no se construye, sino que se alcanza –ya lo decíamos antes– cuando el espíritu se deja llenar por un ideal capaz de dotar de sentido a la vida. Y Cristo –Dios en Cristo– es el ideal supremo, Más aún, el ideal de los ideales, ya que no destruye ningún ideal noble, sino que los asume y potencia, integrándolos en el dinamismo de la acogida,

12. Para una aproximación a la enseñanza de San Josemaría sobre la rectitud de intención a la vez firme y alejada de toda tendencia al escrúpulo, ver *Camino*, capítulo «Gloria de Dios» (nn. 779-789), con el comentario de P. Rodríguez, en *Camino. Edición crítico histórica,* Madrid 2002, pp. 854-861.

13. Aunque quizá no fuera necesario advertirlo, pues resulta obvio por el desarrollo de la exposición, entendemos aquí el vocablo «místico» en referencia no a experiencias singulares o especiales, sino en su significación originaria, es decir, la apertura del propio corazón y de la propia vida a la comunicación de sí mismo que Dios ha realizado en Cristo y a la que dan acceso la fe, la esperanza y la caridad.

en la fe y el amor, del don que Dios hace de Sí mismo. Ya que, como se lee en *Camino*, «En Cristo tenemos todos los ideales: porque es Rey, es Amor, es Dios» [14]. La confianza en la perennidad y el sentido, las ansias de amistad, de afecto y de cariño, la aspiración del desarrollo social y cultural, en suma, todos los anhelos del espíritu, tienen en Cristo a la vez su criterio de verdad, su fundamento y su plenitud o culminación.

2. Unidad de vida y ejercicio del ministerio

Para captar en toda su integridad el alcance tanto intelectual como existencial de las afirmaciones que acabamos de formular, es necesario subrayar una realidad a la que ya hemos aludido, pero en la que ahora conviene detenerse, pues sin ella quedaría en el aire –e incluso podría resultar ilusorio y engañoso– todo nuestro discurso. Esa realidad puede ser expresada en pocas palabras: la íntima conexión que existe –que debe existir– entre vida espiritual y vida considerada en toda su amplitud. Más concretamente, la interpenetración que debe reinar entre una y otra, ya que la vida espiritual no es una vida diversa de la vida en cuanto tal, sino una dimensión de la vida, o más exactamente la vida vivida con conciencia de todas sus dimensiones, desde las materiales y empíricas hasta las teologales.

La vida espiritual es, ciertamente, el fruto de un proceso de interiorización. En un ser dotado de inteligencia y voluntad como es el hombre, las acontecimientos no acaecen fuera de él, afectándolo sólo desde el exterior, como el viento afecta a las ramas de un árbol al que cimbrea o el agua a una piedra a la que arrastra, sino, al mismo tiempo, en él, dentro de él, de modo que, siendo conscientemente vivenciados y asumidos, se personalizan y, en uno u otro grado, se convierten en propios. Todo ello reclama a su vez –y aquí entra en juego también nuestra historicidad– densidad interior, conciencia de la propia espiritualidad para, desde ella, dominar el acontecer y estar en condiciones de volver sobre uno mismo. En suma, para reflexionar, y, en términos cristianos, para situarse ante Dios y entrar en relación personal con Él.

14. *Camino,* n. 426.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Nunca se insistirá demasiado en ese punto. Pero con una condición: subrayar a la vez que ese proceso de interiorización, no implica ni una huida ni un alejamiento de lo real, sino que sitúa ante su fondo, permitiendo captar toda su verdad y toda su riqueza. Nos encontramos ante una doctrina ampliamente glosada por el Fundador del Opus Dei, que se enfrentó decididamente con cualquier modo de presentar o describir la vida cristiana que llevara a concebirla como algo yuxtapuesto de la vida ordinaria y, en consecuencia, a postular o, al menos, a desembocar en una doble vida.

Así en una homilía pronunciada en 1960 después de criticar «la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente», añadía: «diría que quien tiene esa mentalidad no ha comprendido todavía lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte. Quizá, sin querer, algunas personas consideran a Cristo como un extraño en el ambiente de los hombres» [15].

Y en otra algo posterior, de 1967, recordando su predicación durante los primeros años de su actividad sacerdotal y su insistencia, entonces y después, en la necesidad de aprender a «*materializar* la vida espiritual», explicaba: «Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» [16].

Todo ello, en referencia a la experiencia sacerdotal, está vinculado a una afirmación decisiva: la virtualidad del ministerio, en todas sus manifestaciones, en cuanto fuente de vida espiritual. Todo cristiano puede y debe vivir su vida ordinaria asumiéndola e informándola con el espíritu que deriva de su identificación con Cristo. De modo análogo, y con pleno reconocimiento de la especificidad de su condición, el sacerdote debe vivir toda su actividad ministerial, y su existencia entera –desde las acciones sagradas hasta las ocupaciones más burocráticas y menudas–, impregnándola con la actitud, caridad pastoral, que brota de la consagración y misión que le otorga el sacramento del Orden [17]. Más aún, con conciencia de que las actividades ministeriales, vividas con ese espíritu, son elemento constitutivo del proceso de crecimiento espiritual [18].

15. *Es Cristo que pasa*, n. 98.
16. *Conversaciones*, n. 114.

Como ponen de manifiesto los textos de San Josemaría recién citados –y confirman, entre otros documentos magisteriales, el Decreto *Presbyterorum ordinis* y la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* [19]– es necesario alejar del pensamiento y de la imaginación del sacerdote todo planteamiento que implique, aunque sea remotamente, presentar el ejercicio del ministerio como el campo de aplicación de una riqueza interior que se ha adquirido fuera de él. Ciertamente el sacerdote necesitará de momentos de oración a fin de captar subjetiva y existencialmente lo que las realidades sacramentales y eclesiales objetivamente son [20]. Pero ello no porque esas realidades sean marginales o exteriores al proceso espiritual, sino sencillamente por la razón antes mencionada: por el hecho de nada acontece en el hombre en cuanto hombre, en cuanto ser espiritual –y por tanto en el sacerdote en cuanto sacerdote–, de modo automático o mecánico, sino connotando un momento de interiorización existencial, o sea, de profundización vital en la fe.

En la existencia del sacerdote, y del cristiano, cuando son auténtica y sinceramente vividas, tiene por eso lugar una circularidad entre oración y vida, en la que una y otra se potencian. Porque la oración, al implicar

17. Sobre las implicaciones espirituales de la conexión entre consagración y misión, puede consultarse A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid 1991 [6], pp. 57ss. y 121ss.
18. Una amplia y cuidada exposición de este punto en L.F. MATEO-SECO, *El ministerio fuente de la espiritualidad del sacerdote*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona 1990, pp. 384ss.
19. Ver, por ejemplo, *Presbyteroum ordinis*, n. 13 y *Pastores dabo vobis*, nn. 24-26.
20. Respecto a la distinción entre objetividad y existencialidad, ver *Espiritualidad y sacerdocio* cit, pp. 128ss.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

un nuevo grado de conciencia respecto a la realidad de Dios y de su amor, remite a la vida como momento en el que el amor –la caridad; en el sacerdote, la caridad pastoral– adquiere cuerpo y se plasma. Y la vida, con sus incidencias y sus vaivenes, sus éxitos y sus fracasos, al poner de manifiesto tanto la riqueza del don divino que implica el sacerdocio como la personal debilidad y la magnitud de cuanto reclama la obra redentora, impulsa a la oración, para, en ella, crecer en el amor y poner en manos de Dios la propia vida y la propia labor. Oración y actividad pastoral, trato con Dios y ejercicio del ministerio se irán así aproximando, hasta ser, o al menos tender a ser, una sola cosa, en unidad de vida. O sea, provocando e impulsando un dinamismo en el que comunión con Dios y servicio a los hombres se entrelazan y estimulan.

Podemos por eso concluir con un texto, a la vez exhortativo y autobiográfico, en el que ese gran sacerdote del que celebramos ahora el centenario de su nacimiento, subrayaba esa realidad, mostrando a la vez la centralidad que en el ejercicio del ministerio, y en el conjunto de la experiencia sacerdotal, tiene la celebración de la Eucaristía. «El sacerdote, si tiene verdadero espíritu sacerdotal, si es hombre de vida interior, nunca se podrá sentir sólo. ¡Nadie como él podrá tener un corazón tan enamorado! Es el hombre del Amor, el representante entre los hombres del Amor hecho hombre. Vive por Jesucristo, para Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo. Es una realidad divina que me conmueve hasta las entrañas, cuando todos los días, alzando y teniendo en las manos el Cáliz y la Sagrada Hostia, repito despacio, saboreándolas, estas palabras del canon. *Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso*... Por Él, con Él, en Él, para Él y para las almas vivo yo. De su Amor y para su Amor vivo yo, a pesar de mis miserias personales. Y a pesar de mis miserias, quizá por ellas, es mi Amor un amor que cada día se renueva» [21].

21. Palabras pronunciadas el 15-III-1969, citadas y comentadas por J. ECHEVARRÍA, *Para servir a la Iglesia. Homilías sobre el sacerdocio (1995-1999)*, Madrid 2001, pp. 242-243.

5

EL SACERDOTE COMO FORMADOR DE CRISTIANOS

Mons. Jesús García Burillo
Obispo Auxiliar de Orihuela-Alicante

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Agradezco a los organizadores de la Biblioteca Tabarca la invitación que me han hecho para compartir esta mesa redonda con los sacerdotes de nuestra diócesis de Orihuela-Alicante, dentro del plan de conferencias que la Prelatura del Opus Dei se ha trazado con ocasión del centenario del nacimiento de San Josemaría. Mi participación quiere ser también un gesto de gratitud a la Obra por su servicio durante largos años a nuestra Diócesis. Mi saludo, por tanto, a todos los sacerdotes reunidos en esta mañana.

Esta exposición tiene tres partes:

1. Mis experiencias en torno a la formación en la Obra; 2) El fundamento radical de la facultad de enseñar; 3) Pedagogía de la santidad: camino de identificación con Cristo para el formador.

1. Mis experiencias

Me gustaría comenzar estas reflexiones con la fórmula con que se inician los informes sobre personas o instituciones: «conozco a tal persona (o institución) desde el año...» Pues bien, yo conozco de una manera formal a los miembros y labores apostólicas del Opus Dei desde que empecé a tener contacto con sacerdotes, profesores y alumnos de colegios y centros de la Obra a partir del año 1978, siendo secretario de la Vicaría III de la diócesis de Madrid, con el actual Sr. Arzobispo de Valencia, y más tarde siendo Vicario Episcopal de la misma Vicaría. Especialmente tuve relación con los colegios Senara y Los Olmos, donde conocí al entonces capellán don Pablo Cabellos, con quien he mantenido una buena amistad. Más tarde, siendo Vicario de la Vicaría VIII, tuve relación con los colegios Orvalle y Retamar, situados en una espléndida zona, al NO de Madrid.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Durante años he administrado el sacramento de la Confirmación a promociones de alumnos de estos colegios que, todos sumados, superan ampliamente la cifra de un millar. Muchas veces he tenido charlas con ellos así como con los profesores y padres de los alumnos. En una ocasión administré los sacramentos de la iniciación cristiana a un joven de la Europa del Este, perteneciente al colegio Retamar.

En la Vicaría existía también un centro específico para la pastoral familiar (Centro Parque, en la calle Reyes Magos), donde los laicos acudían para cimentar o desarrollar su formación cristiana. Aquellos temas formativos fueron siempre de interés para mí, dado el prolongado tiempo que he dedicado a la formación teológica siendo profesor de Teología en el IITD, con el que estoy vinculado desde hace más de 20 años.

Otros centros de formación eran los clubes juveniles, bien conocidos y acreditados por su servicio a la formación humana y espiritual de los jóvenes, donde pasaban –y pasan– largas horas de estudio y formación, dirección espiritual y actividades de tiempo libre Así mismo formaba parte de la Vicaría III la Basílica de San Miguel y el Convictorio Sacerdotal de la calle Mayor. Allí nos reuníamos los sacerdotes del Arciprestazgo de la Paloma todos los meses para el retiro mensual y la convivencia sacerdotal. Era un espacio muy apreciado por los sacerdotes. Teníamos el retiro, comíamos y tratábamos cuestiones pastorales o se exponía algún tema formativo, frecuentemente de moral, expuesto casi siempre por algún sacerdote de la Prelatura.

¿Dónde se apoya la riqueza de formación que los sacerdotes de la Obra imparten en su ministerio pastoral? ¿Cuál es su fundamento? Sin duda se basa en el ministerio profético de los sacerdotes. Ministerio profético que los sacerdotes de la Obra, y otros muchos, naturalmente, ofrecen como un servicio de formadores de laicos cristianos. Se basa también en su especial preocupación e inquietud por dicha formación, recibida del carisma de su Fundador: San Josemaría [1].

De entre los valores y virtudes que he observado en los sacerdotes de la Prelatura, y otros muchos pertenecientes a la Sociedad Sacerdotal de

1. Si los sacerdotes de la Obra se interesan especialmente por la formación es porque su Fundador les dio ejemplo y se lo encargó de manera particular.

la Santa Cruz, destacaría la preocupación por una formación cristiana auténtica, en fidelidad a la Doctrina del Magisterio de la Iglesia, fundamentada y precisa, capaz de transmitir verdades de fe y principios relativos a la conducta moral. En otras palabras, tengo la opinión de que los sacerdotes de la Obra procuran para sí mismos y para los laicos, una sólida formación en temas doctrinales y, en particular, en todo aquello que concierne al dogma y la moral cristiana.

Un fiel laico que haya sido formado en los centros de la Obra acostumbra a saber lo que debe y no debe creer, lo que debe y no debe hacer, cómo conducirse en asuntos relacionados con la moral familiar, en cuestiones económicas y sociales, en sus responsabilidades como padre cristiano, en la educación cristiana de los hijos, en la lucha por defender los derechos de los padres a la educación católica de los hijos, a elegir los colegios más adecuados para su formación... Los colegios, universidades y centros de formación profesional promovidos por fieles de la Prelatura y cooperadores, y las obras corporativas del Opus Dei, han sido –probablemente las más de las veces– el resultado de este tesón de los padres por crear los centros de educación adecuados a las necesidades de formación humana, profesional y cristiana de sus hijos.

Los fieles de la Prelatura que yo he conocido manifiestan una conciencia bien formada. Cuando tienen dudas, tratan de resolverlas con principios doctrinales claros y aplicaciones lógicas a situaciones reales. Suelen acudir a la dirección espiritual. Me atrevería a decir que a los cristianos formados en la Obra se les puede reconocer por su toma de postura y decisión clara ante las situaciones problemáticas en que la vida nos sitúa continuamente. El relativismo intelectual, la duda metódica, no son fuentes en las que beban los laicos que acuden a los medios de formación en los centros de la Obra.

2. Fundamento radical de la facultad de enseñar

Ahora bien, y dando un paso más, ¿de dónde procede la estructura doctrinal, la fundamentación teológica en la que se basa la formación de los sacerdotes de la Obra?

Evidentemente, las líneas básicas de la formación de los sacerdotes de la Obra se apoyan en lo establecido por la Iglesia para la formación

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

específica de los presbíteros, siguiendo con fidelidad todo lo establecido en esta cuestión por la Concregación para el Clero. Yo no soy un experto conocedor del pensamiento del Fundador del Opus Dei, pero he ido recogiendo algunas de las obras y apuntes que en estos años me han facilitado gentilmente sus hijos e hijas. Me gustaría exponer brevemente aquellos aspectos, relativos a la formación, que me parecen esenciales en el pensamiento de aquel gran sacerdote que fue Monseñor Escrivá de Balaguer.

En primer lugar, la vocación a la formación en el sacerdote nace de la mediación sacerdotal que el presbítero realiza en nombre de Jesucristo. Él es, ciertamente, el único mediador entre Dios y los hombres: «porque uno solo es Dios y uno solo también el mediador (*eis kai mesites Zeoü*) entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, que se entregó a sí mismo en redención por todos» (1 Tm 2, 5-6). Así como Jesucristo es mediador entre Dios y los hombres, también el sacerdote, al representar a Cristo por el sacramento del orden, establece su mediación entre Cristo y el pueblo santo de Dios. Es ésta una mediación del sacerdote que tiene lugar en los tres grandes ámbitos en que realiza su representación: función de santificar, función de regir y función de enseñar. Porque participa de la función mediadora de Cristo, el sacerdote es ministro de la Palabra y ejerce su función de enseñar. El sacerdote formador es un mediador de Cristo Maestro.

En la doctrina del Concilio Vaticano II, el sacerdote, al participar del oficio de Cristo, único mediador, adquiere la función de anunciar a todos los hombres la palabra divina (LG 28). El Decreto *Presbiterorum Ordinis* sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, fundamenta la predicación de los sacerdotes en un doble aspecto: cristológico y eclesiológico. Han de predicar para cumplir el mandato del Señor (*Id y predicad*), y para contribuir a la edificación de la Iglesia, como cooperadores del Obispo:

> «Los presbíteros, como cooperadores de los obispos, tienen por deber primero el de anunciar a todos el Evangelio de Dios, de forma que, cumpliendo el mandato del Señor "id por todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda criatura" (Mc 16, 15), formen y acrecienten el Pueblo de Dios. Porque, por la palabra de salvación, se suscita en el corazón de los que no creen y se nutre en el corazón de los fieles la fe, por la que empieza y se acrecienta la congregación de los fieles, según aquello del Apóstol: "la fe viene de la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo" (Rm 10, 17)» [2].

De aquí se deduce que la enseñanza que el presbítero debe transmitir no es su propia sabiduría, sino la Palabra de Dios. Sus palabras no son suyas sino de Aquel que le ha enviado. El presbítero no es dueño de la Palabra, sino su servidor. La fidelidad a la Palabra será por consiguiente la principal característica del predicador.

Por otra parte, al sacerdote se le exige una gran sinceridad y coherencia entre su palabra y su vida: «Acuérdense de que con su conducta de cada día y con su solicitud, deben mostrar a los fieles e infieles, a los católicos y no católicos la imagen del verdadero ministerio sacerdotal y pastoral, y de que están obligados a dar a todos el testimonio de verdad y de vida» (LG 28). El sacerdote debe enseñar aquello en lo que cree y debe imitar aquello que enseña: «considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor» nos dijo el Obispo en nuestra ordenación de presbíteros.

El Papa resume esta cuestión diciendo que el sacerdote debe ser el primer creyente de la Palabra:

> «El Sacerdote ha de cultivar una sensibilidad, un amor y una disponibilidad particular hacia la Tradición viva de la Iglesia y de su Magisterio, que no son extraños a la Palabra, sino que sirven para su recta interpretación y para custodiar su sentido auténtico» [3].

Y el Directorio para la vida y el ministerio de los presbíteros afirma:

> «Este ministerio –realizado en la comunión Jerárquica– habilita a los presbíteros a dar testimonio oficial de la fe de la Iglesia. El Pueblo de Dios, en efecto, "es congregado sobre todo por medio de la Palabra de Dios viviente, que todos tienen derecho a buscar en los labios del sacerdote" (cfr. PO, 4)» [4].

San Josemaría, y con él los sacerdotes que sirven a la Iglesia desde la Prelatura, pretenden ser fieles al mandato del Señor: *Id por todo el mun-*

2. PO, 4.
3. PDV, 26.
4. *Directorio para la vida y el ministerio de los Presbíteros*, 45.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

do y predicad el Evangelio a toda criatura... enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado (Mt 28, 19-20). Ellos saben que el ministerio de la Palabra se ejerce por la predicación, por la formación llevada a cabo en retiros y conferencias, clases de teología y de religión, en la dirección espiritual. No entraré en el área de la enseñanza en las universidades, con las cuales no he tenido ningún contacto. Pero de todos es conocida la importancia de la Universidad de Navarra, con veinte facultades, acreditada en nuestra patria y fuera de nuestras fronteras, y otros centros de estudios superiores: en Barcelona (IESE), en Perú (Universidad de Piura), en Colombia (Universidad de la Sabana) y en Filipinas (Universidad de Asia y del Pacífico). Así como otras obras de apostolado corporativo, esparcidas en todo el mundo. Sin olvidar, naturalmente, la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma, y las residencias universitarias, innumerables... Hace sólo unos días ha tenido lugar en Valencia una Jornada sobre el «Sentido del trabajo universitario», con la participación de un buen elenco de catedráticos y profesores de universidad.

La función de evangelizar es una característica que los sacerdotes ejercen por el ministerio del sacramento del orden, ciertamente, pero brota ya del sacramento del Bautismo y alcanza a todos los bautizados. Todo cristiano que ha recibido el sacramento del bautismo participa también de la misión evangelizadora de Cristo: *Como el Padre me envió, así os envío yo* [5]. En consecuencia, todo miembro de la Obra sabe que ha de recibir una formación continua y ha de estar dispuesto a transmitirla en la medida de su propia formación y de la misión que le sea encomendada. Todos, sacerdotes y laicos, saben que han de ejercitar el apostolado de la Palabra.

No entro en el tema de la formación de los laicos, que ha sido objeto de la enseñanza del Magisterio Pontificio, especialmente en la Exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles laici*, la cual dedica el capítulo V a la formación de los laicos, y la *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI, sobre los agentes de la evangelización. Es evidente la importancia que la evangelización y el apostolado de la palabra tienen para el fiel laico. La evangelización constituye, no ya una tarea particular del laico,

5. Jn 20, 20.

sino un verdadero acto eclesial. Para ello, naturalmente, deberá ajustarse a la doctrina del Magisterio y haber recibido la encomienda para dicho ministerio.

La extensión numérica actual de la Obra (más de 80.000 miembros, de los cuales 1.750 son sacerdotes, distribuidos en 80 países) se fundamenta en la acción del Espíritu, acompañada en gran manera por el ejercicio continuo del apostolado de la palabra. «Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros *personalmente*» [6] –decía su Fundador ya en el año 1940–. En la Obra todos reciben formación y están en disposición de ofrecerla a los demás.

Esta preocupación por la formación y el apostolado apareció de forma temprana en el Fundador, al promover, junto con Isidoro Zorzano, en la calle Luchana de Madrid, la academia «DYA»; es decir «Academia de Derecho y Arquitectura» o también «Dios y Audacia», como le gustaba comentar a San Josemaría. (Tema éste, el de la audacia, que tendría rasgos muy característicos en la espiritualidad de la Obra). Pues bien, «DYA» fue el primero de los centros de formación de la Obra. En la actualidad los centros se han multiplicado con profusión. Sería imposible hacer una enumeración de todos los centros de formación que la Prelatura y sus fieles dirigen en la actualidad.

Otro detalle que revela el afán de Josemaría Escrivá por la formación, fue el texto que se hizo grabar en una de las puertas de su residencia de Roma. Corresponde a la 1ª carta de San Pedro y en él se relaciona la naturaleza del cristiano con el ejercicio de su testimonio: porque el cristiano es elegido, santo y propiedad del Señor, precisamente por eso, ha de pregonar las maravillas de Dios. Éstas son las palabras justas: *vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad, para que pregonéis las maravillas de Aquel que os llamó de las tinieblas a su admirable luz...*[7]

Ya en el año 1945 el Santo escribía una carta sobre la vocación sacerdotal, citada por Enrique de la Lama: «por exigencia de su vocación

6. Cit. En A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1984, p. 354.
7. 1 P 2, 9.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cristiana –como algo que exige el único bautismo que han recibido– el sacerdote y el seglar deben aspirar, por igual, a la santidad a la que son llamados, que es una participación en la vida divina (cfr. San Cirilo de Jerusalén. *Catecheses 22, 2*). Esa santidad a la que son llamados, no es mayor en el sacerdote que en el seglar: porque el laico no es un cristiano de segunda categoría. La santidad, tanto en el sacerdote como en el laico, no es otra cosa que la perfección de la vida cristiana, que la plenitud de la filiación divina» [8]. La relación entre sacerdotes y laicos, llamados a la misma santidad pero por diferentes caminos, será una de las constantes en la doctrina de Josemaría Escrivá. A su admiración por el sacerdocio común de los fieles se une su asombro por el sacerdocio ministerial, propio de los sacerdotes. Todo cristiano tiene «alma sacerdotal» pero el sacerdote, que ha recibido el sacramento del Orden, ejerce el oficio sacerdotal «in persona Christi»; configurado con Cristo, le representa en el ejercicio de su ministerio. Por la oración consecratoria del Obispo se opera en el presbítero un vínculo ontológico específico, que une al Sacerdote con Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor [9].

La autoridad con la que el sacerdote predica no le viene propiamente de su sabiduría, de sus conocimientos de naturaleza bíblica, teológica o moral, los cuales son esenciales y necesarios, sino sobre todo de su identificación con Jesucristo Profeta, Sacerdote y Rey. Josemaría Escrivá se refería a esta identificación en una Homilía en el año 1973:

> «Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ípse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» [10].

Destacaba a la vez el carácter de servicio que caracteriza la vida sacerdotal, y con ella su función de enseñanza: «sois ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Y lo que se pide a los administradores es que sean fieles» [11].

8. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, Roma 2-II-1945. Citado en: E. DE LA LAMA, *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación*. Madrid 1994, p. 206.
9. Cfr. PDV, 11.
10. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Hom. *Sacerdote para la eternidad 13-V-73*, en *Amar a la Iglesia*, Madrid 2002.
11. 1 Co 4, 1-2.

Don José María Lahiguera, cuya causa de beatificación ha sido incoada, siempre entregado a la santidad de los sacerdotes («¡Sacerdote santo!» exclamaba como una síntesis de su predicación) decía de San Josemaría: «Fue sacerdote *semper et ubique*, solo sacerdote, en todo sacerdote, siempre sacerdote».

Por último, para calibrar mejor la tarea formativa de los sacerdotes de la Prelatura es oportuno recordar que el Opus Dei se ha hecho presente en la vida de la Iglesia «como una trabazón u organismo apostólico, que consta de sacerdotes y de laicos –hombres y mujeres–, y que es a la vez orgánico e indiviso, dotado de una unidad que es simultáneamente, unidad de espíritu, de fin, de régimen y de formación» [12]. El Opus Dei constituye, en suma, una comunidad viva, formada por un Prelado, un presbiterio y un laicado, que comparten una común vocación y misión. Es competencia pues, de los sacerdotes y de los laicos la tarea pastoral formativa desarrollada por la Prelatura, aunque en mi presente exposición me haya detenido a contemplar sólo la tarea formativa que desarrollan los sacerdotes de la Obra.

3. Pedagogía de la santidad: camino de identificación con Cristo para el formador

La santidad está en estrecha relación con la disposición y la eficacia misma del formador. La santidad debe ser, en efecto, característica fundamental de todo fiel cristiano, la que le cualifica y dispone para toda forma de apostolado. La santidad capacita al sacerdote y al cristiano para dar testimonio de Jesucristo por medio de su palabra y su vida. En la medida que el formador está plenamente identificado con Cristo Maestro, su formación será más evangélica, auténtica y eficaz.

La santidad ha sido propuesta en los comienzos del tercer milenio como uno de los grandes objetivos a conseguir por la Iglesia universal. «No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad» –afirma el Papa– y continúa, recordando el capítulo V de la constitución Lumen gentium, dedicado a la santidad: «si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no

12. JUAN PABLO II, Cons. apost. *Ut sit, Proemio*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. (...) Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da en cada bautizado» [13].

La CEE acaba de aprobar su Plan de Pastoral para el cuatrienio 2002-2006. Presenta la santidad como una prioridad pastoral: «La santidad ha de ser la perspectiva de nuestro camino pastoral y el fundamento de toda programación. Esta opción está llena de consecuencias, porque supone no contentarse con una vida mediocre, una moral de mínimos o una religiosidad superficial. Es entrar en el dinamismo de la llamada a la perfección de la caridad, que tiene múltiples caminos y formas de expresión, según la vocación de cada cristiano, como de manera profética señaló el Concilio Vaticano II (LG 39-42)» [14].

Para alcanzar la santidad el Santo Padre ofrece un itinerario, un programa de santidad. «¿Acaso se puede "programar" la santidad?» – se pregunta– y propone una pedagogía de la santidad que debe estar enriquecida por asociaciones y otros movimientos reconocidos por la Iglesia. A continuación presenta un itinerario de la santidad basado en la oración, la Eucaristía dominical, el sacramento de la Reconciliación, la primacía de la gracia, la escucha de la palabra y el anuncio de la Palabra, fundamentalmente [15]. Este programa ha de ser asumido por todos los formadores.

¿Cómo vivió San Josemaría estos aspectos de la santidad? Trataré de dar tan sólo unas breves pinceladas, unidas a algunas anécdotas, extraídas en su mayor parte de A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei,* (Madrid 1984) [16].

Empezando por la Santa Misa:

> «Su espíritu, más que hoguera, era un volcán incandescente, alimentado de continuo por el fuego del amor a Cristo, y su núcleo de ignición: la Santa Misa, que definió como "la primera de las devociones": "la Misa es acción divina, trinitaria, no humana (...) porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos"» [17].

13. NMI, 30.
14. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan pastoral para el cuatrienio 2002-2005: «Una Iglesia esperanzada»*, n. 17. Se citará como PP y el número correspondiente.
15. Cfr. NMI, 31-41.
16. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei,* Madrid 1984. En adelante se citará como VP y las páginas correspondientes.

Un residente de la primera residencia que impulsó el Fundador en la calle Ferraz describía así la celebración de la Santa Misa: «Parecía como si en esos momentos, todo su espíritu sobrenatural, toda su fe y su amor, quedasen al descubierto. Le recuerdo subiendo al altar con una unción y dignidad que palpablemente nos decían que "se acercaba al Dios que era la alegría de su juventud". Seguíamos siempre sus medidos y lentos movimientos en el altar; respiraba el sereno gozo, la profunda devoción del sacerdote que adora con los fieles y en nombre de ellos, al Dios vivo». Otro estudiante escribía de él: «Nunca he oído Misa como hoy, no sé si por las circunstancias o porque el celebrante es un santo» [18]. Él estaba convencido de que la eficacia pastoral en la predicación, en toda clase de formación y apostolado, reside en la celebración eucarística. Lo confirma Juan Pablo II: «Un sacerdote vale lo que vale su vida eucarística, sobre todo su Misa» [19].

La CEE resalta este tema: «En diversas ocasiones hemos insistido en la importancia de la Eucaristía y en la necesidad de participar en ella de modo especial los domingos, considerándola no tanto como una obligación, sino como un don de Dios y una necesidad, fuente y cumbre de toda la vida cristiana» [20].

Sobre la oración, refieren los biógrafos de Josemaría Escrivá que fue el instrumento con el que construyó el Opus Dei:

> «En medio del ajetreo material, el Fundador se pasó la vida construyendo la Obra y fortificándola sobrenaturalmente porque "el arma del Opus Dei no es el trabajo, es la oración: por eso convertimos el trabajo en oración". Es decir, en útil contemplativo. (...) Desde el primer momento entendió el Fundador que aspirar a la santidad en el mundo, en plenos quehaceres sociales y profesionales, exigía transformar dichas labores en instrumentos de santi-

17. VP, 267. La cita interna de San Josemaría es de *Es Cristo que pasa*, nn. 86 y 87.
18. VP, 183.
19. JUAN PABLO II, 16-II-84.
20. PP, 24.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dose de inmediato el interlocutor frente a un alma prócer y ante el maestro de vida interior en quien confiar» [26].

Los Obispos españoles, además de lo dicho en el n. 25 del Plan Pastoral, sobre el «acompañamiento en los procesos de conversión», e.d., sobre la dirección espiritual, plantean con urgencia, en un contexto más amplio, la cuestión de la transmisión de la fe en la Iglesia española:

> «Uno de los hechos más graves acontecidos en Europa durante el último medio siglo ha sido la interrupción de la transmisión de la fe cristiana en amplios sectores de la sociedad. Perdidos, olvidados o desgastados los cauces tradicionales (familia, escuela, sociedad, cultura pública), las nuevas generaciones no conocen ni reconocen signos, ni tienen memoria histórica, ni saben del Dios viviente y verdadero, de la encarnación y muerte de Jesús por nosotros. Comprobamos que en proporciones altas no estamos logrando transmitir la fe a las generaciones jóvenes» [27].

Me parece que ésta es una de las grandes preocupaciones de los miembros de la Obra, sacerdotes o laicos, como ya se ha dicho.

En la vida cristiana, y especialmente en el camino de la santidad, siempre la acción de la gracia es la primera y la que todo lo puede. Sin embargo, a la gracia debe secundarle siempre la respuesta humana, aceptándola y colaborando con ella. Esta respuesta humana en ocasiones exige un gran esfuerzo, una enorme lucha interior, una vida verdaderamente ascética.

La entrega al trabajo hasta la extenuación fue una constante en la vida del Santo:

> «Desde su asentamiento en Madrid, le vinieron meses de trabajo agotador. El camino se le tendía como una quimera inexpugnable. Había madrugadas –azules o plomizas– en que apenas sacaba fuerzas para levantarse. Su cuerpo se había caído roto de cansancio la víspera (...). En ocasiones, tan agotado estaba físicamente, que no podía ni dormir» [28].

Esta lucha se dio particularmente en los primeros años, pero duró toda la vida. De él se han recogido expresiones como «estoy luchando

26. VP, 164.
27. PP, 28.
28. VP, 121s.

todo el santo día», «año nuevo, ¡lucha nueva!», «nadar contra corriente», «recomenzar de nuevo como el hijo pródigo», «luchar por amor hasta el último instante», «empeñarse en una hermosísima guerra de amor y de paz», «pelear en el frente de nuestras pasiones», «procurar vencer en la lucha diaria», etc.

Conclusión

El Cardenal Saraiva Martins presentó recientemente (20-XII-01) a Josemaría Escrivá como figura eminente del siglo XX: «Promovió con fervor incansable la santidad laical y con muchas iniciativas llevó la levadura del Evangelio a la sociedad de nuestro tiempo». Así se presenta como modelo para sacerdotes formadores de laicos cristianos. ¿Cómo concretar nuestra tarea en este momento de la historia?

A la Carta Apostólica *Novo Millennio* le cruza una preocupación trasversal:

> «*Duc in altum*, rema mar a dentro (Lc 5, 6). ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso ante el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra» [29].

Para realizar esta obra, el Señor necesita de sacerdotes llenos de espíritu apostólico, capaces de formarse y de formar profundamente a los laicos, comprometidamente, con sentido valiente y misionero. Es nuestra hora.

29. NMI, 58.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

6

SACERDOCIO COMÚN Y MINISTERIAL

Una reflexión a partir del pensamiento de Josemaría Escrivá

Prof. don Pedro Rodríguez
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pocas expresiones del Concilio Vaticano II me han ayudado tanto a adentrarme en el misterio de la Iglesia como aquella que se encuentra al comienzo del n. 11 de la Constitución *Lumen gentium*. Allí se nos dice, sencillamente, que la Iglesia es una comunidad sacerdotal cuya índole es sagrada y cuya estructura es orgánica. Así sintetiza el Concilio la doctrina sobre el sacerdocio –sacerdocio común y sacerdocio ministerial– que ha expuesto en el número precedente y ahora, en este n. 11, va a explicarnos cómo la índole de esa comunidad sacerdotal se manifiesta y despliega en la vida sacramental de la Iglesia y en la práctica de las virtudes por parte de los cristianos.

Esta expresión del Concilio –«indoles sacra et organice exstructa communitatis sacerdotalis» [1]– ha sido determinante, como digo, en mi concepción de la eclesiología. Pienso sinceramente que esto ha sido posible porque sus implicaciones teológicas venían de muchos años atrás configurando mi vida personal –tanto en la reflexión teológica como en la actividad pastoral cotidiana– a través de la doctrina sobre el sacerdocio en la Iglesia que vivía y enseñaba Josemaría Escrivá de Balaguer. Con su lenguaje incisivo y vivencial, este sacerdote, que la Iglesia ha inscrito en el elenco de los santos, contemplaba a la Iglesia entera –hombres y mujeres, sacerdotes y laicos, religiosos– movilizada como un solo hombre (mejor, como un solo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo) para desempeñar en el mundo la misión recibida de su Señor. Veía a todos los cristianos –a los laicos, en primer lugar– llamados a vivir las tareas or-

1. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 11/a.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dinarias y profesionales con «alma sacerdotal», decía [2]; y veía a los sacerdotes con su sacerdocio ministerial concebido como puro servicio a los fieles a la manera –decía– de «alfombras para que los demás pisen blando». Estas dos expresiones (el «alma sacerdotal» de todos los fieles y «la alfombra» que es el ministerio de los sacerdotes) encuadran de manera inolvidable la enseñanza de Josemaría Escrivá sobre la misión de la Iglesia y dan también el marco de mi intervención en estas Jornadas.

Tal como aparece formulado en el título de la conferencia, me propongo considerar el significado que, para la comprensión de la Iglesia, tiene el hecho de que el único y definitivo sacerdocio de Cristo se participe en la Iglesia bajo una doble forma y modalidad, que el Concilio Vaticano II llama «sacerdocio común de los fieles» y «sacerdocio ministerial o jerárquico».

Este propósito lo desarrollaré en cuatro pasos: el primero tiene por objeto tomar conciencia de que esas dos posiciones eclesiológicas provienen fundamentalmente del Bautismo y del Sacramento del Orden; el segundo está destinado a mostrar cómo San Pablo concibe la dinámica de ambas posiciones («fieles» y «ministros»); el tercer paso busca penetrar teológicamente en esa doctrina de San Pablo, estudiando la doble participación del sacerdocio de Cristo; finalmente –cuarto paso–, me detendré en lo que es la *intentio* de esta conferencia: la ordenación mutua y la mutua interrelación entre «sacerdocio ministerial» y «sacerdocio común de los fieles». Pasemos, pues, al punto primero.

2. Solía hablar de «alma sacerdotal y mentalidad laical». Con este binomio, aparentemente paradójico, describía el ser en la Iglesia y en el mundo de los fieles del Opus Dei. Nuestro discurso nos lleva a hacer abstracción del segundo término del binomio. Un texto sobre la «mentalidad laical»: «Tenéis que difundir por todas partes –afirmaba en una homilía pronunciada en el Campus de la Universidad de Navarra– una verdadera *mentalidad laical,* que ha de llevar a tres conclusiones:

a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen –en materias opinables– soluciones diversas a las que cada uno de nosotros sostiene;

y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola con banderías humanas» (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968 [1], n. 117).

1. Bautismo (y Confirmación) y Sacramento del Orden, origen sacramental de la Iglesia «comunidad sacerdotal»

«Por el Bautismo –ha escrito recientemente Javier Echevarría– todos los fieles nos convertimos realmente no sólo en seguidores de Cristo, sino en miembros de su Cuerpo Místico, partícipes de su sacerdocio» [3]. El misterio cristiano es, en efecto, una cuestión ontológica antes que ascética y psicológica. Por eso, para comprender cómo la Iglesia se constituye en «comunidad sacerdotal» hay que advertir ante todo que la más básica estructura de esta Iglesia «comunidad sacerdotal» se forja por la acción de los sacramentos que «imprimen» carácter: el Bautismo (y la Confirmación), por una parte, y el Orden sagrado, por otra. Surgen así los dos elementos primarios de la estructura fundamental de la Iglesia, que llamamos «christifideles» y «ministerio sagrado».

El Bautismo, en efecto, crea la cualidad de miembro del Pueblo de Dios, de cristiano, de fiel cristiano, o sencillamente de fiel *(christifidelis),* y hace aparecer la Iglesia en su más primaria y desnuda condición: reunión o congregación de los fieles cristianos (*congregatio fidelium*). Antes de cualquier otra división de funciones y responsabilidades, de distinción en estados y condiciones, se da en la Iglesia la igualdad radical de todos los fieles que es fruto de la llamada de Dios en el Bautismo: es el plano elemental y escatológico de la *comunión de los fieles,* de la *fraternidad cristiana* [4]. Pues bien, por el Bautismo el *christifidelis* recibe una cualidad sacerdotal que la Iglesia llama «sacerdocio común de los fieles»: al recibirlo, la persona humana, hombre o mujer, adquiere su fundamental posición en la estructura de la Iglesia y, al ejercer ese sacerdocio, ese hombre o esa mujer está realizando su existencia cristiana. Con palabras de Josemaría Escrivá:

> «Apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que confiere una cierta participación en el sacer-

3. J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Madrid 2001, p. 69.

4. Cfr., sobre el tema J. RATZINGER, *La fraternidad cristiana*, Madrid 1960.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

docio de Cristo, que –siendo esencialmente distinta de aquella que constituye el sacerdocio ministerial– capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación» [5].

El hecho y el contenido de ese sacerdocio común de los cristianos está descrito por el Concilio Vaticano II con estas palabras:

«Cristo, Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cfr. Hb 5, 1-5), a su nuevo pueblo "lo hizo reino y sacerdotes para Dios, su Padre" (cfr. Ap 1, 6; 5, 9-10). Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cfr. 1 P 2, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios (cfr. Hch 2, 42-47), han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cfr. Rm 12, 1); han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y, a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cfr. 1 P 3, 15)» [6].

Pero, en el seno del pueblo de Dios, algunos de sus miembros son llamados por Cristo para una tarea, para un ministerio peculiar, el «sagrado ministerio». Digámoslo con las mismas palabras del Concilio:

«El mismo Señor, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo, "en el que no todos los miembros tienen la misma función" (Rm 12, 4), de entre ellos a algunos los constituyó ministros, que en la *sociedad de los fieles* poseyeran la *sagrada potestad del Orden*, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y ejercieran públicamente el *oficio sacerdotal* en el nombre de Cristo en favor de los hombres» [7].

De entre los *fieles*, por tanto, algunos son *ministros*. Tocamos aquí un punto esencial de la eclesiología católica [8]: la existencia en la Iglesia, por institución que arranca del mismo Señor Jesús, de un ministerio sa-

5. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa. Homilías*, Madrid 1973 [1], n. 120.

6. *Lumen gentium*, n. 10/a. Uno de los más autorizados comentarios al Vaticano II sigue siendo, al cabo de los años, G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Barcelona 1968, pp. 175-200.

7. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2/b.:

8. Cfr., todo el cap. III de la Const. dogm. *Lumen gentium*; y el documento *El sacerdocio ministerial* del Sínodo de los Obispos de 1971, parte I, n. 4, Salamanca 1972, pp. 23-25. Cfr. también J. RATZINGER, *Das geistliche Amt und die Einheit der Kirche*, en «Catholica» 17 (1963) 165-179.

grado de naturaleza sacerdotal, conferido por Jesús a los apóstoles, que se transmite por medio de un específico sacramento –el sacramento del Orden– y recae sobre algunos fieles que pasan de este modo a ser los «ministros sagrados» («clérigos» en la terminología tradicional canónica). De este modo, a través del sacramento del Orden, que les capacita para actuar *in persona Christi* [9], Cristo configura la dimensión jerárquica de la estructura fundamental de la Iglesia.

Como vemos, esos sacramentos –el Bautismo, la Confirmación y el Orden sagrado– que originan la dimensión básica de la estructura de la Iglesia son precisamente los que, al dar una participación en el sacerdocio de Cristo, crean la realidad sacerdotal de la Iglesia en su triple forma cultual, profética y regia. Y esto de tal manera que, volviendo a la fórmula conciliar que poco ha les citaba, la Iglesia es, toda ella, una «comunidad sacerdotal».

2. La dinámica de la comunidad cristiana según San Pablo

Digamos ya, a partir de todo lo expuesto, que la razón de que la Iglesia, como comunidad, tenga esa estructura básica, que he tratado de presentarles, es ésta: que los titulares del sacerdocio ministerial, con la entrega a su ministerio, sirvan a sus hermanos –los «fieles»– para que éstos, ejerciendo su sacerdocio existencial, puedan servir a Dios y al mundo. La dinámica de este doble servicio escalonado es la misión, la evangelización, la edificación del Cuerpo de Cristo, tal como la explica San Pablo en este célebre pasaje de la Carta a los Efesios 4, 11-12, que quiero ahora comentarles:

«Él mismo (Cristo) dio (a su Iglesia) que unos fueran apóstoles; otros, profetas; otros, evangelistas; otros pastores y doctores: para la preparación de los santos (pro ton katartismon ton agion) en orden a la obra del ministerio (eis ergon diakonias), cuyo fin es la edificación del Cuerpo de Cristo (eis oikodomen tou somatos)» [10].

9. L. SCHEFFCZYK, *Schwerpunkte des Glaubens. Gesammelte Schriften zur Theologie*, Einsiedeln 1977, pp. 367-386 (Die Christusrepräsentation als Wesensmoment des Priesteramtes).

10. Ef 4, 11-12. Seguimos la lectura de R. PENNA, *Lettera agli Efesini*, Bolonia 1988, pp. 189-194. Cfr., también H. SCHLIER, *Der Brief an die Epheser. Ein Kommentar*, Düsseldorf 1962 (versión italiana: Brescia 1965, pp. 238-243) con los desarrollos que se contienen en su obra posterior *La eclesiología del Nuevo Testamento*, en AA.VV., *Mysterium salutis*, IV/1. *La Iglesia*, Madrid 1973, pp. 171ss.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El primer versículo de este pasaje describe lo que hemos llamado el «sagrado ministerio», comenzando por el ministerio fontal y omnicomprensivo de los apóstoles. Los ministros sagrados son presentados a los efesios como un «don» de Cristo para su Iglesia, para la Iglesia que son ellos, los cristianos de Éfeso. Nótese el carácter «objetivo» del don. No contempla San Pablo de manera directa a las personas de los ministros –que reciben la llamada a ser apóstoles, etc.– sino a la comunidad, a la Iglesia, enriquecida con los oficios que desempeñan esas personas; o si se prefiere, enriquecida con esas personas, que por razón de su oficio son dones para la Iglesia [11].

Y esto es así porque los sagrados ministros no existen para sí, sino para los fieles, para servir a los «santos», como dirá en el versículo siguiente. Los ministros existen *pros ton katartismon ton agion*. Su tarea primera y fundamental –éste es el primer escalón apostólico– es «la preparación de los santos», como hemos traducido la expresión griega, que es mucho más densa y rica. Equiparlos, capacitarlos, ordenarlos, organizarlos, es decir, formarlos y disponerlos: todo esto significa la palabra original [12]. Dicho en forma teológica: servir a sus hermanos, prestarles el servicio que sólo ellos pueden prestar, que es el servicio de la Palabra y de los Sacramentos.

Por eso San Pablo describe inmediatamente el segundo escalón, es decir la finalidad de ese equipamiento sobrenatural: se trata de equiparlos «para la obra del ministerio», para la ministerialidad, podríamos decir, de toda la Iglesia. En efecto, los «santos» así preparados –dice– están en condiciones de prestar a la Iglesia y al mundo el servicio que Dios mismo les ha encargado y que San Pablo expresa cristológicamente diciendo que tiene como fin «la edificación del Cuerpo de Cristo», o si ustedes prefieren, la «nueva evangelización» con la que se edifica el Cuerpo de Cristo. Por tanto, no son sólo los ministros, sino la entera comunidad cristiana, orgánicamente estructurada –laicos y ministros sagrados, hombres y mujeres–, la que realiza la misión de la Iglesia, la edificación del Cuerpo de Cristo en medio del mundo.

11. Cfr., en R. PENNA, *Lettera agli Efesini*, cit., pp. 189-191, el estudio de esas figuras y de esos ministerios.

12. La Neovulgata traduce: «ad *instructionem* sanctorum».

Este doble escalón, que expresa la dinámica apostólica originaria de la Iglesia, es esencial en la enseñanza de Josemaría Escrivá y tiene una fuerte repercusión en la misma configuración del Opus Dei como Prelatura personal. Hablando de los sacerdotes de la Prelatura, escribe el Fundador, como haciendo eco a este pasaje paulino:

> «En el ejercicio de ese ministerio –*ministerium verbi et sacramentorum*– es donde han de mostrarse ministros de Dios y siervos de todas las almas, especialmente de las de sus hermanos. (...) Siervos, digo, porque, con olvido de sí mismos, han de preocuparse primordialmente –subordinando a esto todo lo demás, por importante que pueda parecerles– de la santidad de sus hermanos [primer escalón] y de cooperar activamente con ellos, en todos los apostolados propios de nuestro espíritu» [segundo escalón] [13].

El doble escalón de Efesios aparece de nuevo en otros textos:

> «Sepan nuestros sacerdotes que la fecundidad de su labor se mide por la eficacia que contribuyan a dar al trabajo apostólico de los demás [segundo escalón] y –antes, por ser condición indispensable– a la vida espiritual de sus hermanos» [primer escalón] [14].
>
> «No han de olvidar los sacerdotes, que están *especialmente* ordenados –no me cansaré nunca de insistir– para cuidar de sus hermanos [primer escalón] y para colaborar en nuestras obras apostólicas» [segundo escalón] [15].

Como vemos, es la misma doctrina con la que la Const. *Lumen gentium* comienza su cap. III, es decir, su exposición sobre el sagrado ministerio en la Iglesia:

> «Los ministros que poseen las sagrada potestad están al servicio de sus hermanos, a fin de que todos cuantos son miembros del Pueblo de Dios y gozan por tanto de la dignidad cristiana tiendan todos libre y ordenadamente a un mismo fin y lleguen a la salvación» [16].

13. *Carta 2-II-1945*, n. 25. He incluido entre corchetes mis comentarios. Nótese que en el «segundo escalón» no son los laicos los que «cooperan» con los presbíteros, sino éstos los que colaboran en los apostolados de los laicos. Es un matiz que aparece todavía con más fuerza en este otro texto, en el que hablando del ministerio sacerdotal de los presbíteros, dice de éstos que «serán apoyo y savia de la labor de sus hermanos seglares, en quienes fomentarán un *sano anticlericalismo:* los laicos del Opus Dei no se forman para sacristanes, sino que –dentro de la máxima fidelidad a la Santa Iglesia y al Papa– proceden por su cuenta, con libertad y responsabilidad personal» (*ibid*, n. 28). Los textos de esta nota y de las dos siguientes están tomados de PEDRO RODRÍGUEZ-FERNANDO OCÁRIZ-JOSÉ LUIS ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Madrid 2000[5], 81, nota 106.

14. *Ibid.*, n. 26.

15. *Carta 8-VIII-1956*, n. 9.

16.. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 18.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

3. Las dos formas de participación del sacerdocio de Cristo en la Iglesia

Esta Iglesia integrada por fieles y ministros sagrados, cuya dinámica acabamos de contemplar siguiendo a San Pablo, es esencialmente sacerdotal, decíamos. La razón teológica es clara: la Iglesia, tanto en su estructura como en su ser profundo (comunión), ha de ser entendida desde el misterio del Hijo de Dios hecho Hombre. Cristo, por su interna constitución, o si prefieren, por esa unción del Espíritu que es la misma Unión hipostática, es el Mediador único entre Dios y los hombres, el Sacerdote eterno de esta Nueva Alianza, y la Iglesia es el fruto de su sacrificio sacerdotal. Pero el misterio de Cristo se prolonga también de otro modo en el misterio de la Iglesia. Cristo, en efecto, a esa Iglesia fruto de su sacrificio redentor (Iglesia *fructus salutis*) ha querido asociarla a su propia obra salvífica y servirse de ella para la aplicación en el mundo de la obra redentora (Iglesia *medium salutis*). Ésta es la base teológica, repito, de por qué la Iglesia –toda ella– es, como venimos viendo, radicalmente sacerdotal. El tema es de tal calibre, también en relación con la hermenéutica del Concilio Vaticano II, que el actual Papa, siendo todavía Arzobispo de Cracovia, pudo escribir:

> «La doctrina del sacerdocio de Cristo y de la participación en él es el corazón mismo de las enseñanzas del último Concilio, y en ella se encierra de algún modo cuanto el Concilio quería decir acerca de la Iglesia, del hombre y del mundo» [17].

El misterio está en que ese sacerdocio de Cristo, que es uno y único en la persona del Hijo de Dios hecho hombre, en la Iglesia se da participado por una doble vía y en una doble forma: es lo que la teología llama «sacerdocio común de los fieles» y «sacerdocio ministerial o jerárquico», que surgen –como hemos visto en el apartado primero– de la donación *sacramental* del Espíritu. Leamos el texto magisterial normativo sobre la materia, que es el segundo párrafo de la Const. *Lumen gentium*, n. 10, que dice así:

> «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque se diferencian esencialmente y no sólo en grado (*essentia et non gradu tantum*), se ordenan sin embargo el uno al otro; porque uno y otro participan a su peculiar manera (*suo peculiari modo*) del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad de la que goza, modela y dirige al pueblo sacerdotal, realiza *in persona Christi* el sacrificio eucarístico y lo ofrece en nombre de todo el Pueblo de Dios; los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la oblación de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y con la caridad operativa».

17. K. WOJTYLA, *La renovación en sus fuentes*, Madrid 1982, 182.

Sirviéndonos del texto conciliar que acabamos de leer, intentemos profundizar en la diferencia mutua entre ambos modos de participar en el sacerdocio de Cristo Redentor. Nuestro discurso será una manera de profundizar teológicamente lo que bíblicamente hemos visto en la Carta de San Pablo a los Efesios.

Pío XII primero [18] y el Concilio Vaticano II después expresaron una convicción unánime de la fe católica cuando dijeron que ambas formas de participación del sacerdocio de Cristo difieren esencialmente y no sólo en grado. Esta expresión ha dado lugar a prolijas discusiones, sobre todo a la hora de explicar metafísicamente que sea aquí *esencia* y *participación* [19]. No debemos ir ahora por este camino, que no es el decisivo para nuestro propósito. Entiendo que el Concilio mismo interpreta la expresión «esencialmente y no sólo en grado» cuando a continuación dice que eso es así *porque* cada una de esas formas participan del único sacerdocio de Cristo *suo peculiari modo* [20]. Estimo que esto quiere decir:

1º) que en cuanto participaciones del sacerdocio de Cristo, son ambas originarias: no derivan la una de la otra y son irreductibles la una a la otra. Sólo a través de la operatividad propia de cada una de ellas el sacerdocio único de Cristo despliega toda su fuerza salvífica en la historia:

18. Pío XII, *Discurso a los Cardenales*, 2-XI-1954, en AAS 46 (1954) 669.

19. Cfr., A. FERNÁNDEZ, *Nota teológica sobre la explicación conceptual de una fórmula difícil: la diferencia entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial*, en «Revista Española de Teología» 36 (1976) 329-347; y A. VANHOYE, *Sacerdoce commun et sacerdoce ministériel. Distinctions et rapports*, en «Nouvelle Revue Théologique» 97 (1975) 193-207.

20. Cfr., sobre el tema A. ARANDA, *El sacerdocio de Jesucristo en los ministros y en los fieles. Estudio teológico sobre la distinción «essentia et non gradu tantum»*, en AA.VV, *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona 1990, pp. 207-246.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

lo que en Cristo es uno, en la Iglesia se da, como venimos diciendo, en modalidad doble.

2º) que son esencialmente complementarias; de ahí que esa «mutua ordenación» de que habla del texto conciliar no tenga sólo un contenido moral y jurídico, de buena ordenación de la vida eclesial, sino que expresa el *porqué* profundo de aquella diferenciación esencial: la manera teológica del ser sacerdotal de la Iglesia como un todo, como comunidad sacerdotal.

Esa diferencia esencial y esa mutua ordenación expresan el misterio de la Iglesia como cuerpo (sacerdotal) de Cristo (sacerdote). Veamos, primero, esa diferencia esencial, profundizando en el contenido propio de ambas formas de participación.

Cristo, con los actos concretos e históricos de su vida, que culminan en el misterio pascual, es el sacerdote y la víctima eternamente grata a Dios Padre. Sólo Él, el Hijo de Dios hecho hombre, «el hombre Cristo Jesús», es el «único Mediador entre Dios y los hombres», como dice la primera carta a Timoteo (2, 5). El sacerdocio común de los fieles significa una participación, que Cristo da a los suyos, de ese sacerdocio. Por ella los creyentes son capacitados para ofrecer sus vidas –«sus cuerpos», dice San Pablo con profunda expresión (Rm 15, 1)– como hostias vivas, santas, agradables a Dios [21]. El sacerdocio común de los fieles es un sacerdocio «existencial». Con rigurosa y profunda expresión, el Fundador del Opus Dei pudo decir que el cristiano ha sido constituido por Dios en el Bautismo «sacerdote de su propia existencia» [22]. El ejercicio del sacerdocio común consiste primariamente en la santificación cotidiana de la vida real y concreta. Son, en efecto, los actos concretos del hombre cristiano los que se transforman en las «hostias espirituales» de que habla San Pedro (1 P 2, 5), actos que despliegan la consagración de todo el ser del cristiano, de su «cuerpo» en el sentido paulino. Cristo, por el sacerdocio común, asocia a los cristianos a su sacrificio y a su alabanza al Padre.

21. Los fundamentos bíblicos del sacerdocio común de los fieles han sido rigurosamente estudiados en A. FEUILLET, *Les «sacrifices spirituels» du sacerdoce royal des baptisés* (1 P 2, 5) *et leur préparation dans l'Ancien Testament*, en «Nouvelle Revue Théologique» 96 (1974) 704-728; Ibidem, *Les chrétiens prêtres et rois d'après l'Apocalypse*, en «Revue Thomiste» 75 (1975) 40-66.

22. «Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo*, para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 96).

El tema ha sido estudiado de modo exhaustivo por el gran exégeta André Feuillet, que ha podido concluir su investigación diciendo: «los sacrificios espirituales de que habla 1 P 2, 5, explicados en el contexto de los otros pasajes mencionados, deben ser interpretados, ante todo, como una imitación voluntaria por parte de los cristianos de la ofrenda sacrificial de Cristo, Siervo doliente» [23]. El ejercicio del sacerdocio común de los fieles aparece así como la forma misma de realización de la existencia cristiana, y de todo cristiano puede decirse, según la expresión de San Josemaría Escrivá de Balaguer, que en lo profundo de su ser es radicalmente un «alma sacerdotal» [24]. Fue una gran batalla la que combatió para hacerlo entender y vivir en la práctica, como se ve en este punto de *Surco*:

> «Afirmas que vas comprendiendo poco a poco lo que quiere decir "alma sacerdotal"... No te enfades si te respondo que los hechos demuestran que lo entiendes sólo en teoría. –Cada jornada te pasa lo mismo: al anochecer, en el examen, todo son deseos y propósitos; por la mañana y por la tarde, en el trabajo, todo son pegas y excusas.
>
> ¿Así vives el "sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales, agradables a Dios por Jesucristo"?» [25]

Es, pues, el sacerdocio común de los fieles una realidad cultual, profética y regia que se ejerce en las circunstancias concretas de la existencia en el mundo y que no puede por tanto reducirse, aunque los incluya, a los actos rituales de culto [26]. Pertenece a la esencia del sacerdocio común el ofrecimiento gozoso de la propia vida a Dios como alabanza continua en el Espíritu Santo y, en este sentido, su ejercicio no desaparecerá nunca, sino que tendrá su consumación eterna en la Iglesia consumada (*Ecclesia in patria*). Pero es, también ahora, una alabanza *per Filium*: de ahí que, aquí en la tierra, diga esencial relación al sacrificio

23. A. FEUILLET, *Jésus et sa mère*, Paris 1974, p. 237.

24. *Carta 28-III-1955*, n. 3.

25. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Surco*, Madrid 1986, n. 499.

26. Cfr. F. OCÁRIZ, *La partecipazione dei laici alla missione della Chiesa*, en «Annales Theologici» 1 (1987) 7-26.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

eucarístico, como recuerda Feuillet: «los bautizados son, a semejanza de Cristo, sacerdotes y víctimas del sacrificio que ofrecen, pero este sacrificio se hace posible por el único sacrificio de Cristo» [27].

Esta última afirmación nos lleva a considerar ya lo propio y específico del «sacerdocio ministerial o jerárquico», su insoslayable necesidad y su irreductibilidad al sacerdocio común. Porque, siendo cierto cuanto hemos dicho acerca del sacerdocio de todos los bautizados, permanece como una verdad central de la fe que no hay más sacerdote que Cristo, ni más sacrificio grato a Dios que la donación que Cristo hace de su propia existencia. Los creyentes, los fieles cristianos –la *congregatio fidelium*– no se autodonan la salvación que deben testimoniar, ni generan ellos la Palabra y el Sacramento que salvan, sino que es Cristo el que salva. Por eso, los cristianos sólo pueden ser hostias vivas «recibiendo» de Cristo, en el hoy de la historia, la fuerza de su Palabra y de su Sacrificio. Pues bien, el sacerdocio ministerial, en la economía de la gracia, es –valga la expresión– el «invento» divino por el que Cristo, exaltado a la derecha del Padre, entrega *hoy* a los hombres su palabra, su perdón y su gracia. Ésta es, pues, la razón de ser del ministerio eclesiástico: constituir el signo e instrumento infalible y eficaz de la presencia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo, *en medio de los fieles,* es decir, en la Iglesia [28]. Como dijo la Conferencia Episcopal Alemana a raíz del Concilio, «el sentido central del ministerio sacerdotal en la Iglesia es el ministerio de Jesucristo mismo que continúa viviendo en el sacerdocio ministerial de la Iglesia en virtud de la ordenación sacramental» [29].

El sacerdocio ministerial aparece, en consecuencia, como un sacerdocio «sacramental», en contraste con el sacerdocio «existencial» común a todos los fieles. Sacramental, no, evidentemente, por razón de su origen

27. A. FEUILLET, *Jésus et sa mère*, cit., p. 245.

28. «Cristo está presente en su Iglesia no sólo en cuanto atrae a sí a todos los fieles, para que en Él y con Él, formen un solo Cuerpo, sino que está presente, y de un modo eminente, como Cabeza y Pastor que instruye, santifica y gobierna constantemente a su Pueblo. Y es esta presencia de Jesucristo-Cabeza la que se realiza a través del sacerdocio ministerial que Él quiso instituir en el seno de su Iglesia» (A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid 1976 [4], p. 8-99).

29. *Schreiben der Bischöfe des deutschprachigen Raumes über das priesterliche Amts*, 11-XI-1969, Trier 1970 (edición española: CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *El ministerio sacerdotal*, Salamanca, 1971, p. 98.

–en este sentido, uno y otro proceden de los respectivos sacramentos–, sino en cuanto que lo específico del sacerdocio ministerial y de sus actos propios es ser cauce «sacramental» (re-presentativo) de la presencia de Cristo Mediador y Cabeza. Como decía Josemaría Escrivá, «todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, *de forma sacramental*» [30]. Los actos propios del sacerdocio común no son, en cambio, «sacramentales» (re-presentativos), sino, como hemos visto, «reales», pertenecen a la *res* de la vida cristiana santificada, son histórico-existenciales. En efecto, el sacerdocio ministerial, que sella *para siempre* a los que lo reciben, pertenece, no obstante, al orden del *medium salutis*, característico de la fase peregrinante de la Iglesia; por el contrario, el sacerdocio regio de los bautizados pertenece al orden de los fines, del *fructus salutis*, pues consiste en la comunión doxológica con Cristo, Sacerdote y Víctima, que es el corazón mismo de la existencia cristiana, que se plenificará en la vida eterna [31].

La diferencia esencial entre ambas formas de participación, en los términos que hemos visto, pone de relieve algo obvio, pero de la máxima importancia y que querría yo subrayar: que el sacerdocio común permanece, con sus contenidos propios, en los ministros sagrados, no queda «superado» o «subsumido» por el sacerdocio ministerial. El sacerdocio común de los fieles sigue siendo, también para los fieles que son ministros sagrados, la base radical de su llamada a la santidad y al apostolado y, en consecuencia, exige en el *fiel*-ministro que su sacerdocio ministerial se haga «existencial»: existencia entregada de sacerdote. Con palabras de San Josemaría:

> «En los ordenados, este sacerdocio ministerial se suma al sacerdocio común de todos los fieles. Por tanto, aunque sería un error defender que un sacerdote es más fiel cristiano que cualquier otro fiel, puede, en cambio, afirmarse que es más sacerdote: pertenece, como todos los cristianos, a ese pueblo sacerdotal redimido por Cristo y está, además, marcado con el carácter del sacerdocio ministerial, que se diferencia *esencialmente, y no sólo en grado*, del sacerdocio común de los fieles» [32].

30. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, Madrid 1986, p. 68.

31. A. FEUILLET, *Les «sacrifices spirituels»...* cit., p. 726.

32. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, cit., pp. 71s.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Veamos ya la mutua relación entre ambos sacerdocios, que está implícita en las consideraciones precedentes. Ambas formas del sacerdocio, con sus actos propios, se necesitan mutuamente: son la una para la otra, aunque de distinta manera.

4. Mutua ordenación e interacción entre «sacerdocio ministerial» y «sacerdocio común de los fieles»

a) El sacerdocio ministerial, al servicio del sacerdocio común: prioridad «sustancial» de los «christifideles»

«Nuestro sacerdocio sacramental –escribía Juan Pablo II en 1979 hablando de los ministros sagrados– constituye un *ministerium* particular, es servicio respecto a la comunidad de los fieles» [33]. La ordenación del ministerio a los fieles hay que verla en esta perspectiva. La primera y más radical relación entre ambas magnitudes es, en efecto, el servicio del ministerio a la «congregación de los fieles cristianos». Así lo afirma solemnemente la Constitución *Lumen gentium*:

> «Este encargo que el Señor confió a los Pastores de su Pueblo es un verdadero servicio, que en la Sagrada Escritura se denomina muy significativamente *diakonía*, es decir, *ministerium* (cfr. Hch 1, 17.25; 21, 19; Rm 11, 13; 1 Tm 1, 12)» [34].

La razón formal de ese servicio –según hemos visto ya– es la «re-presentación de Cristo». Para ejercerlo, los titulares del ministerio sacerdotal están dotados de la «sagrada potestad», como afirma el Concilio:

> «Los Obispos rigen como vicarios y legados de Cristo las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, y lo hacen con sus consejos, sus exhortaciones, su ejemplo, pero también con la autoridad y sagrada potestad (*auctoritate et sacra potestate*), la cual ciertamente ejercen sólo para santificar a la grey en la verdad y en la santidad... porque el que ocupa el primer puesto ha de ser como un servidor de los demás» [35]. «Para ejercer este ministerio, se le confiere al presbítero la *potestad* espiritual, que se da ciertamente para edificación» [36].

33. JUAN PABLO II, Carta *Novo incipiente*, en AAS 71 (1979) 399.
34. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 34/a.
35. *Ibid.* n. 27/a.
36. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 6/a.

En consecuencia, decir que la *ordinatio*, la referencialidad, del «sagrado ministerio» a los «fieles» es esencialmente diakonía, servicio, es lo mismo que decir que la «ontología» de la estructura de la Iglesia, que la esencia de la Iglesia señala la prioridad *sustancial* de la «condición de cristiano», del sacerdocio común –«con vosotros soy un cristiano, para vosotros soy el Obispo», decía Agustín de Hipona [37]–, respecto de la cual el elemento «ministerio sacerdotal» tiene carácter *relativo*, teológicamente subordinado: «Cristo instituyó el sacerdocio jerárquico –escribió el Cardenal Wojtyla– en función del común» [38].

Esta prioridad de que hablamos es «sustancial», decimos. Lo cual no significa que el sagrado ministerio o ministerio sacerdotal derive del sacerdocio común, postura esta formalmente incompatible con la fe católica [39]. Ambas formas de sacerdocio son «originarias», como hemos visto ya suficientemente, y «esencialmente» distintas. Pero, una vez despejado el posible equívoco, debemos afirmar con todo rigor la prioridad sustancial así establecida. Afirmarla y comprenderla con todas sus exigencias pertenece al núcleo de la concepción católica de la Iglesia. Desde la prioridad del sacerdocio común aparece claro por qué esa potestad de representar a Cristo que tienen los titulares del sacerdocio ministerial, no significa que en ellos se concentre la realidad del ser cristiano, ni que acaparen la misión de la Iglesia, situando a los fieles en la condición de simples receptores de la acción de los ministros.

Aquí es precisamente donde la eclesiología del Concilio Vaticano II ha operado uno de sus más profundos desarrollos, que ha consistido, paradójicamente, en dejar emerger lo más antiguo y original en la estructura de la Iglesia. Desde ella se ve con claridad que es todo el Pueblo sacerdotal de Dios, *organice exstructus*, el portador ante el mundo del mensaje de la salvación, y que, en el seno de ese Pueblo, es la «condición de cristiano» –los «fieles», cada fiel, hombre o mujer–, la que re-

37. «Ubi me terret quod vobis sum, ibi me consolatur quod vobiscum sum. *Vobis enim episcopus, vobiscum christianus*. Illud est nomen officii, hoc gratiae; illud periculi est, hoc salutis» (SAN AGUSTÍN, *Sermo 340*, 1; PL 38, 1483. Citado en Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 32/d).
38. K. WOJTYLA, *La renovación en sus fuentes*, cit., p. 183.
39. Cfr., *Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, 6-VIII-1983, II, 2, en AAS 75 (1983) 1001-1009.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

presenta el momento *sustantivo* de la Iglesia. Por eso, la condición del «sagrado ministerio» es, por su propia naturaleza, *relativa.* Relativa en una doble dirección: relativa a Cristo y relativa a la «comunidad de los cristianos». Es relativa a Cristo, en cuanto que el servicio de los sacerdotes al Señor consiste en ser signo e instrumento de su don salvífico a los hombres. Es relativa a la comunidad, en cuanto que, a través de sus acciones sacerdotales, el sagrado ministerio enriquece con los dones divinos a la *congregatio fidelium* para que ésta ponga en ejercicio su sacerdocio: el «alma sacerdotal» de que hablaba el Fundador del Opus Dei. Dicho de otro modo: para que los fieles cristianos vivan la sustancia de la fe y ejerzan en el mundo el culto a Dios, es decir, la caridad que Cristo mismo –no los ministros– les ha otorgado en el Espíritu. Es éste el clima de la Escritura, ya desde el Viejo Testamento: «La función de los "kohanim" (*iereis*) –decía el historiador del Cristianismo primitivo Colson– es esencialmente la de mantener al pueblo consciente de su carácter sacerdotal y hacer que viva como tal para glorificar a Dios con toda su existencia» [40].

Este giro de la eclesiología del Vaticano II se manifiesta en su definición de Iglesia particular, que ya no es ni un territorio ni una jurisdicción, sino una porción del Pueblo de Dios [41]. El texto conciliar tiene concentrada su teología eclesiológica precisamente en la interacción de la doble participación en el sacerdocio de Cristo. Allí, a la hora de definir la Iglesia, el elemento sustantivo es la comunidad, la *portio,* el conjunto de los fieles cristianos, que tiene carácter de fin para el doble elemento *ministerial* que también la compone y que a través de su ministerio la estructura como Iglesia: el Obispo, «principio y fundamento visible de la unidad de su Iglesia» [42] y los presbíteros, «próvidos cooperadores del Orden episcopal, su ayuda y su instrumento» [43]. Por la acción ministerial

40. J. COLSON, *Ministre de Jésus-Christ ou le sacerdoce de l'Évangile*, Paris 1966, p. 185.

41. «Populi Dei portio, quae Episcopo cum cooperatione presbyterii pascenda concreditur, ita ut, pastori suo adhaerens ab eoque per Evangelium et Eucharistiam in Spiritu Sancto congregata, Ecclesiam particularem constituat, in qua vere inest et operatur Una Sancta Catholica et Apostolica Christi Ecclesia» (Concilio Vaticano II, Decr. *Christus Dominus*, n. 11/a).

42. Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 23/a.

43. «Ordinis episcopalis providi cooperatores eiusque adiutorium et organum» (Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 28/b).

del Obispo con los presbíteros –ejercicio del «sacerdocio ministerial»: predicación y sacramentos, sobre todo la Eucaristía–, la Iglesia local, la *portio,* es y vive como Iglesia: *la* Iglesia de Cristo, como tal, allí existe y actúa *(inest et operatur).* Pero pasemos a examinar ya la relación del sacerdocio común al sacerdocio ministerial.

b) Relación del sacerdocio común al sacerdocio ministerial: prioridad «funcional» del sagrado ministerio

El misterio de la participación del sacerdocio de Cristo en la Iglesia, tanto en la comunión, como en la estructura, hemos de verlo también desde el otro lado. La afirmación de la prioridad *sustancial* de la «condición de cristiano» respecto de la de «ministro sagrado» sólo se hace plenamente inteligible si se capta bien la prioridad *funcional* que tiene el sacerdocio ministerial en la dinámica de la Iglesia. Esa prioridad es la consecuencia de la *ordinatio* que a su vez tienen los fieles respecto del ministerio. Ambos, como dice el texto conciliar, se ordenan el uno al otro *(ad invicem ordinantur).* Todo lo cual no es difícil de captar a partir de lo ya establecido.

La *sustancia* cristiana –el *nomen gratiae,* como decía San Agustín [44]– está ciertamente, como hemos dicho, en los fieles: todos y cada uno, en la Iglesia, están en camino de salvación y llamados a la santidad por su condición de cristianos. Pero esa sustancialidad no se la da la comunidad cristiana a sí misma, sino que –decíamos– es fruto del Espíritu, que Cristo envía en la Palabra y en los Sacramentos. De ahí que el *servicio* específico que prestan a la comunidad los ministros de la Palabra y de los Sacramentos no sea para los fieles una «posibilidad» que se ofrece entre las múltiples que se operan dentro de la vida cristiana, algo que se puede tomar o dejar según las propias preferencias. Es, por el contrario, una radical condición de existencia: «usar» de ese «sagrado ministerio» –en la economía de la salvación instaurada por Cristo– es esencial para que en la «congregación de los fieles» –y en cada fiel– quede asentada la sustancia de lo cristiano. En este sentido

44. Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermo 340*, 1; PL 38, 1483. Citado en *Lumen gentium*, n. 32/d.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

los ministros, porque representan a Cristo Cabeza, tienen, en cuanto tales ministros, una clara prioridad *funcional* en la dinámica eclesial. Esta prioridad de los ministros sagrados, precisamente porque actúan *in persona Christi Capitis,* testifica que Cristo –y no la Iglesia– es la Cabeza y el Salvador de su Cuerpo.

Por aquí puede verse cuál es la peculiar relación *(ordinatio)* del sacerdocio común al ministerial. A diferencia de la ordenación de éste a aquél, no se trata ahora de una ordenación de servicio: la *congregatio fidelium* no dice de suyo *servicio* al sacerdocio ministerial, sino que es una ordenación basada precisamente en lo contrario: en la necesidad insoslayable que la comunidad cristiana tiene de *ser servida.* Los fieles, en efecto, necesitan el servicio sacramental, pastoral y profético de los ministros para ser cristianos y poder vivir como cristianos. Para poder ejercer las acciones que son propias de su sacerdocio común necesitan las acciones específicas del sacerdocio ministerial. Sin la «ayuda» del ministerio sacerdotal no podrían ser lo que son y lo que están llamados a ser, según expresa Juan Pablo II, apoyándose en las declaraciones del Concilio Vaticano II:

> «El sacramento del Orden, queridos Hermanos, específico para nosotros, fruto de la gracia peculiar de la vocación y base de nuestra identidad, en virtud de su misma naturaleza y de todo lo que él produce en nuestra vida y actividad, ayuda a los fieles a ser conscientes de su sacerdocio común y a actualizarlo (cfr. Ef 4, 11ss.): les recuerda que son Pueblo de Dios y los capacita para "ofrecer sacrificios espirituales" (cfr. 1 P 2, 5), mediante los cuales Cristo mismo hace de nosotros don eterno al Padre (cfr. 1 P 3, 18). Esto sucede, ante todo, cuando el sacerdote "por la potestad sagrada de que goza..., realiza el sacrificio eucarístico *in persona Christi* y lo ofrece en nombre de todo el pueblo" (Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10)» [45].

Esta consideración de la prioridad funcional del sagrado ministerio es la que ha llevado a algunos teólogos a hablar de su función «estructurante» de la comunidad [46]. En efecto, la función propia de los ministros es ser cauce del que Cristo Cabeza –a través de la Palabra y el Sacramento–

45. JUAN PABLO II, Carta *Novo incipiente*, en AAS 71 (1979) 399.
46. Cfr., J.G. PAGÉ, *Qui est l'Eglise. III: Le Peuple de Dieu*, Montreal 1979, p. 263.

se sirve para mantener a la Iglesia como Iglesia, es decir, dotada de su estructura fundamental en orden a la misión de todos los cristianos. Ésta es la razón de que siendo los ministros esencialmente servidores de los demás, deban, sin embargo, ser amados y honrados por la comunidad cristiana, como San Pablo pedía a los Tesalonicenses: «Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os gobiernan en el Señor y os instruyen, y que los estiméis en el más alto grado con amor a causa de la obra que realizan» (1 Ts 5, 12-13). La razón de su dignidad no es «personal», sino «eclesial»: la dignidad de la «obra» que realizan.

Una palabra en este sentido sobre el Opus Dei, «hogar» inmediato de mi experiencia cristiana. En su estructura teológica y en su acción pastoral, responde a esas dos formas eclesiales de participar en el sacerdocio de Cristo, en su diferenciación y en su complementariedad, con la prioridad «sustancial» de los fieles laicos de la Obra –para servicio de los cuales está el sacerdocio ministerial de los presbíteros– y la prioridad «funcional» del sagrado ministerio. La prioridad «funcional» de los ministros, venía expresada por el Fundador con estas palabras:

> «Si excelsa es la dignidad del sacerdocio y grande su importancia para todo el pueblo de Dios, grande es también su valor entre nosotros –que constituimos una parte de la Iglesia Santa– porque el sacerdocio, al que todos los socios del Opus Dei veneran, informa con su espíritu nuestra vida personal y nuestra entera labor apostólica» [47].

Pero si estos términos –informar con su espíritu, vivificar– indican la «prioridad funcional», al mismo tiempo muestran a las claras la «prioridad sustancial» de los fieles laicos en el Opus Dei, que el Fundador explicaba, de forma plástica, a los sacerdotes de la Obra diciéndoles, como dije al principio, que su tarea es ser *alfombra* para los demás:

47. *Carta 2-II-1945,* n. 4; citada en PEDRO RODRÍGUEZ-FERNANDO OCÁRIZ-JOSÉ LUIS ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 77, nota 98.

Los Estatutos del Opus Dei lo expresarán con palabras más técnicas: «Bajo el régimen del Prelado, el Presbiterio, a través de su ministerio sacerdotal, vivifica e informa a todo el Opus Dei» *(Statuta*, n. 4 § 1). La terminología «socios», aplicada a los fieles del Opus Dei, era la correspondiente entonces a la situación canónica del Opus Dei.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«En el Opus Dei –escribía– todos somos iguales. Sólo hay una diferencia práctica: los sacerdotes tienen más obligación que los demás de poner su corazón en el suelo como una alfombra, para que sus hermanos pisen blando» [48].

«La alfombra». Una expresión plástica de profunda resonancia teológica (es la *kènosis* paulina), que se hizo inolvidable para muchos sacerdotes y les abrió a la comprensión de la interrelación entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial. Uno de los primeros sacerdotes del Opus Dei, a propósito de la manera que tenía Josemaría Escrivá de entender el sacerdocio, dice:

«Consideró su sacerdocio, desde que tomó tal resolución, como una misión de servicio a Dios, a la Iglesia y a los hombres. Podría resumirlo en lo que me dijo cuando, por primera vez, me preguntó si estaría dispuesto yo a ser sacerdote, señalándome la modesta alfombra roja que cubría la tarima del altar y el presbiterio del oratorio de la residencia de Ferraz 50, en Madrid. Me comentó: "Date cuenta que ser sacerdote es ser como esa alfombra, estar muy cerca del sagrario, pero estar dispuesto para que los demás pisen blando y no quejarse por ello"» [49].

* * * * *

48. *Carta 8-VIII-1956,* n. 7. «Todos debéis serviros unos a otros como pide vuestra fraternidad bien vivida, pero los sacerdotes no deben tolerar que sus hermanos laicos les presten servicios innecesarios. Los sacerdotes somos en la Obra los esclavos de los demás y, siguiendo el ejemplo del Señor –que no vino a ser servido sino a servir: *non venit ministrari, sed ministrare* (Matth. XX, 28)–, hemos de saber poner nuestros corazones en el suelo, para que los demás pisen blando. Por eso, dejaros servir sin necesidad por vuestros hermanos seglares, es algo que va contra la esencia del espíritu del Opus Dei» (*Carta 2-2-1945,* n. 20). Esta conciencia de la prioridad sustancial de los fieles laicos en la Obra llevó a Escrivá, incluso, a formular lo que sigue: «En nuestro camino de santidad, por su naturaleza laical, el presbiterado, aunque es sacramento e imprime carácter, para nosotros es –por decirlo así– como una circunstancia que en nada modifica nuestra vocación divina [es decir, la vocación cristiana originaria, con su inmanente llamada a la santidad]: vocación que, en la Obra, es la misma para todos, vivida por cada uno dentro de su estado» (*Carta 28-III-1955,* n. 44; comentario mío entre corchetes). Tomo los textos de estas *Cartas* de PEDRO RODRÍGUEZ-FERNANDO OCÁRIZ-JOSÉ LUIS ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 98, nota 100.

49. PEDRO CASCIARO, *Declaración procesal*, fol 715; *Proceso Matritense de San Josemaría,* testigo n. 31.

Termino. La consideración conjunta que hemos hecho del binomio «fieles/ministros», con su diversa participación en el sacerdocio de Cristo, con su mutua ordenación, con la prioridad sustancial de los primeros y la prioridad funcional y estructurante de los segundos, nos ha hecho más conscientes de que la Iglesia, aquí en la tierra «orgánicamente estructurada» (*organice exstructa*), no es sólo los fieles, ni sólo los ministros; es la comunidad sacerdotal consagrada por el Espíritu, que Cristo envía desde el Padre, dotada de una estructura en la que sacerdocio común y sacerdocio ministerial se articulan de manera inefable para hacer de ella –la Iglesia– el Cuerpo de Cristo.

Si algo ha quedado claro, pienso yo, es que el ministerio sacerdotal existe no para sí mismo, sino, como decía Álvaro del Portillo, para «la formación de la comunidad cristiana hasta hacerla capaz de irradiar ella misma la fe y el amor en la sociedad civil» [50]. En este contexto adquiere toda su fuerza el título de aquél que, por institución divina, preside y aúna todo el «ministerio» eclesiástico: «Siervo de los siervos de Dios». En este título se sintetiza toda la teología del sacerdocio ministerial y, con ella, el verdadero sentido de la doble prioridad –sustancial y funcional– que hemos expuesto. Muchas gracias a todos por su paciencia.

50. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, cit., p. 60.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

7

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ COMO «LECTOR» DE LA BIBLIA»

Don José María Casciaro.
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En el lejano 1940 comencé a oír la predicación de San Josemaría Escrivá de Balaguer. Aunque mi experiencia eclesial era entonces escasa, nunca había escuchado su modo de penetrar en el Evangelio y exponerlo. Me sentí ante algo nuevo y arrebatador. ¿En qué consistía? Una cita de unas palabras suyas quizás sea la mejor manera de expresar lo que yo percibía:

> «Al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra –obras y dichos de Cristo– no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo (...).
>
> – En ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida.
>
> Aprenderás a preguntar tú también, como el Apóstol, lleno de amor: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?..." –¡La Voluntad de Dios!, oyes en tu alma de modo terminante» [1].

«Meterse en» el texto sagrado

Lo primero que destaca en la predicación de San Josemaría Escrivá es la que podríamos llamar «inmersión» en el texto sagrado. Salvatore Garofalo ya lo ha apuntado: «Mons. Escrivá "entra" y "hace entrar" en el Evangelio, que adquiere así su necesaria y convincente dimensión formativa, al mismo tiempo que introduce al conocimiento del misterio de Cristo y a la comunión con Él» [2]. Las citas de los pasajes bíblicos no son meras referencias en apoyo de lo que dice, no son simplemente el clásico «argumento de Escritura». Los textos sagrados son bastante más: son el punto de partida de su reflexión, del cual no se aparta, en el cual «respira» y vive. Al leer

---

1. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, Rialp; Madrid 1988 [5], n. 754.
2. S. GAROFALO, en C. FABRO, S. GAROFALO, M. ADELAIDE RASCHINI, *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá*, traducción española de A. d'Ors, Rialp, Madrid 1993, p. 142. El estudio de S. Garofalo (que en el libro de Rialp citado abarca pp. 136-165) se encuentra también en «Scripta Theologica» 24 (1992/1) 13-39.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sus escritos se percibe que sólo los cita después de haberlos meditado repetidas veces, cuando los tenía ya incorporados a su personal vivir [3]. En no pocas ocasiones ha dejado testimonio de su larga meditación de muchos textos bíblicos. Por ejemplo, en una homilía de 1947, al comentar el relato evangélico del ciego Bartimeo de Mc 10, 46-52, en un cierto momento dice:

> «Abre Cristo la boca divina y pregunta: *quid tibi vis faciam?*, ¿qué quieres que te conceda? Y el ciego: *Maestro que vea* [4] (...). Yo no puedo dejar de recordar que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí –¡algo que yo no sabía qué era!–, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me buscaba para algo nuevo y el *Rabboni, ut videam* –Maestro, que vea– me movió a suplicar a Cristo, en una continua oración: Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla» [5].

Sabemos que durante años, el entonces joven Josemaría Escrivá se dirigía a menudo al Señor con una jaculatoria sacada del texto evangélico: «Domine, ut videam! Domine, ut sit!» Pero no quiero ahora agotar el tiempo disponible con datos biográficos que, por otra parte, tienen indudable interés, incluso para enmarcar históricamente los pasajes que sacaré a colación.

¿Cómo realiza San Josemaría Escrivá su «meterse en» el texto sagrado? El pasaje de *Amigos de Dios* que acabo de transcribir nos pone ante una pista. Las gracias y carismas fundacionales, que desde años le fueron preparando para la misión divina manifestada el 2 de octubre de 1928, le impulsaron a buscar en la Sagrada Escritura la coherencia con lo que Dios le pedía, porque el joven sacerdote encontraba como la misma voz que le hablaba en los carismas fundacionales y en los textos sa-

3. Mons. Álvaro del Portillo ya había hecho notar esta manera de usar la Sagrada Escritura: «No es nunca un texto para la erudición, ni un lugar común para la cita. Cada versículo ha sido meditado muchas veces y, en esa contemplación, se han descubierto luces nuevas, aspectos que durante siglos habían permanecido velados. La familiaridad con Nuestro Señor, con su Madre, Santa María, con San José, con los primeros doce apóstoles (...) es algo vivo, consecuencia y resultado de un ininterrumpido conversar, de ese *meterse* en las escenas del Santo Evangelio para ser *un personaje más*». (Á. DEL PORTILLO, «Presentación» a *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1997 [34], p. 12-13). Cfr. también S. GAROFALO, en C. FABRO, S. GAROFALO, M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo*, cit., p. 142.

4. Mc 10, 51.

5. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1998 [24], n. 197.

grados [6]. Esta consideración me parece de la mayor importancia a la hora de estudiar la «exégesis» de San Josemaría Escrivá. Pero el «meterse en» el texto sacro no es una cualidad exclusiva e intransferible suya; es un modelo, una pauta de lo que debe llegar a ser la «lectura» de la Sagrada Escritura para todo cristiano y cristiana: es, en frase acuñada, «la lectura cristiana de la Biblia».

En efecto, la Biblia le resulta familiar a San Josemaría Escrivá, que viene a ser, de este modo, un testimonio de que el «lenguaje» de la Biblia está en la base del lenguaje de la Iglesia [7]. Sin duda, el tiempo y los procesos históricos han creado una distancia cultural entre nosotros y los hagiógrafos bíblicos, naturalmente mayor con los del Antiguo Testamento que con los del Nuevo. Pero cada uno de los cristianos puede, con sus propios conceptos y su modo de pesar, conectar con los hagiógrafos bíblicos, gracias, en gran parte, al puente tendido por la Iglesia a lo largo de los siglos [8]. Con ese bagaje de cultura bíblico-eclesial, común a todo cristiano culto, San Josemaría aborda el texto sacro. Desde luego, en él gravita un interés acentuado: se trata de la Palabra de Dios inspirada, que él venera con toda devoción y constituye el lugar de referencia preferido en su piedad personal, y el camino privilegiado, junto con el trato entrañable de la Sagrada Eucaristía, para acceder a Jesucristo, sin olvidar las gracias fundacionales del Opus Dei, como he dicho antes, que afectaban en primer lugar a su propia persona. Quizás por eso dejó escrito:

> «"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios", dijo el Señor. –¡Pan y palabra!: Hostia y oración–. Si no, no vivirás vida sobrenatural» [9].

6. S. Garofalo también ha observado a este respecto: «Nos parece que el Fundador se ha apresurado a comprobar directamente en el Evangelio la autenticidad de su inspiración» (en C. FABRO, S. GAROFALO, M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo*, cit., pp. 141-142).

7. Cfr. PAULUS PAPA VI, *Discursus traductoribus e libris liturgicis in vernaculas linguas*, 10-XI-1965, en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. 3, 1965.

8. Cfr. J.M. CASCIARO, *Exégesis bíblica, hermenéutica y teología*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1983, pp.129-136.

9. *Camino*, n. 87. Hay muchas ediciones de *Camino* en castellano; cito por JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*. Edición crítico-histórica preparada por P. RODRÍGUEZ, Rialp, Madrid 2002. Cfr. también: «No confundamos los derechos del cargo con los de la persona. Aquéllos no pueden ser renunciados» (*Camino*, n. 407).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Quizá sea oportuno recordar que «la lectura» de un texto bíblico puede ser orientada hacia intenciones diversas, de manera lícita, mientras no se rebasen ciertos límites [10]. Una investigación histórica, una aplicación moral, una especulación metafísica, un uso litúrgico, etc., harán tratamientos distintos del mismo texto y pondrán de relieve aspectos de él, todos en relación con su sentido, aunque de diversa manera. De aquí surgen diversos tipos de exégesis y de proforística [11]. La Biblia puede ser interpretada por el teólogo, el predicador, el santo, el fiel corriente... y todos estos hombres o mujeres tienen legítimo derecho a leerla desde sus respectivas intencionalidades, conocimientos, actitudes, etc. La interpretación de la Biblia no es tarea exclusiva de los profesionales de la Escritura, los exegetas, pues no es sólo para ellos para los que el Espíritu Santo inspiró a los hagiógrafos, sino para todos los fieles y para bien de la entera comunidad. Las diversas «lecturas» serán válidas si las operaciones a que ha sido sometido el texto son correctas, lo que se verifica por la sintonía con toda la vida de la Iglesia [12], y mientras se pretenda buscar honradamente lo que «hay» en el escrito inspirado, sin valerse de él para opciones que le son ajenas. Lo que Escrivá de Balaguer busca en la Sagrada Escritura es «beber las palabras del Maestro», conocer más a Dios y a su Hijo Jesucristo, entrar en conversación con Él –oración confiada de un hijo con su Padre– amarle y poner por obra, en su vida y en

10. «Comprender un texto es buscar el sentido que el autor le ha querido dar. Pero es también comprenderlo en sí, apropiarse de su sentido. Toda interpretación implica un intercambio entre lector y texto (...). Antaño podía pensarse que la exégesis sólo era científica a condición de poner entre paréntesis al sujeto que interpreta, y en nuestros días un determinado estructuralismo ha renovado la ilusión objetivista» (A. VERGOTE, en AA.VV., *Exégesis y Hermenéutica,* Actas del Congreso de la A.C.F.E.B., traducción española, Cristiandad, Madrid 1976, p. 92 [edic. orig. Francesa: *Exegèse et Herméneutique*, Edic. du Seuil, Paris 1971], p. 89).

11. «Puesto que la expresión de la fe, tal como se encuentra en la Sagrada Escritura reconocida por todos, se ha renovado continuamente para enfrentar situaciones nuevas –lo cual explica las *relecturas* de numerosos textos bíblicos–, la interpretación de la Biblia debe tener igualmente un aspecto de creatividad y afrontar las cuestiones nuevas, para responder a ellas a partir de la Biblia» (PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, 1993, p. 85).

12. «Las tradiciones de fe forman el medio vital en el cual se ha insertado la actividad literaria de los autores de la Sagrada Escritura. Esta inserción comprendía también la participación en la vida litúrgica y en la actividad exterior de las comunidades, en su mundo espiritual, su cultura, y en las peripecias de su destino histórico. La interpretación de la Sagrada Escritura exige, pues, de manera semejante, la participación de los exegetas en toda la vida y la fe de la comunidad creyente de su tiempo» (P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la B....* cit., pp. 85-86).

las de quienes le sigan, el camino concreto de santificación cristiana que le ha sido divinamente mostrado:

> «"María escogió la mejor parte", se lee en el Santo Evangelio. –Allí está ella, bebiendo las palabras del Maestro. En aparente inactividad, ora y ama. –Después, acompaña a Jesús en sus predicaciones por ciudades y aldeas. –Sin oración, ¡qué difícil es acompañarle!» [13]

No sólo los Evangelios y el Nuevo Testamento, el Antiguo es también con frecuencia el punto de partida de su oración, que es la oración de su vida y de la misión que Dios le ha encomendado:

> «"In te, Domine, speravi" (Sal 31 [30], 2): en ti, Señor, esperé. –Y puse, con los medios humanos, mi oración y mi cruz. –Y mi esperanza no fue vana, ni jamás lo será: "non confundar in aeternum"!» [14]

La lectura meditada de los libros sagrados era, pues, para Josemaría Escrivá alimento de su vida interior y de celo apostólico:

> «"Et in meditatione mea exardescit ignis" (Sal 39 [38], 4). –Y, en mi meditación, se enciende el fuego. –A eso vas a la oración: a hacerte una hoguera, lumbre viva, que dé calor y luz» [15].

El «lector» cristiano, inserto en la vida de la Iglesia por la piedad, los sacramentos, etc., alcanza una vida de fe, o vida en la fe, que le acerca de alguna manera a ser como connatural con el texto sagrado, le sitúa en un «registro» que le aproxima al evento narrado en la Escritura y, a través de ésta, al mismo Autor principal [16]. El Concilio Vaticano II ha enseñado: «como la Sagrada Escritura hay que leerla con el mismo Espíritu con que se escribió, para sacar rectamente el sentido de los textos sagrados hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe» [17].

13. *Camino*, n. 89.
14. *Camino*, n. 95.
15. *Camino*, n. 92.
16. Algunos lingüistas hablan de «registro de lectura» como la sintonía básica del lector con el texto en orden a poderlo entender. Elevando este registro al nivel de la fe y de la gracia, viene a ser de alguna manera equivalente a «leerlo con el mismo Espíritu con que se escribió». Cfr. J.M. CASCIARO, *Exégesis bíblica, hermenéutica y teología*, cit., pp. 184-190.
17. Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 12.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Estas palabras son el enunciado de un principio hermenéutico de valor específico para la Biblia [18]. Pero hay más: la lingüística y la hermenéutica modernas han subrayado que un texto escrito, incluso antiguo, pertenece al lenguaje, es un medio de comunicación entre personas, es, de algún modo, un interlocutor del que lo lee, en cualquiera época que sea. Para entender lo que dice el texto es, pues, necesario situarse en cierta sintonía, en «conversación» con él; y para esta actitud se requiere coincidir, al menos, en un área común de ideas y concepciones [19].

La comunión de pensamientos la podemos apreciar, por ejemplo, en un pasaje de la homilía en la Solemnidad de la Epifanía del Señor de 1956, donde San Josemaría Escrivá acude impetuoso con todo el bagaje vivo del «registro de lectura» que establece, con facilidad envidiable, la conexión con multitud de pasajes de la Escritura:

> «*Y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra* (Mt 2, 11) (...) ¿Cómo es posible que nosotros, que nada somos y nada valemos, hagamos ofrendas a Dios? Dice la Escritura: *toda dádiva y todo don perfecto de arriba viene* [20]. El hombre no acierta ni siquiera a descubrir enteramente la profundidad y la belleza de los regalos del Señor: *¡Si tú conocieras el don de Dios* (Jn 4, 10), responde Jesús a la mujer samaritana (...). En la economía de la salvación, Nuestro Padre cuida de cada alma con delicadeza amorosa: *cada uno ha recibido de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra* (1 Co 7, 7) (...)
>
> Pero el Señor sabe que dar es propio de enamorados (...); quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: *dame, hijo mío, tu corazón* (Pr 23,26). ¿Veis? No se satisface compartiendo: lo quiere todo. No anda buscando cosas nuestras, repito: nos quiere a nosotros mismos» [21].

La sintonía y conversación con un texto inspirado, han de elevarse al plano superior, el sobrenatural; es lo que el Concilio Vaticano II indica al decir que hay que leerlo con el mismo Espíritu con que se escribió. Es en esta disposición –pienso– en la que se sitúa San Josemaría. Él no confía en sus propias fuerzas. Sabe que necesita la ayuda de lo alto:

18. Cfr. *infra* lo que decimos en el apartado *El «círculo hermenéutico»* p. 134.

19. «El justo conocimiento de un texto bíblico no es accesible sino a quien tiene una afinidad vivida con aquello de lo cual habla el texto» (P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación...* cit., p. 70).

20. St 1, 17.

21. *Es Cristo que pasa*, n. 35.

> «Comencemos por pedir desde ahora al Espíritu Santo que nos prepare, para entender cada expresión y cada gesto de Jesucristo: porque queremos vivir vida sobrenatural, porque el Señor nos ha manifestado su voluntad de dársenos como alimento del alma, y porque reconocemos que sólo Él tiene *palabras de vida eterna* (Jn 4, 69)» [22].

La interpretación del texto sacro es válida siempre que nos situemos en su sentido dinámico, que nos capacitemos, por sintonía con él, para continuar el contenido abierto, vivo, que tiene la palabra inspirada por Dios [23]. La interpretación es, pues, un acto del intérprete, pero no una irrupción avasalladora de la subjetividad del lector en la «objetividad» del texto; aunque siempre queda un margen de subjetividad, porque el intérprete no deja de ser una persona única. Como en otras áreas, lo que hay que evitar es el abuso de la subjetividad. Pero el mismo texto sacro está reclamando la «interpretación». En efecto, no pocas veces, la Biblia nos ofrece indicios claros de su propia dinamicidad y apertura: unos escritos sagrados se sitúan en sentido dinámico de otros anteriores y, así, sin desaparecer las peculiaridades de cada hagiógrafo, éstos explicitan con frecuencia el sentido de escritos precedentes [24].

Tal inserción en la dinamicidad de los escritos sagrados se aprecia, ya a primera vista, al leer las homilías de Josemaría Escrivá. Lo que intenta siempre es «entrar» en el ámbito del texto sacro: no se sitúa como un espectador u observador ajeno, sino como un «actor», en el sentido de que toma parte en el acontecimiento que se relata, que lo revive con todas sus potencias, como un participante más en la acción, comprometi-

22. *Es Cristo que pasa*, n. 83.

23. «Un texto escrito tiene la capacidad de ser situado en nuevas circunstancias, que lo iluminan de modo diferente, añadiendo a su sentido determinaciones nuevas. Esta capacidad del texto escrito es especialmente efectiva en el caso de los textos bíblicos, reconocidos como Palabra de Dios. En efecto, lo que ha llevado a la comunidad creyente a conservarlos es la convicción de que ellos continúan siendo portavoces de luz y de vida para las generaciones venideras. El sentido literal está, desde el comienzo, abierto a desarrollos ulteriores, que se producen gracias a *relecturas* en contextos nuevos. De aquí no se sigue que se pueda atribuir a un texto bíblico cualquier sentido, interpretándolo de modo subjetivo. Es necesario, por el contrario, rechazar, como no auténtica, toda interpretación heterogénea al sentido expresado por los autores humanos en su texto escrito. Admitir sentidos heterogéneos equivaldría a cortar el mensaje bíblico de raíz, que es la Palabra de Dios comunicada históricamente, y abrir la puerta a un subjetivismo incontrolable» (P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación...* cit., p. 74).

24. Cfr. P. COMISIÓN BÍBLICA, *ibid.*, p. 80.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

do con todo lo que allí ocurre y le afecta en su ser y en su obrar. De esta actitud quiere hacer partícipes a sus oyentes. Por ejemplo, en la homilía de la solemnidad de Epifanía de 1956, teniendo a la vista el pasaje de Lc 2, 11-16, exclama:

> «Contemplo ahora a Jesús, *reclinado en un pesebre* [25] (...) ¿Dónde está, Señor, tu realeza: la diadema, la espada, el cetro? (...) Es un Rey inerme, que se nos muestra indefenso: es un niño pequeño. ¿Cómo no recordar aquellas palabras del Apóstol: *se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo* (Flp 2, 7)? –Nuestro Señor se encarnó, para manifestarnos la voluntad del Padre. Y he aquí que, ya en la cuna, nos instruye. Jesucristo nos busca –con una vocación, que es vocación a la santidad– para consumar, con Él, la Redención. Considerad su primera enseñanza: hemos de corredimir no persiguiendo el triunfo sobre nuestros prójimos, sino sobre nosotros mismos. Como Cristo, necesitamos anonadarnos, sentirnos servidores de los demás, para llevarlos a Dios (...). A los pies de Jesús Niño (...), podéis decirle: Señor, quita la soberbia de mi vida (...). Haz que el fundamento de mi personalidad sea la identificación contigo» [26].

«Como un personaje más»: una clave de lectura

Cabe hacerse la pregunta: ¿Qué «método» de exégesis bíblica emplea Josemaría Escrivá? La respuesta es que no se trata tanto de un método catalogado, sino más bien de una actitud o «talante». Es el que él mismo condensa en el sintagma «como un personaje más». Pero, tal como él lo emplea, es de una originalidad asombrosa. Él mismo lo describe así:

> «Para acercarse al Señor a través de las páginas del Santo Evangelio, recomiendo siempre que os esforcéis por meteros de tal modo en la escena, que participéis como un personaje más. Así (...) os ensimismaréis como María, pendiente de las palabras de Jesús o, como Marta, os atreveréis a manifestarle sinceramente vuestras inquietudes (cfr. Lc 10, 39-40)» [27].

Así, pues, la clave de lectura del Evangelio, y aun de toda la Sagrada Escritura, de San Josemaría se puede sintetizar en la expresión «como un personaje más» [28]. Brotaba en él como consecuencia natural de leerlo como mensaje dirigido a él mismo y a sus oyentes:

> «¿Quieres acompañar de cerca, muy de cerca, a Jesús?... Abre el Santo Evangelio y lee la Pasión del Señor. Pero leer sólo, no: vivir. La diferencia es grande. Leer es recordar una cosa que pasó; vivir es hallarse presente en un acontecimiento que está sucediendo ahora mismo, ser uno más en aquellas escenas» [29].

Para San Josemaría un texto sagrado no es un verso suelto, ni en el conjunto de la Sagrada Escritura, ni en la vida del lector cristiano. Aunque no aborde un análisis teórico de la hermenéutica que emplea, intuye lo que otros han teorizado y tematizado, normalmente después que él lo viviera. A saber, que un texto sagrado forma parte de un sistema de referencias vivas, dentro del cual alcanza su significado. Así, en la cita que he hecho de *Es Cristo que pasa*, n. 31, dentro de la contemplación de Jesús recién nacido en Belén, según los relatos de Mateo y Lucas, Josemaría Escrivá intercala la cita del himno cristológico de Flp 2,7, de ninguna manera por erudición escriturística, sino de modo connatural, porque forma parte del archivo vivo en su mente y en su corazón, y, merced a ese «archivo», el episodio evangélico del Niño reclinado en el pesebre adquiere mayor profundidad y sentido [30]. Pero para San Jose-

25. Lc 2, 12.
26. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 31.
27. *Amigos de Dios*, n. 223.

28. «Los personajes del Evangelio, con sus vicisitudes, sus intervenciones, sus interrogaciones, permiten de hecho alcanzar a Cristo, el divino Modelo (...). También en *Santo Rosario* y en *Via Crucis* este entrar en los personajes evangélicos guía la meditación de casi todos los "misterios" y las "estaciones"» (S. GAROFALO, en C. FABRO, S. GAROFALO, M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo*, cit., p. 143.

29. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Via Crucis*; Rialp, Madrid 1998 [126], IX estación, puntos de meditación, n. 3. La frase «lee la Pasión del Señor» ha de extenderse a todos los textos sagrados. Tal vez pudo encontrar ideas en los Santos Padres y en la literatura de espiritualidad de los clásicos españoles del Siglo de Oro, a los cuales leyó, pero esa lectura no da la pauta de la rapidez intuitiva de San Josemaría Escrivá para entrar en los relatos evangélicos y bíblicos y *apropiarse* la escena. Podrían mencionarse algunos escritores clásicos españoles, como el Venerable Juan de Palafox (*Los Pastores de Belén*), el padre Luis de la Palma (*Historia de la Pasión*), fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola (*Ejercicios Espirituales*), etc.

30. Escribía A. Vergote: «La hermenéutica puede llegar más allá del descifrамiento objetivo, y esforzarse por asumir el texto interpretado como mensaje dirigido al hombre de hoy. Reconocer un sentido al documento antiguo es a fin de cuentas entenderlo significativo para nosotros (...). En efecto, el texto no ofrece su sentido pleno en cuanto mensaje, sino en la medida en que forma parte de un sistema más amplio de sentidos (...). Un texto bíblico nunca es más que un fragmento que adquiere toda su significación en el universo de ideas compuesto por el conjunto de escritos bíblicos, archivo de una tradición viva, evolutiva» (A. VERGOTE, en *Exégesis y Hermenéutica*, Actas del Congreso de la A.C.F.E.B., traducción española, Cristiandad, Madrid 1976, p. 92, cit. *supra*, nota 11).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

maría, la irrupción en el texto sagrado está reclamando una respuesta pronta y decidida, la respuesta de los santos:

> «Los santos –me dices– estallaban en lágrimas de dolor al pensar en la Pasión de Nuestro Señor. Yo, en cambio...
>
> Quizá es que tú y yo presenciamos las escenas, pero no las "vivimos"» [31].

Insistamos, el mismo Fundador del Opus Dei explica en varios lugares su modo de leer la Escritura «como un personaje más». Esta clave la ofrece a sus oyentes o lectores, porque ya antes él ha experimentado su eficacia [32]:

> «Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo (cfr. Rm 13, 14)» [33].

Por lo que yo puedo ver ahora, la clave hermenéutica de San Josemaría, resumida en la fórmula «como un personaje más», es original suya. Puede que tenga raíces en la literatura exegética cristiana, sobre todo el los Padres y en algunos autores de espiritualidad, que él leyó; pero más bien surgió de su vida de oración, de la meditación asidua de la Escritura y de la actitud de escucha a las gracias internas divinas.

Presencialización o actualización de la Biblia

«Meterse en» el texto sagrado supone su «actualización», según lo que se entiende por ésta en hermenéutica y exégesis bíblicas. La Comisión Bíblica señala en su *Documento* de 1993 que «Ya en la Biblia misma (...) se puede constatar la práctica de la actualización: textos más antiguos son releídos a la luz de circunstancias nuevas y aplicados a la situación presente del Pueblo de Dios», y añade: «La actualización es posible, porque la plenitud de sentido del texto bíblico le otorga valor para todas las épocas y culturas (cfr. Is 40, 8; 66, 18-21; Mt 28, 19-20)

31. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Via Crucis*, cit., VIII estac., p. 1.

32. «El Fundador del Opus Dei vivía lo que decía, hablaba de lo que vivía. A propósito de aspectos diversos de la vida cristiana, todos los que le conocieron lo anotan» (S. BERNAL, *Mons. Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei*, Madrid 1980 [6], p. 90).

33. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, cit., n. 299.

(...). La actualización es necesaria porque, aunque el mensaje de la Biblia tenga un valor duradero, sus textos han sido elaborados en función de circunstancias pasadas y en un lenguaje condicionado por diversas épocas. Para manifestar el alcance que ellos tienen para los hombres y las mujeres de hoy, es necesario aplicar su mensaje a las circunstancias presentes y expresarlo en un lenguaje adaptado a la época actual» [34].

Por la Historia de la Iglesia sabemos que algunos fieles se movieron eficazmente a un cambio de vida al leer u oír un pasaje evangélico que «actualizaron», entendiéndolo como llamamiento divino dirigido personalmente a ellos. Por ejemplo, San Francisco de Asís, el 24-II-1209, durante la lectura del Evangelio de la Misa, que era la secuencia de Mt 10, 1-24, sintió la llamada a la vida apostólica en pobreza absoluta [35]. De modo semejante, es conocido que San Antonio abad se decidió a iniciar su vida en pobreza y retiro en el desierto tras escuchar el episodio del joven rico de Mt 19, 16-22.

Según enseña el Concilio Vaticano II, para hallar el verdadero sentido de la Sagrada Escritura hay que leerla con el mismo Espíritu con que se escribió [36]. Es preciso, pues, que el lector, sin ceder en su esfuerzo por adquirir cuantos conocimientos exegéticos estén a su alcance [37], ponga no menor empeño por alcanzar la sintonía con el Espíritu de la Verdad, que inspiró a los hagiógrafos y que le ayudará a encontrar «la verdad que Dios quiso consignar en las Sagradas Letras para nuestra salvación (*nostrae salutis causa*)» [38]. Es entonces cuando, en el esfuerzo hermenéutico por alcanzar el mensaje perenne del escrito sagrado, deja éste de ser un documento meramente histórico, arqueológico, para hablarnos como palabra viva de Dios, que nos sugiere o manda, nos prohíbe o reprocha, nos hace gozar y sufrir, nos exige y tranquiliza. De este modo,

34. P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, cit., pp. 106-107.

35. Cfr. TOMÁS DE CELANO, *Vita B. Francisci*, I, cap. 9.

36. Cfr. *Dei Verbum*, n. 12.

37. A este respecto puede ser significativo que Josemaría Escrivá –aparte de su pericia en el Derecho Canónico y Civil– mostró desde los años de estudiante en los Seminarios de Logroño y Zaragoza, un interés especial por el estudio de la Sagrada Escritura, como queda constancia por las máximas notas que alcanzó en las asignaturas de Exégesis Bíblica. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I, Rialp, Madrid 1998, apéndice IX, pp. 610-611.

38. *Dei Verbum*, n. 11.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

la Escritura se hace vida nuestra, porque percibimos en ella la voz de nuestro Dios, que se dirige a nosotros personalmente [39].

San Josemaría se inserta en este movimiento eclesial de inmersión y actualización del texto sagrado. Por ejemplo, escribe en *Santo Rosario*:

«No olvides, amigo mío, que somos niños. La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración.

Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino... –Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena:

El Arcángel dice su embajada... *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* (...)

Fiat mihi secundum verbum tuum. –Hágase en mí según tu palabra. (Lc 1, 38.) Al encanto de estas palabras virginales, el Verbo se hizo carne.

Va a terminar la primera decena... Aún tengo tiempo de decir a mi Dios, antes que mortal alguno: Jesús, te amo» [40].

De nuevo estamos ante una «inmersión» en el relato evangélico. La «lectura» no se para en el recuerdo de lo que sucedió en un tiempo pretérito, sino que se «presencializa» [41]. En algunas homilías San Josemaría invita a sus oyentes a «entrar» en el texto sagrado [42]. En *Santo Rosario* tenemos algunos pasajes bien elocuentes:

«Después los lleva camino de Betania, levanta las manos y los bendice. –Y, mientras, se va separando de ellos y se eleva al cielo (Lc 24, 50), hasta que le ocultó una nube (Hch 1, 9).

39. La situación de la Biblia es bien distinta de los escritos de la mitología greco-romana, por ejemplo, ante los que el lector no se siente interpelado: no se establece una verdadera comunicación personal. Cfr. J.P. VERNANT, *Mythe et Pensée chez les Grecs. Études de psychologie historique*, Paris, 1969 [2], pp. 265-282.

40. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, Rialp, Madrid 1977, Misterios gozosos, 1º: La Anunciación.

41. Haciéndose eco de otras voces, escribía un exegeta con motivo de un Congreso de la A.C.F.E.B.: «en determinados medios resultaba evidente cierta disconformidad con respecto al texto inspirado: ¿por qué seguir insistiendo sobre esos viejos textos, cuyo lenguaje se ha convertido en algo ininteligible para nuestros contemporáneos? ¿No provendría, en gran parte, la causa de dicha apatía de la forma en que exegetas y predicadores leen los textos, a saber, como un monumento del pasado cuyas afirmaciones repiten sin cesar, en lugar de presentarlos como una Palabra que llega hoy a nuestro encuentro con un lenguaje actual?» (X. LÉON-DUFOUR, en *Exégesis y Hermenéutica*, cit., p. 17). Y en el mismo Congreso de la A.C.F.E.B., se oía otra voz: «la aceptación del evangelio sólo es completa cuando la vida nos pone ante un texto bruscamente comprendido por haber sido vivido. Entre ambas situaciones se sitúa el silencio de unos textos conocidos, familiares, que maduran en secreto (...)». (CHRISTIANE DE LOZÉ, en *ibid.*, p. 27).

42. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 216.

Se fue Jesús con el Padre. –Dos Ángeles de blancas vestiduras se aproximan a nosotros y nos dicen: Varones de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? (Hch 1, 11)» [43].

La «actualización» o presencialización del texto es arrolladora: «Dos Ángeles (...) nos dicen: Varones de Galilea...» La escena –el texto– no es vista desde fuera, sino que se ha producido una verdadera «entrada» en ella, en la que ya no se contempla, sino que se está dentro, se experimenta de algún modo, se participa en ella, se vive. Josemaría Escrivá se hace «un personaje más», e invita a sus lectores a hacerse lo mismo.

Esta característica está presente en las homilías y escritos de espiritualidad de Mons. Escrivá [44]. Pero algún ejemplo puede mostrarnos cómo hace la aplicación del texto a la vida de cada creyente. Tomemos el de la Visitación de santa María a santa Isabel:

«Ahora, niño amigo, ya habrás aprendido a manejarte. –Acompaña con gozo a José y a santa María... (...) Caminamos apresuradamente hacia las montañas, hasta un pueblo de la tribu de Judá (Lc 1, 39).

Llegamos. –Es la casa donde va a nacer Juan, el Bautista. –Isabel aclama, agradecida, a la Madre de su Redentor: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! (...)

El Bautista nonato se estremece... (Lc 1, 41) –La humildad de María se vierte en el Magníficat... –Y tú y yo, que somos –que éramos– unos soberbios, prometemos que seremos humildes» [45].

Creatividad y «relectura» de los textos bíblicos

Sin tematizar las cuestiones exegéticas, Josemaría Escrivá se adelantaba a las exposiciones teóricas de la exégesis cristiana, tal como

43. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, cit., 2º misterio glorioso.

44. Mons. A. del Portillo ya observaba: «En ningún momento las *Homilías* se colocan en un terreno desencarnado, abstracto; hay siempre teoría, pero en continuo ensamblaje con la vida. Mons. Escrivá de Balaguer no se dirige (...) a un auditorio de especulativos, de curiosos de la espiritualidad cristiana (...). No habla tampoco a un público especializado –mujeres, hombres, estudiantes, obreros, profesionales...–; habla siempre a todos a la vez, porque está convencido de que la palabra de Dios, cuando es predicada desde el amor de Cristo, encuentra siempre los cauces para llegar, uno a uno, a cada corazón; y de que el Espíritu Santo pone en cada alma esas mociones íntimas, que no se advierten desde fuera, para que la semilla caiga en tierra buena y dé el ciento por uno» (ÁLVARO DEL PORTILLO, «Presentación» a *Es Cristo que pasa*, pp. 13-14).

45. *Santo Rosario*, Segundo Misterio Gozoso.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

son presentadas, por ejemplo, en el citado Documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993: «Puesto que la expresión de la fe, tal como se encuentra en la Sagrada Escritura (...) se ha renovado continuamente para enfrentar situaciones nuevas –lo cual explica las "relecturas" de numerosos textos bíblicos–, la interpretación de la Biblia debe tener igualmente un aspecto de creatividad y afrontar las cuestiones nuevas, para responder a ellas a partir de la Biblia» [46]. Este modo de entender y aplicar la Escritura fue intuido con fuerza poderosa por el Fundador del Opus Dei. Por ejemplo, en la fiesta de Cristo Rey de 1970, meditando el pasaje de Jn 12, 32, –que leía en la Vulgata latina–, explicaba en la homilía:

> «Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* [47], si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí (...). A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma (...). Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo [48]. Sólo así podremos emprender esa empresa grande (...): santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención (...).
>
> Nunca hablo de política. No pienso en el cometido de los cristianos en la tierra como en el brotar de una corriente político-religiosa –sería una locura–, ni siquiera aunque tenga el buen propósito de infundir el espíritu de Cristo en todas las actividades de los hombres (...). El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre (...). Cuando trabaja, como es su obligación, no debe soslayar ni burlar las exigencias propias de lo natural (...). Si el mundo y todo lo que en él hay –menos el pecado– es bueno, porque es obra de Dios Nuestro Señor, el cristiano, luchando continuamente por evitar las ofensas a Dios (...) ha de dedicarse a todo lo terreno, codo a codo con los demás ciudadanos; debe defender todos los bienes derivados de la dignidad de la persona» [49].

46. P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación...* cit., p. 85.
47. Jn 12, 32.
48. Este ideario aparece muchas veces: Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 133, 134, 160, etc.; *Amigos de Dios*, nn. 94, 98, 99, 107, 146, etc.

No pasa por alto a cualquier lector la originalidad de cómo entiende el Fundador del Opus Dei el pasaje de Jn 12, 32: él parte del texto, y de la tradición que lo ha interpretado, como referencia a la obra de redención en la Cruz. Pero no se detiene ahí, y, sin abandonar el texto, ve un horizonte muy amplio, nuevo: «Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús... santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención». Su «lectura» del pasaje sagrado es vibrantemente creativa, sin perderlo de vista. Sin teorizar sobre hermenéutica bíblica, pero siéndole como connatural, San Josemaría Escrivá ¿no se anticipa a las principales características que han sido expuestas por el reciente Documento de la P. Comisión Bíblica? [50].

Pero vayamos más lejos. La «originalidad» que he subrayado en la interpretación de Jn 12, 32, no es pura y simplemente una intuición de San Josemaría, sino fruto de un carisma divino, generosamente correspondido por su fina sensibilidad espiritual. Así, en una carta de 29-XII-1947 dirigida a sus hijos e hijas escribe:

> «Me da vergüenza, pero os lo escribo (...). Aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de Enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz sin ruido de palabras.
>
> Una voz como siempre, perfecta, clara: *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum!* (Jn 12, 32). Y el concepto preciso (...): te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades hu-

49. *Es Cristo que pasa*, nn. 183-184. «La proclamación de la bondad del mundo en que vivimos es un rasgo esencial en la predicación de Mons. Escrivá, y tiene como consecuencia la afirmación de que la mayoría de los cristianos debe dedicarse a este mundo buscando la santidad en medio de las realidades terrenas» (G. ARANDA, Gn 1-3 *en las homilías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Scripta Theologica» 24 (1992/3) 905). Aranda estudia cómo la bondad del mundo, según Mons. Escrivá, es obra de la Trinidad en «un libre derroche de amor» (cfr. *Amigos de Dios*, n. 25), y los papeles que juegan la libertad de Dios al crear y el alcance de la «imagen de Dios» según la que es creado el hombre: Cfr. G. ARANDA, *a.c.*, pp. 901-913.

50. A la «lectura» de Mons. Escrivá se le podrían aplicar las palabras de la COMISIÓN BÍBLICA: «Su interpretación (del exegeta católico) se encuentra así en continuidad con el dinamismo de interpretación que se manifiesta en el interior mismo de la Biblia, y que se prolonga luego en la vida de la Iglesia» (*La Interpretación*, cit., p. 79).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

manas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos» [51].

Uno de sus biógrafos glosa: «Claro es que, de no existir una anotación sobre lo sucedido aquel día, difícil sería calibrar sobrenaturalmente el hecho, porque el pudor no permite al sacerdote más que una confesión a medias. Pues bien, la *catalina* [52] correspondiente a dicha fecha dice así» [53]:

> «7 de agosto de 1931: Hoy celebra esta diócesis (Madrid) la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo [54] (...). Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme (...), vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: "et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum" (Jn 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el ne timeas!, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana...» [55]

Se trataba de una nueva gracia fundacional que confirmaba y perfilaba el mensaje básico divino que había recibido el 2-X-1928. Venía a subrayar el valor del trabajo profesional de los cristianos como medio de santificación y de apostolado en medio de las ocupaciones y deberes de los fieles, dentro de su correspondiente estado y condición. San Josemaría entiende la *loquela divina* según el texto de la Vulgata latina, de uso normal entonces entre los sacerdotes. Él mismo amplía el mensaje en otra carta:

> «procuro retener en mi memoria, unidas a las escenas de la muerte –del triunfo, de la victoria– de Jesús en la Cruz, aquellas palabras suyas: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Jn 12, 32) (...).

51. Texto tomado de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei.* Vol. I*: ¡Señor, que vea!*, Rialp, Madrid 1997, p. 380.

52. San Josemaría, en los años que rodearon al de 1930, solía escribir unas notas breves de carácter reservado, que por devoción a Santa Catalina de Siena llamaba a veces *catalinas*. Las redactaba de prisa, para utilizarlas en su oración y como *apuntes íntimos* para tratar, si el caso lo requería, con su confesor. No quiso que fueran leídas antes de su muerte. Más información en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., pp. 337-351.

53. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., p. 380.

54. Por entonces, al caer en 6 de agosto la festividad de los Santos Justo y Pastor, patronos principales de la diócesis de Madrid-Alcalá, se trasladaba al día siguiente la solemnidad de la Transfiguración del Señor.

55. Tomado de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *o.c.*, pp. 380-381, que remite a *Apuntes íntimos* de San Josemaría, nn. 217 y 218.

> Unidos a Cristo por la oración y la mortificación en nuestro trabajo diario, en las mil circunstancias humanas de nuestra vida sencilla de cristianos corrientes, obraremos esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado sobre la Cruz, donde se ha dejado enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres.
>
> Así simplemente, trabajando y amando en la tarea que es propia de nuestra profesión o de nuestro oficio (...), cumplimos ese quehacer apostólico de poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres: porque ninguna de esas limpias actividades está excluida del ámbito de nuestra labor, que se hace manifestación del amor redentor de Cristo» [56].

El estudio teológico más completo que yo conozca sobre el alcance de la ilustración que recibió San Josemaría el 7 de agosto de 1931 es el de P. Rodríguez [57]. Por razones obvias, sólo traeré a colación uno de sus párrafos, oportuno para el argumento que nos ocupa: «Lo "nuevo" de la comprensión que Dios concedió a Mons. Escrivá de Balaguer es, precisamente, una nueva perspectiva del misterio único de Cristo, que llevaba a la comprensión cristiana y eclesial de la secularidad. El Fundador del Opus Dei lo indica, en los textos que comentamos, con otra serie de expresiones, más o menos equivalentes entre sí: poner a Cristo, o la Cruz de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana, en la gloria de todas las actividades humanas, en la entraña de todas las cosas (...). Lo que Mons. Escrivá comprendió "con fuerza y claridad extraordinarias" es que el cristiano, *también y precisamente en cuanto unido a Cristo en la actividad secular –santificación del trabajo–*, es Cristo en la Cruz, Cristo "levantado" ante el mundo, ante los compañeros de profesión; es Cristo –exaltado en medio de la historia humana–, al que poder "mirar" para "ver" y ser atraído. Hablando teológicamente: comprendió que Dios quería –"quiere que se le alce de nuevo..."– que la actividad secular *del cristiano*, en su más abarcante extensión, fuese signo e

56. *Carta* de 11-III-1940, n. 13, tomada de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *o.c.*, p. 383.

57. PEDRO RODRÍGUEZ, *«Omnia traham ad meipsum». El Sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, en «Romana», Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 13 (1991/2) 331-352; reproducido en «Romana. Estudios» 1985-1996, Madrid 1997, 249-175. P. RODRÍGUEZ hizo una reelaboración de este mismo tema, de modo más extenso, con el título de *La «exaltación» de Cristo en la Cruz: Juan 12, 32 en la experiencia espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer,* en G. ARANDA, C. BASEVI Y J. CHAPA (eds.), *Biblia, Exégesis y Cultura, Estudios en honor del Prof. José María Casciaro,* Eunsa, Pamplona 1994, pp. 573-601.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

instrumento de la Cruz redentora de Cristo; es decir, que manifestase al mundo el amor salvífico que está en la Cruz de Cristo y fuese a la vez camino, instrumento para que la Cruz del Señor atrayese a sí "*pántas*" y "*tà pánta*": las personas y las cosas, los ambientes, la vida social, las realidades espirituales y materiales. Mons. Escrivá, en definitiva, "comprendió" el significado salvífico de la secularidad cristiana y, en consecuencia, el camino para santificarla» [58].

Según la enseñanza transmitida por Josemaría Escrivá en multitud de ocasiones, la capacidad creadora que Dios ha dado a la criatura humana –participación del poder creador de Dios–, se refleja en la actividad de los hombres y mujeres, en su vocación profesional y familiar. Cuando, al ejercitarse en tales tareas, que son deberes y derechos humanos, aplican su inteligencia y su corazón, consagran al Hacedor las obras de sus manos y de su cabeza, que se convierten entonces, a impulsos de la gracia divina, en medio de santificación cristiana y de reconciliación de todas las cosas con Dios [59].

El «círculo hermenéutico»

La «relectura» de los textos bíblicos realizada por San Josemaría, y la consideración que apuntábamos acerca de que un texto sagrado no es un verso suelto [60], reclaman que nos refiramos, aunque sea rápidamente, a la

58. P. RODRÍGUEZ, *«Omnia traham ad meipsum»...*, cit., en «Romana. Estudios» 1985-1996, 268-269. Y añade P. Rodríguez: «La "exaltación" y la "cumbre" de que habla el Fundador del Opus Dei poco tiene que ver con una realidad similar a la que se designaba bajo el título "reinado social" en la teología, la espiritualidad y la praxis apostólica de buena parte de nuestro siglo (...). La doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, por el contrario, desde el mismo texto bíblico que se le graba en el alma, es *theologia crucis*: el señorío de Cristo sobre la humanidad entera ("*pántas*") o sobre la totalidad cósmica ("*tà pánta*") está esencialmente vinculado a la kénosis de la Cruz».

59. La repercusión pastoral de la interpretación dinámica de Jn 12, 32 es explicada así en el *Decreto* de la Congregación para las causas de los Santos *sobre la heroicidad de las virtudes de Mons. Escrivá de Balaguer*: «Desde todos los ambientes y profesiones, el servicio eclesial de Josemaría Escrivá ha provocado un movimiento ascensional de elevación hacia Dios de los hombres inmersos en las realidades temporales, conforme a aquellas palabras del Señor: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Jn 12, 32), en las que (el Siervo de Dios) veía compendiado el núcleo del fenómeno pastoral del Opus Dei. En este impulso, por el que el mundo es conducido a Jesucristo como *ab intra*, radica el valor y como la sustancia de la contribución del Siervo de Dios a la promoción del laicado» (CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM *Decretum*... Datum Romae die 9 aprilis A.D. 1990; texto tomado de «Romana», Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 10 [1990/1] 23. La traducción es mía).

60. Cfr. *supra* el epígrafe sobre la fórmula *«como un personaje más»* p .124.

perspectiva hermenéutica que, desde hace más de siglo y medio, ha venido llamándose «círculo hermenéutico» [61]. No es que Mons. Escrivá se la haya propuesto explícitamente, o haya tematizado sobre esta cuestión, pero nos parece que en sus escritos está latente la intuición práctica [62].

Las conclusiones más relevantes a las que llegan los modernos teóricos de la hermenéutica, como la «fusión de horizontes» para el entendimiento de un texto, son intuidas con una claridad impresionante por San Josemaría Escrivá. La Comisión Bíblica ha recapitulado las investigaciones recientes con estas palabras: «El sentido de un texto no se da plenamente si no es actualizado en la vivencia de lectores que se lo apropian. A partir de su situación, éstos son llamados a descubrir significaciones nuevas en la línea del sentido fundamental indicado por el texto» [63]. Pues bien, San Josemaría está aplicando en la práctica –y no exageramos si decimos de manera genial– estas consideraciones cuya

61. F. Schleiermacher, al parecer inventor de la fórmula «círculo hermenéutico», observaba que la comprensión de un texto depende de la interrelación entre la parte y el todo. La comprensión de la parte progresa a medida que avanza la articulación de las partes con el todo. Pero no es fácil precisar dónde está el comienzo de la intelección. Debe postularse un *presentimiento* del todo, fruto provisional del entendimiento, también provisorio, de muchas partes. Sin tal entendimiento provisional del todo, no es posible la perfecta comprensión de lo particular (cfr. F. SCHLEIERMACHER, *Lecciones sobre Hermenéutica de abril de 1819*, y *Discurso académico de octubre 1829*, ambos en la edición francesa de F. SCHLEIERMACHER, *Herméneutique*, Labor et Fides, Genève 1987, pp. 117 y 195-196).

Desde entonces se «ha puesto en evidencia la implicación de la subjetividad en el conocimiento (...). Para evitar el subjetivismo, es necesario profundizar y enriquecer la "precomprensión", más aún, modificarla y corregirla por medio de aquello que dice el texto» (P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interprtetación*... cit., p. 68).

Después, R. BULTMANN y otros se ha insistido en el papel de la «precomprensión» para el conocimiento del texto. H.G. GADAMER profundiza en esta línea, «y retoma y desarrolla la teoría del círculo hermenéutico. Las anticipaciones y las precomprensiones que marcan nuestra comprensión provienen de la tradición que nos sostiene. Ésta consiste en el conjunto de datos históricos y culturales que constituyen nuestro contexto vital, nuestro horizonte de comprensión. El intérprete debe entrar en diálogo con la realidad de la cual se trata en el texto. La comprensión se opera en la fusión de los diferentes horizontes, del texto y del lector» (P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación*... cit., p. 68).

62. A la investigación sobre «el círculo hermenéutico» ha contribuido mucho H. G. Gadamer, que es bastante claro: «El horizonte del presente no se forma pues al margen del pasado (...). Comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos horizontes (...). La fusión tiene lugar constantemente en el dominio de la tradición; pues en ella lo viejo y lo nuevo crecen siempre juntos hacia una validez llena de vida» (H.G. GADAMER, *Verdad y Método. Fundamentos de una Hermenéutica filosófica*. Trad. de A. Agud y R. De Agapito, Salamanca 1997, pp. 366-367).

Las consideraciones de Gadamer han sido matizadas por P. RICOEUR, que enfatiza la función de la distancia entre texto y lector. Es muy abundante la producción de Ricoeur.

63. P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación*... cit., p. 69.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

formulación no se había hecho todavía. Claro es que él es depositario de un carisma excepcional, en cuanto que ha recibido una misión divina concreta: fundar por iniciativa divina, «hacer el Opus Dei», y el Señor le irá mostrando el alcance y las implicaciones de ese encargo.

San Josemaría, sin teorizar, intuye certeramente cómo se debe «leer» la Biblia y los horizontes nuevos que Dios le entreabre en algunos textos, y que no son patentes por sí mismos [64]. Lo que los tratadistas de Hermenéutica propugnan como pasos para la inteligencia del texto, el santo lo realiza de manera casi connatural: aborda el texto con el bagaje de su sólida formación teológica, con la riqueza de su vida interior, y –muy importante– con la personal experiencia espiritual y su continua meditación y aplicación de los pasajes bíblicos a su propia existencia. En efecto, él sabe «fusionar los horizontes» del pasado con los de la vida que le es presente, a él y a sus oyentes. El resultado es una inmersión viva en el texto sagrado, con el que dialoga, al que interpela y se siente interpelado, en actitud de escucha y prontitud para llevar a la conducta lo que el texto desvela y pide. Es en el diálogo con el texto sacro donde desentraña las virtualidades de sentido que éste encierra: Interroga al texto con su propia «precomprensión», lo medita una y otra vez desde su situación y circunstancias existenciales, y lo entiende porque lo aborda con las buenas disposiciones de escucha que he apuntado.

Buscar a Jesús es lo importante

La P. Comisión Bíblica ha expuesto que: «El conocimiento bíblico no debe detenerse en el lenguaje, sino alcanzar la realidad de la cual habla el texto» [65]. Pues bien, una cosa queda muy clara en la enseñanza del Fundador del Opus Dei: lo más importante en los textos sagrados es la búsqueda, a través de ellos, del mismo Cristo Jesús, hasta encontrarlo:

> «Hace falta que la conozcamos bien (la vida de Cristo), que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento (...), en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor» [66].

64. Hay aquí un punto de reflexión teológica para el *sensus plenior* de la Escritura.
65. P. COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación*... cit., p. 69.
66. *Es Cristo que pasa*, n. 107.

Pero para Mons. Escrivá los relatos bíblicos no son un mero recuerdo histórico. Éste tiene valor de medio. Pero lo verdaderamente importante es el mismo Jesucristo, vivir cerca de Él, ya en la vida presente, en las circunstancias normales y concretas de cada cristiano y cada cristiana, para ir transformando la existencia de cada uno de nosotros en un trasunto de la vida de Cristo:

> «Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el santo Patriarca (...). Participaremos en la dicha de la divina amistad –en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano–, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que Él nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos» [67].

La lectura meditada, una y otra vez, del texto sagrado nos va guiando en la búsqueda del Hijo del hombre, nos facilita conocerle cada vez mejor y nos acerca a amarle con fuerzas renovadas. La razón teológica profunda es clarísima: Jesucristo es el «camino» hacia el Padre, el acercamiento al insondable misterio de Dios [68].

La «vida oculta» de Jesús

Josemaría Escrivá se sentía sencillamente un pastor de almas. Preparó algunos libros, más bien como complemento de su predicación oral, con la finalidad de ayudar a otros a vivir la vida cristiana intensamente, pero postergó su actividad de escritor a la misión que consideró ser la primera en el encargo recibido del Señor [69]. Cuando se recopilen los diversos pasajes de sus homilías, libros, cartas y predicaciones se podría escribir una «vida de Jesús», en que se contempla desde la Anunciación

67. *Amigos de Dios*, n. 300.
68. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 299.
69. «No pretendió jamás ser un *autor*, a pesar de que figura entre los maestros de la espiritualidad cristiana. Su doctrina, amable y esforzada, es para vivirla en medio del trabajo, en el hogar, en las relaciones humanas, en todas partes (...). ¡Qué bien se le lee! Lo directo de las expresiones, la viveza de las imágenes, llegan a todos, por encima de las diferencias de mentalidad y cultura. Aprendió en la escuela del Evangelio: de ahí su claridad, ese herir en lo hondo del alma; el talante para no pasar de moda, por no estar en la moda» (ÁLVARO DEL PORTILLO, «Presentación» a *Amigos de Dios*, p. 12.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a María hasta la Ascensión de Jesús a los Cielos, no en el sentido de una biografía, sino en el de una contemplación y presencialización de la existencia terrestre de Jesús y de sus principales acompañantes. Pero observemos otra peculiaridad de Josemaría Escrivá: su especial detenimiento en la «vida oculta del Señor»:

> «Toda la vida del Señor me enamora. Tengo, además una debilidad particular por sus treinta años de existencia oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo –largo–, del que apenas se habla en el Evangelio, aparece desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad. Y, sin embargo, siempre he sostenido que (...) fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente –como la nuestra, si queremos–, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección» [70].

La «debilidad» por los treinta años de existencia oculta de Jesús, está también en dependencia estrecha del carisma básico fundacional del Opus Dei. San Josemaría precisó muchas veces que fue exactamente el 2 de octubre de 1928, al mediodía, cuando *vio*, tuvo *una idea clara general* de la misión que el Señor le encomendaba realizar. Cuando se refiere a ese momento habla siempre de *visión* o expresiones equivalentes. Siempre fue muy pudoroso en explicar detalles de tal iluminación. Pero la *idea clara general* la expuso sin ambages. Por ejemplo, en carta del 24-III-1930 se expresaba, de manera sencilla, el mensaje divino básico del Opus Dei:

> «Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa –*homo peccator sum* (Lc 5, 8), decimos con Pedro–, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos ama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad» [71].

Ante la misión que el Señor le encomendaba, San Josemaría buscó la fundamentación evangélica del mensaje recibido –la búsqueda de la

70. *Amigos de Dios*, p. 56.

71. Texto tomado de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *o.c.*, p. 300. (Cfr. también *ibid.*, pp. 304-305).

santificación cristiana *en* y *a través* de la vida cotidiana de los hombres y las mujeres– en la entera vida de Jesucristo [72]. El trabajo de artesano en Nazaret no fue un paréntesis en la vida de Jesús, un compás de espera para emprender la redención de las criaturas humanas. En sus treinta años de vida oculta, Nuestro Señor también nos redimía. Ahí radica la devoción de San Josemaría por los años de trabajo silencioso de Jesús en Nazaret, en medio de su familia, entre la gente de su pueblo. La mirada a la vida oculta de Jesús, su meditación constantemente buscada, se presentaba muy coherente con la misión divina recibida y con el carisma fundacional del Opus Dei. Y ahí estriba, precisamente, su original teología sobre la santificación del trabajo, que el Fundador del Opus Dei llegó a condensar en una fórmula feliz:

> «Es preciso santificar la profesión, santificarse en la profesión y santificar con la profesión» [73].

En la homilía *Amar al mundo apasionadamente* pronunciada ante miles de personas en una explanada de la Universidad de Navarra, exclamaba con enorme aplomo y brío:

> «¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» [74].

Pero de la contemplación de la vida hay que pasar al «seguimiento de Cristo», porque el querer ser discípulo suyo está reclamando de cada

72. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 14. El artículo de M.A. TABET, *La santificación en la propia situación de vida. Comentario exegético a 1 Co 7, 17-24*, en «Romana» 6 (1988/1) 169-176 (reproducido en «Romana. Estudios» 1985-1996), está dedicado a estudiar este texto paulino como fundamento bíblico de la teología del laicado en el ámbito de la santificación del cristiano, haciendo referencia a la Homilía de Escrivá *Amar al mundo apasionadamente*, nn. 113-114, publicada en *Conversaciones con Monseñor Escrivá...*, Rialp, Madrid 1986 [15], nn.113-123. Por su parte, Josemaría Escrivá hace referencia al texto de la Carta a los Corintios en *Es Cristo que pasa*, n. 35, *Amigos de Dios*, n. 234 y *Conversaciones*, n. 116.

73. Texto de un escrito de 31-V-1954, recogido por J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Palabra, Madrid 1981 [9], 95. El libro de Illanes es el más completo sobre el tema. Acaba de salir la 10ª edición revisada, Palabra, Madrid 2001, 202 páginas.

74. Homilía del 8-X-1967; texto en *Conversaciones con Mons. Escrivá*, cit., n. 114.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

uno de nosotros la respuesta de llevar a la vida ordinaria los avatares de la existencia humana de Jesucristo:

> «Como cualquier otro suceso de su vida, no deberíamos jamás contemplar esos años ocultos de Jesús sin sentirnos afectados, sin reconocerlos como lo que son: llamadas que nos dirige el Señor, para que salgamos de nuestro egoísmo, de nuestra comodidad» [75].

Es la exigencia de poner nuestra vida, como Jesús –«non veni ministrari, sed ministrare» (Mt 20, 28; Mc 10, 45), frecuentemente traída a la mente y al corazón por Mons. Escrivá– al servicio de todos los demás:

> «Hemos de estar siempre cara a la muchedumbre, porque no hay criatura humana que no amemos (...). Nos interesan todos, porque todos tienen un alma que salvar, porque a todos podemos llevar, en nombre de Dios, una invitación para que busquen en el mundo la perfección cristiana, repitiéndoles: *estote vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est* (Mt 5, 8); sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial» [76].

Uso del Antiguo Testamento

Las referencias al Antiguo Testamento no son tan frecuentes como las del Nuevo. Nos fijaremos sólo en las que evocan la elección divina de Israel, o de personajes de la historia bíblica, leídas por Josemaría Escrivá con la capacidad de actualización e inmersión en el texto de que venimos hablando. Él era un hombre extraordinariamente agradecido a todo el mundo. En primèr lugar estaba agradecido a Dios, gratitud que le llevaba a un sincero, apasionado y tierno amor. El motivo comenzaba por la consideración de la gracia de la vocación cristiana, que paladeaba como inmenso don inmerecido:

> «Considerad con qué finura nos invita el Señor. Se expresa con palabras humanas, como un enamorado: *Yo te he llamado por tu nombre... Tú eres mío* (Is 43, 1). Dios, que es la hermosura, la grandeza, la sabiduría, nos anuncia que somos suyos, que hemos sido escogidos como término de su amor infinito» [77].

75. *Es Cristo que pasa, n.* 15.
76. *Carta* 24-III-1930 (texto tomado de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *o.c.*, 297-298).
77. *Es Cristo que pasa,* 32.

La meditación sobre la elección divina aflora una y otra vez en sus escritos. Por ejemplo, en su homilía *Hacia la santidad,* vuelve a la elección divina gratuita, y une Antiguo y Nuevo Testamento en una lectura verdaderamente cristiana:

> «Repasad con calma aquella divina advertencia, que llena el alma de inquietud y, al mismo tiempo, le trae sabores de panal y de miel: *redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu* (Is 43, 1); te he redimido y te he llamado por tu nombre: ¡eres mío! (...) Un Dios que nos ha amado hasta el punto de morir por nosotros, que nos ha escogido desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo, para que seamos santos en su presencia (cfr. Ef 1, 4). (...) –Por si aún tuviésemos alguna duda, recibimos otra prueba de sus labios: *no me habéis elegido vosotros, sino que os he elegido yo, para que vayáis lejos, y deis fruto...* (cfr. Jn 15, 16)» [78].

Santiago Ausín ha observado: «Es una genialidad transvasar las relaciones familiares de Dios *go'el* a términos esponsales ("como un enamorado"). Se percibe así el eco de la imagen de Dios-esposo de Oseas» [79]. La meditación del texto de Is 43, 1 aparece de nuevo en la homilía de 2-III-1952, domingo I de Cuaresma:

> «Otra vez se oyen los silbidos del buen Pastor, con esa llamada cariñosa: *ego vocavi te nomine tuo* (Is 43, 1). Nos llama a cada uno por nuestro nombre, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras» [80].

El llamamiento divino suscita en Mons. Escrivá la generosa y pronta respuesta. La frase de la Escritura *ecce ego quia vocasti me*, que el sacerdote Elí enseñó a Samuel niño para que le respondiera al Señor, se le quedó bien grabada:

> «La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros: *ego vocavi te nomine tuo*, te he llamado a ti, por tu nombre. Hay que contestar –amor con amor se paga– diciendo: *ecce ego quia vocasti me* (1 Reg III, 5), me has llamado y aquí estoy. (...) Me dejaré empapar, transformar; me convertiré, me dirigiré de nuevo al Señor, queriéndole como Él desea ser querido.

78. *Amigos de Dios*, n. 312.
79. S. AUSÍN, *La lectura de la Biblia en las homilías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer,* en «Scripta Theologica» 25,1 (1993) 200-201.
80. *Es Cristo que pasa,* n. 59.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

–Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente (Mt 22, 37)» [81].

Y de nuevo, en la solemnidad de la Asunción de María, 15-VIII-1961:

«No podemos escondernos en el anonimato; la vida interior, si no es un encuentro personal con Dios, no existirá (...). Dios nos busca uno a uno; y hemos de responderle uno a uno: *aquí estoy, Señor, porque me has llamado* (1 Reg III, 5)» [82].

Un pasaje del Sirácida le hace revivir el amor esponsal de Dios y evocar el Cantar de los Cantares:

«*Yo soy la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza* (Si 24, 24). (...) No es un amor cualquiera éste: es el Amor (...). Un amor hermoso, porque tiene como principio y como fin el Dios tres veces santo, que es toda la Hermosura y toda la Bondad y toda la Grandeza.

Pero se habla también de temor (...). El temor que nos recuerda el texto sagrado nos trae a la cabeza aquella otra queja de la Escritura: *busqué al amado de mi alma; lo busqué y no lo hallé* (Ct 3, 1).– Esto puede ocurrir, si el hombre no ha comprendido hasta el fondo lo que significa amar a Dios. Sucede entonces que el corazón se deja arrastrar por cosas que no conducen al Señor. Y, como consecuencia, lo perdemos de vista. Otras veces quizá es el Señor el que se esconde: Él sabe por qué. Nos anima entonces a buscarle con más ardor y, cuando lo descubrimos, exclamamos gozosos: *le así y ya no lo soltaré* (Ct 3, 4)» [83].

Como otras almas cristianas, encuentra en los libros sagrados la sintonía con el amor que Dios ha puesto en su corazón; pero se enciende al mismo tiempo en afanes apostólicos, en el deseo de que muchas almas, entre sus quehaceres y deberes en medio de la sociedad en la que viven, conozcan y amen a Dios:

«*Me alzaré y rodearé la ciudad: por las calles y las plazas buscaré al que amo...* (Ct 3, 2). Y no sólo la ciudad: correré de una parte a otra del mundo –por todas las naciones, por todos los pueblos, por senderos y trochas– para alcanzar la paz de mi alma. Y la descubro en las ocupaciones diarias, que no me son estorbo; que son –al contrario– vereda y motivo para amar más y más, y más y más unirme a Dios.

81. *Es Cristo que pasa*, n. 59.
82. *Es Cristo que pasa*, n. 174.
83. *Amigos de Dios*, n. 277.

Y cuando nos acecha (...) la tribulación de una nueva noche en el alma, nos pone el salmista en los labios y en la inteligencia aquellas palabras: *con Él estoy en el tiempo de la adversidad* (Sal 90 [91], 15) (...). Y los corazones vuestros, y el mío, se llenan de una santa avidez, confesándole –con obras– *que morimos de Amor* (cfr. Ct 5, 8).

Nace una sed de Dios, un ansia (...) de ver su sonrisa, su rostro... Considero que el mejor modo de expresarlo es volver a repetir, con la Escritura: *como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío!* (Sal 41 [42], 2). Y el alma avanza metida en Dios, endiosada: se ha hecho el cristiano viajero sediento, que abre su boca a las aguas de la fuente (cfr. Si 26, 15)» [84].

El llamamiento divino que el joven Josemaría Escrivá *barruntaba* durante más de una década, sin saber qué era lo que el Señor le pedía en concreto, le fue disponiendo a cumplir lo que el Señor quisiera, preparándose como mejor le parecía ante Dios:

«Cuando yo tenía barruntos de que el Señor quería algo y no sabía lo que era, decía gritando, cantando (...): *ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?*; he venido a poner fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? Y la contestación: *ecce ego quia vocasti me!*, aquí estoy, porque me has llamado» [85].

Estas últimas palabras –que vuelven a recoger la respuesta de Samuel, el último de los Jueces de Israel– templaron el alma de Josemaría Escrivá desde antes de recibir la iluminación sobre lo que Dios quería de él. Las hemos visto aparecer en varios textos que hemos transcrito: son sólo una muestra exigua de lo que representaron en su oración durante años. La manera de responder a Dios la había aprendido, pues, en el Antiguo Testamento, en relatos de llamadas divinas a los hombres de Dios; meditando en la Historia de la salvación la había incorporado a su propia existencia, a la que iba dando sentido, hasta llegar la claridad del 2 de octubre de 1928. De nuevo las gracias y carismas fundacionales de la Obra le guiaban en su manera de «leer» la Sagrada Escritura.

84. *Amigos de Dios*, nn. 310-311.
85. Meditación del 2-X-1962. Texto tomado de A. VÁZQUEZ DE PRADA, *o.c.*, p. 286.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Padres, liturgia y escritores de espiritualidad

Mons. Escrivá era afanado lector –en la medida que se lo permitían sus ocupaciones pastorales– de los Padres de la Iglesia y de escritores de espiritualidad, al mismo tiempo que sabía sacar provecho de los textos de la Liturgia, en sintonía de espíritu y de afecto con la Tradición de la Iglesia, inmerso en la comunidad eclesial de todos los tiempos. Del registro de su memoria y de su corazón brotan sus citaciones, no como referencias eruditas, sino con la connaturalidad de alimentarse de la misma fuente para darla a beber a sus oyentes o lectores [86].

Pero, como ha observado S. Garofalo «fuera de la Sagrada Escritura, frecuentemente citada, no nos parece posible en absoluto hablar de verdaderas y propias "fuentes" de esta espiritualidad"» [87]. Tal apreciación, que habrá que matizar, me parece cierta sobre todo en algunos aspectos que constituyen el nervio de la enseñanza de Josemaría Escrivá, como son: la doctrina de la santificación *en* y *a través* del trabajo ordinario, núcleo del mensaje del Opus Dei; la correlativa llamada universal a la santidad desde la incorporación a Cristo de la criatura humana por el bautismo, sin necesidad del estado de «vida consagrada» [88]; y la fuerza hermenéutica de su inmersión en el texto sagrado «como un personaje más». En estos aspectos, la originalidad de Mons. Escrivá es clara y arrolladora [89]. Aquí me interesa subrayar la sintonía de Josemaría Escrivá con la tradición cristiana –especialmente con los Santos Padres– en el modo general de leer la Escritura.

86. Si mi cuenta es correcta, sólo entre *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios* hay 109 citas de Santos Padres y escritores cristianos antiguos, con sus referencias bibliográficas correspondientes. De ellos 24 son distintos; algunos son citados bastantes veces, como San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Gregorio Magno, San Jerónimo, Orígenes y San Cirilo de Alejandría. De la Liturgia –sólo en ambos libros mencionados– encuentro 25 citas explícitas y documentadas; de ellas 21 distintas. Del Magisterio de la Iglesia he visto 12, con sus referencias, de 5 documentos diversos. Hay una cita del Evangelio apócrifo de Santo Tomás. Pero pueden encontrarse otras muchas citaciones implícitas, no difíciles de reconocer.

87. S. GAROFALO, en C. FABRO, S. GAROFALO, M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo*, cit., p.142.

88. Es claro que en este punto el Fundador del Opus Dei se adelantó en más de treinta años al Concilio Vaticano II.

89. J.L. ILLANES, en su libro *La santificación del trabajo*, cit. *supra*, refiriéndose a la enseñanza de Mons. Escrivá sobre la santificación *en* y *a través* del trabajo profesional, hace una revisión de la historia de la teología espiritual (cfr. pp. 44-59), y llega a la conclusión (cfr. p. 59) de que en esa teología espiritual no se captan los valores santificadores de la vida secular.

El tema requeriría un estudio especial, de que ahora no nos podemos ocupar. Sólo expondré algún ejemplo.

En una homilía, *Tras los pasos del Señor*, pronunciada el 3-IV-1955, mostrando el camino del seguimiento de Cristo, se apoya en un Padre oriental, poco citado por Josemaría Escrivá. La citación es oportuna, está en sintonía con el comentario de Mons. Escrivá, pero tampoco es reconocible como su «fuente»:

> «Jesús se entregó a Sí mismo, hecho holocausto por amor. Y tú, discípulo de Cristo; tú, hijo predilecto de Dios; tú, que has sido comprado a precio de Cruz; tú también debes estar dispuesto a negarte a ti mismo. Por lo tanto, sean cuales fueren las circunstancias concretas por las que atravesemos, ni tú ni yo podemos llevar una conducta egoísta, aburguesada, cómoda, disipada..., –perdóname mi sinceridad– ¡necia! Si (...) *no buscas más que una vida placentera, te has desviado del camino... En la ciudad de los santos, sólo se permite la entrada y descansar y reinar con el Rey por los siglos eternos a los que pasan por la vía áspera, angosta y estrecha de las tribulaciones*» [90].

Las referencias a San Juan Crisóstomo y a la del escrito atribuido a Macario, enlazan de manera natural con el pensamiento de San Josemaría, cuya predicación se apoya en cada caso en un Padre oriental, no como «argumento de tradición», ni, seguramente, como verdaderas «fuentes». Sólo nos permiten hablar de sintonía general, de comunión de vida cristiana.

En cuanto al uso de la Liturgia de la Iglesia, depende del tema de la homilía o del escrito. Las homilías que se recopilan en *Es Cristo que pasa*, que fueron pronunciadas en solemnidades o con ocasión de los tiempos litúrgicos, hacen referencias continuas a oraciones, lecturas, antífonas o prefacios de tales fiestas. Por ejemplo, en la homilía del Jueves Santo de 14-IV-1960 encontramos un entramado de textos litúrgicos, consideraciones del propio predicador y de referencias a los Padres. Pre-

90. SEUDO-MACARIO, *Homiliae*, 12,5: PG 34, 559. *Amigos de Dios*, n. 129. Mons. Escrivá vuelve a hablar de los «dos caminos» un poco más adelante, refiriéndose a un «sueño de un escritor del siglo de oro castellano»: Cfr. *Amigos de Dios*, n. 130.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

senta claras características catequéticas, en las que recuerda puntos básicos de la doctrina cristiana, que también sirven como comienzo de la contemplación:

«La Trinidad entera actúa en el santo sacrificio del altar. Por eso me gusta tanto repetir en la colecta, en la secreta y en la postcomunión aquellas palabras finales: *Por Jesucristo, Señor Nuestro, Hijo tuyo –nos dirigimos al Padre–, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.*

En la Misa, la plegaria al Padre se hace constante (...). Y la acción del Espíritu Santo en la Misa no es menos inefable ni menos cierta. *Por la virtud del Espíritu Santo*, escribe San Juan Damasceno, *se efectúa la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo* [91].

Esta acción del Espíritu Santo queda expresada claramente cuando el sacerdote invoca la bendición divina sobre la ofrenda: *Ven, santificador omnipotente, eterno Dios, y bendice este sacrificio preparado a tu santo nombre* [92], el holocausto que dará al Nombre santísimo de Dios la gloria que le es debida. La santificación, que imploramos, es atribuida al Paráclito, que el Padre y el Hijo nos envían. Reconocemos también esa presencia activa del Espíritu Santo en el sacrificio cuando decimos, poco antes de la comunión: *Señor, Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, vivificaste el mundo con tu muerte...* [93]

Inmediatamente después del *lavabo*, el sacerdote invoca: *Recibe, Santa Trinidad, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la Pasión, de la Resurrección y de la Ascensión de Jesucristo, Señor Nuestro* [94]. Y, al final de la Misa, hay otra oración de encendido acatamiento al Dios Uno y Trino: *Placeat tibi, sancta Trinitas, obsequium servitutis meae... que te sea agradable, oh Trinidad Santísima, el tributo de mi servidumbre; dispón que el sacrificio que yo, aunque indigno, he ofrecido a la Majestad tuya, merezca aceptación; y te pido que, por tu misericordia, sea éste un sacrificio de perdón para mí y para todos por los que lo he ofrecido»* [95].

91. S. JUAN DAMASCENO, *De fide ortodoxa*, 13: PG 94, 1139.
92. *Misal Romano*, Ofertorio, Invocación al Espíritu Santo.
93. *Misal Romano*, Oraciones preparatorias para la Comunión.
94. *Misal Romano*, Ofertorio, Ofrenda a la Santísima Trinidad.
95. *Misal Romano. Oración que precede a la bendición final.* El pasaje es de *Es Cristo que pasa*, nn. 85 y 86. Por la fecha de la homilía, es obvio que Escrivá se atiene a la liturgia de la Misa antes de las reformas del Concilio Vaticano II.

Larga ha sido la cita de *Es Cristo que pasa*. Ha ido hablando, según vienen a su corazón, de los textos de la Escritura, de la Liturgia y aún de los Padres. Los ha meditado repetidamente, han alimentado su vida interior en la contemplación de la Trinidad Beatísima por el camino del trato íntimo con la persona del Redentor y en la celebración de la santísima Eucaristía. La Misa nunca dejaba de ser –además de la representación del sacrificio del Calvario– una práctica de piedad personal suya, así también recomendada a quienes le escuchaban. En la Eucaristía ponía todo su esfuerzo y amor. En Mons. Escrivá se cumplían las palabras del Señor «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 34). En efecto, poco más adelante, en la misma homilía, continúa explicando, en similar tono catequético, con ideas cuyo eco encontramos en otros escritos suyos [96]:

«En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación. *Cuando participamos de la Eucaristía*, escribe San Cirilo de Jerusalén, *experimentamos la espiritualización deificante del Espíritu Santo, que no sólo nos configura con Cristo, como sucede en el Bautismo, sino que nos cristifica por entero, asociándonos a la plenitud de Cristo Jesús* [97].

La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y *consummati in unum* [98], hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: *signo de unidad, vínculo del Amor»* [99].

¿Dónde aprendió Josemaría Escrivá a «leer» la Escritura? Como recapitulación, me inclino a pensar que fue fundamentalmente en la Escritura misma. Parece que no se pueden especificar sus verdaderas y propias «fuentes», sólo que se mueve, en general, dentro de la Tradición cristiana [100]. En cualquier caso, es notoria la originalidad con que se introduce en el texto sagrado, apropiándoselo y aplicándolo a sus propias circunstancias personales y a las de sus oyentes.

96. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 146. *Es Cristo que pasa*, n. 160.
97. SAN CIRILO, *Catequeses*, 22, 3.
98. Jn 17, 23.
99. SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium tractatus*, 26, 13: PL 35, 1613. El texto de la homilía es de *Es Cristo que pasa*, n. 87.
100. Cfr. supra & 2° y nota 32.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

8

LA FRATERNIDAD SACERDOTAL

Mons. Manuel Ureña Pastor
Obispo de Cartagena

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Introducción

Hoy, hablar de fraternidad y de comunión, es algo muy común y que todos proclaman, y resulta que no todos creen en su contenido. Es algo que a veces ocurre: cuanto más se proclama una verdad menos se cree en ella; y a veces, se habla de esa verdad cuando, en el fondo, se habla de su ausencia. El mundo contemporáneo, el mundo occidental conspira de muchas formas contra la comunión y, puesto que el espíritu del mundo se cuela desgraciadamente en la Iglesia, conspira también contra la fraternidad sacerdotal. Estamos en una época, desde hace ya unas décadas, marcada por la individualidad, por la concepción del ser humano como individuo. Una cosa es que un horizonte de la persona o una dimensión de la persona sea la individualidad, y otra cosa que el ser humano se agote en su individualidad. A ello nos empuja, como todos sabemos, el clima posmoderno, en el que vive la sociedad, que se está intentando superar desde hace ya, por lo menos, dos décadas, pero que, sin embargo, no se llega del todo a superar. Ya la constitución pastoral *Gaudium et spes* señalaba con toda claridad esas, digamos, vicisitudes y esas bipolaridades del mundo moderno que, por una parte, crece en la comunicación, y, por otra parte, crece al mismo ritmo, o a un ritmo más acelerado todavía, en la incomunicación de los espíritus:

> «El mundo siente vívidamente su propia unidad y la mutua interdependencia de unos con otros dentro de la necesaria solidaridad y sin embargo se ve gravísimamente dividido por fuerzas antagónicas, pues aún subsisten agudas discordias políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas y no falta el peligro de una guerra capaz de destruirlo todo. Mientras aumenta el intercambio de ideas, las palabras mismas con que se expresan conceptos de gran importancia revisten sentidos bastante diferentes en las distintas ideologías» [1].

1. GS, 4.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Contextualizar la fraternidad sacerdotal se ha de hacer, en primer lugar, situándola dentro de la comunión humana; a su vez, la comunión humana hay que situarla dentro de la comunión cristiana, y después viene la comunión sacerdotal. La base de toda comunión, de toda fraternidad, es la comunión humana.

¿Está llamado intrínsecamente el hombre a la comunión? Ésta es la primera pregunta. La segunda pregunta: Y si el hombre está llamado ontológicamente a la comunión, entonces ¿qué añade la comunión cristiana a la comunión humana? Y tercera pregunta: ¿Qué añade la comunión sacerdotal o la fraternidad sacerdotal, a la comunión cristiana? Los tres puntos, por tanto, que habremos de probar en estos breves minutos, serán: la comunión humana, como base, la comunión cristiana en la comunión humana y, después, la comunión sacerdotal dentro de la comunión cristiana.

1. La comunión humana

Empezamos por la comunión humana. El hombre está llamado a la unión, a la comunión. De hecho, todo el pensamiento occidental está plagado de utopías que tienden a la comunión y que pintan o dibujan el paraíso de la humanidad o el fin al cual apunta la humanidad, como un cuadro en el cual se ha producido la comunión del hombre con el hombre. Aquello de que *el hombre es un lobo para el hombre* ha desaparecido como algo ya totalmente pasado. La humanidad tiene un mismo Padre: fue creada por Dios. Y no solamente es que la humanidad fue creada por Dios y que todos los hombres, por tanto, son criaturas de Dios. Es que Dios, al crear al hombre, esculpió en el hombre su mismo ser; el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Y Dios es comunión, porque Dios es Uno y Trino: Dios es Padre, Dios es Hijo y Dios es Espíritu Santo. La comunión de las tres Personas divinas, como algo fundamental y necesario del ser de Dios. Esta comunión de las Personas divinas, al ser creado el hombre a imagen y semejanza de Dios, esa comunión intradivina de la Trinidad inmanente, ha quedado esculpida, ha quedado grabada dentro del ser humano; y la humanidad, que tiene un mismo Padre y tiene un mismo ser, apunta a un mismo fin.

Desde los puntos de vista de las causas eficiente, formal y final, el hombre es el mismo; todos los hombres están unidos por tener un mismo Padre, por tener todos un mismo ser y por tener todos o apuntar todos a un mismo fin. Si tenemos a Dios como Padre, todos somos hermanos; si tenemos un mismo ser, entonces significa que la misma sangre corre por las venas de todos. Todos somos seres inteligentes, capaces de la verdad; y la inteligencia es común a toda la humanidad. Todos los hombres tienen la misma conciencia, aunque, a veces, esa conciencia esté subdesarrollada en algunos casos, esté embotada por ideologías o por presupuestos culturales, pero la inteligencia es la misma en todos porque el Creador es el mismo en todos. Esto en una universidad civil hoy sonaría a una herejía. ¿Cómo decir que toda la humanidad tiene la misma inteligencia, la misma conciencia, la misma libertad? Pues así es. Y todos corren tras un mismo fin. Por consiguiente, tanto desde el punto de vista de la causa eficiente del hombre, como desde el punto de vista de la causa formal del ser del hombre y como desde el punto de vista de la causa final, la humanidad está unida. Otra cosa es que, por la acción del pecado en el hombre, esa unidad ontológica y esa fraternidad, derivada de esa unidad, haya conocido un gran desquiciamiento y se hayan producido grandes desequilibrios, como muestra en los albores de la humanidad el caso de Caín y de Abel.

Todos los hombres por naturaleza están llamados a ser hermanos. Todos los hombres por naturaleza están llamados a ser un solo corazón y una sola alma; están llamados a preocuparse unos de otros. Con palabras de San Josemaría, cuyo Centenario estamos celebrando, podríamos decir:

> «No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: esa que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos *amemos los unos a los otros*»[2].

Lo que pasa es que el pecado lo ha inficionado todo: rompió la amistad del hombre con Dios, hizo aparecer muros de separación del hombre con el hombre y, al mismo tiempo, enemistó al hombre con la naturaleza. El pecado es la separación del individuo de su propio núcleo, del in-

2. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 106.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dividuo de los demás, del individuo de la naturaleza y del individuo de Dios. El pecado original tiene un contenido. Y ese contenido último es separación. Por eso, la acción de Jesucristo ha consistido en reconciliarnos con el Padre, en romper el muro de la separación que separaba a judíos de gentiles, en hacer que desapareciera ese drama, esa contradicción, señalada por San Pablo, de que *no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago*[3]. Y la Redención de Jesucristo, operada en la Cruz, ha hecho que se monten las bases o nos podamos poner en camino, para que nuestra contradicción con el mundo natural desaparezca.

Los estragos que el hombre moderno ha hecho con la naturaleza son una prueba evidente de que el hombre la ha considerado como su enemiga. La actitud del hombre moderno ante la naturaleza ha sido una actitud de prepotencia, de dominio, de sometimiento. Ésa es la esencia del método moderno de investigación, ésa es la esencia del método experimental: actuar respecto de la naturaleza para manipularla, para aprender sus leyes, para aprovechar los resquicios; y la naturaleza lo que ha hecho es vengarse del hombre, que la ha manipulado y que no la ha amado.

Por tanto, el hombre está llamado a la unidad, a la fraternidad; y lo está en virtud de su misma naturaleza. Una naturaleza que tiene el mismo Autor, que en esencia es la misma en todos los hombres y una naturaleza que, además, tiene el mismo fin. Todos somos hijos del mismo Padre, todos tenemos el mismo ser y todos caminamos hacia el mismo fin.

2. La comunión cristiana

La comunión cristiana se edifica sobre la comunión humana, tal como ésta fue al principio; no tal como fue después, por la acción del pecado del hombre. Pero la comunión cristiana, que se edifica sobre la comunión humana, es una comunión que, al tiempo que aprovecha como materia prima la comunión humana, al mismo tiempo la trasciende cualitativamente, porque, en caso contrario, la comunión cristiana no sería más que un duplicado de la comunión humana. Y eso sería un plantea-

3. Rm 7, 19.

miento herético, porque caeríamos en el modernismo. Por tanto, una cosa es que la gracia se edifique sobre la naturaleza; y otra cosa es que la gracia se agote ontológicamente en los términos de la naturaleza, porque en tal caso la Revelación cristiana ya no sería gratuita, dejaría al hombre como está y sería un mero superlativo del hombre.

¿Qué ha añadido la comunión cristiana a la comunión humana? La Revelación cristiana ha incidido en la naturaleza humana (creada por Dios a su imagen y semejanza, pero pecadora) purificándola y, al mismo tiempo, colmándola. Ésos son los dos aspectos característicos de todo contenido de la Revelación cristiana. Incide en la naturaleza para curar la naturaleza, asumiendo al mismo tiempo lo bueno de la naturaleza. Primer aspecto: asumir y curar. Pero, al mismo tiempo, trascender, o sea, llevar la naturaleza a unos límites que la misma naturaleza no había sospechado nunca. Lo que pone la Revelación, en el centro mismo de la historia y en el núcleo de la naturaleza humana, es una fe, por tanto, una verdad nueva, buscada por la naturaleza, pero que ella no podía aprender por sí misma. Pone una nueva vida, que también era buscada por la naturaleza, pero ésta tampoco la podía conseguir por sus propias fuerzas; pone una nueva ley, aspirada por la naturaleza, pero que tampoco podía provocar por sus fuerzas inmanentes la naturaleza; y pone, finalmente, una oración. En una palabra, las cuatro partes del Catecismo: el Cristianismo es el acontecimiento de la verdad absoluta, el Cristianismo es el acontecimiento de la vida absoluta, el Cristianismo es la ley nueva, una ley irrebatible (más allá de la cual, ya no hay ninguna ley y que es la ley que verifica el contenido de verdad de las leyes anteriores al mismo tiempo que lo colma) y el Cristianismo es la verdadera plegaria del hombre a Dios. Esa nueva verdad, esa nueva vida, esa nueva ley y esa nueva oración son Cristo. Cristo contemplado en su encarnación y nacimiento, en su pasión y su cruz y en su resurrección. Eso es realmente lo nuevo. *Ahora, Señor, según tu promesa, dice el anciano Simeón, puedes ya dejar que tu siervo se vaya en paz, porque hemos visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, al que es la luz de las naciones y la gloria de tu pueblo Israel*[4].

4. Lc 2, 29-32

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Toda la humanidad, que tiene a Dios como Padre, que tiene el mismo ser y que apunta a un mismo fin, se ha encontrado con una verdad, una vida y una ley nuevas, llamadas a ser vigente para todos; y, además, se ha encontrado con una oración que debe proferir toda lengua. Por tanto, todos los hombres, con Jesucristo, están llamados a aceptar la misma verdad, a gozar de la misma vida, a poner en práctica las exigencias de una única ley, la ley del amor, y a invocar al Padre con la misma oración.

Por tanto, si la humanidad ya ontológicamente desde el acto mismo de la Creación estaba unida, ahora, con la Revelación histórico-positiva en la que Dios ha hablado de una vez para siempre, ha quedado más unida todavía. ¿Por qué? Porque la Revelación de Dios Padre, a través de Jesucristo, nos ha mostrado al género humano como hambriento de una verdad, de una vida, de una ley y de una oración que el Padre, por Cristo en el Espíritu, gratuitamente ha concedido a la humanidad. Es la orientación constitutiva de toda la humanidad a Cristo, porque toda la humanidad está orientada a Jesucristo, dado que Jesucristo es el único lugar, el único tiempo y espacio del mundo en el cual el hombre y desde el cual el hombre se salva; sabiéndolo o no sabiéndolo, consciente o inconscientemente, todo hombre apunta a Jesucristo.

Esa unidad, proclamada por la Revelación cristiana, a la cual tiende todo el género humano, se vive de un modo actual, no potencial sino actual porque los cristianos estamos unidos por la participación en una misma verdad, por la participación en una misma vida que dan los sacramentos que emergen y encuentran su cima en la Eucaristía, que cumplen todos la misma ley, la ley del amor, y que oran todos en común. De esa unidad de todos los cristianos, procedente de la confesión de la misma fe, de la participación en la misma vida y de la participación en la misma ley y en la misma oración, nos dan prueba los dos textos conocidos de los *Hechos de los Apóstoles*, concernientes a la unidad. Así, en *Hechos de los Apóstoles* 2, 42-46 leemos: *Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a la oración. Se apoderó de todos el temor, pues los Apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos; tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu; partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.* Más adelante, 4, 32-34, se repite, con variantes, la misma idea: *La multitud de los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con gran poder de la Resurrección del Señor Jesús y gozaban todos de gran simpatía. No habían entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas las vendían, traían el importe de la venta y lo ponían a los pies de los Apóstoles y se repartía a cada uno, según su necesidad.*

Aquí queda condenado el caso de Caín. Porque lo grave de Caín, más grave todavía que matar a su hermano, es que el Señor le pregunte: *Caín, ¿dónde está tu hermano?* Y que responda Caín con la frase siguiente: *¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?*[5]. Pues ese sí que es tu pecado: que eres el guardián de tu hermano, y no lo has guardado. De tal forma no lo has guardado que lo has matado; porque, cuando se comienza por desentenderse de la causa del hermano, ese ya es umbral de muerte del hermano; de tal forma que matarle es consecuencia de no haberlo cuidado.

3. La comunión sacerdotal

Finalmente, en esta presentación un tanto precipitada y lacónica del tema, estaría la comunión sacerdotal.

Si os fijáis, veréis en este esquema tripartito que el hombre ya nace habiendo recibido la vocación a la unidad, porque el hombre no es creador de sí mismo, el hombre recibe su ser. Ése es el principio que la modernidad no entendió nunca, y el principio que la posmodernidad entiende menos todavía. El hombre no puede ser creador de su ser, el hombre es receptor de su ser; y la unidad forma parte del ser más hondo del hombre. La misma situación nos encontramos cristianamente hablando: los cristianos no construimos nuestra unidad, no construimos

5. Gn 4, 9.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nuestro ser, recibimos nuestro ser de la mano de Dios; y por tanto, hemos de ser lo suficientemente humildes. Lo que nos une, lo que une a los hombres, no es una determinación que el hombre se haya dado a sí mismo, lo que une a los hombres es una determinación dada a los hombres por Dios. Lo que une a los cristianos no es, siguiendo el esquema, una determinación que los cristianos se hayan dado a sí mismos, es un elemento descendente de Dios, porque quien nos une es Cristo, y Cristo es un don de Dios. Y si el ser imagen y semejanza de Dios, el haber sido llamados al orden sobrenatural en el acto mismo de la Creación y el tener a Dios por Padre, es algo dado; en el caso de la fraternidad sacerdotal, pasa exactamente lo mismo.

Lo mismo que en la fraternidad cristiana, la fraternidad sacerdotal parte y deriva de la comunión de todos en el misterio pascual del Señor, en la misma fe, en la misma verdad, en la misma ley y en la misma oración, como los cuatro grandes pilares del Cristianismo. La fraternidad sacerdotal nacerá de la común participación de todos en el sacramento del Orden, o sea, en el sacerdocio ministerial de Cristo, porque para nosotros, los sacerdotes, nuestro modo propio de ser cristianos, es el modo derivado de nuestra condición; y, ¿cuál es nuestra condición? Haber sido hechos partícipes del sacerdocio ministerial de Jesucristo. Nuestra fraternidad y nuestra comunión deriva de participar todos, si bien en grado distinto, de Jesucristo, Cabeza, Pastor, Esposo de la Iglesia. De nuestra configuración ontológica con Jesucristo, Pastor, Pontífice, Maestro, Esposo de la Iglesia, de ahí deriva nuestra comunión. Comunión que se despliega en dos sentidos. En primer lugar, de orden pastoral: todos tenemos la misma función dentro de la Iglesia, la de pastores; por tanto, todos somos pastores. Y segundo, todos tenemos una misma forma o una misma fuente de santificación.

Nuestra común participación en el sacerdocio ministerial de Cristo ha supuesto para nosotros una configuración ontológica con Jesucristo Cabeza. De tal forma que somos en la Iglesia una representación sacramental de Cristo mismo. Quienes nos ven, deben ver a Cristo Maestro, a Cristo Pastor y a Cristo ofreciéndose al Padre por nosotros y por nuestra salvación: es la dimensión estrictamente cultual o sacerdotal. Estamos todos configurados con Jesucristo Cabeza; por tanto, participamos todos de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia. Y esa común participación en el sacerdocio ministerial de Jesucristo, al mismo tiempo que nos ha unido con Jesucristo, al mismo tiempo nos ha unido entre nosotros con vínculos enormes y todos, además, estamos llamados a una misma santificación. Santificación que brota, que se desprende y que deriva de la integración en nuestras personas del sacerdocio ministerial que hemos recibido a través del sacramento del Orden. Porque todos estamos llamados a un mismo camino de santificación, porque todos tenemos la misma misión y porque ambas cosas (el camino común de santificación, en primer lugar; y en segundo lugar, la misión), derivan de una misma participación (distinta en cada caso, según los distintos Órdenes del sacramento del Orden) en la misma unción de Cristo. Lo mismo que el Padre, en el Espíritu Santo, ungió al Hijo y lo envió al mundo, para cumplir la misión de la redención y de la plenificación de los hombres; de esa unción con que el Padre ungió al Hijo en el Espíritu participamos también los sacerdotes, mediante los Obispos que suceden a los Apóstoles, porque Jesucristo confirió directamente a los Apóstoles esa unción y esa misión en el Espíritu. De ahí deriva la fraternidad.

Jesucristo está presente de un modo eminente en el Obispo. *El Obispo*, dice el Ritual de la Confirmación, *es la principal representación de Jesucristo en la Iglesia local*. Puesto que en el Obispo se da la plenitud del sacerdocio y si, como sabemos, nuestra fraternidad deriva de la común participación en el sacramento del Orden y el sacerdocio ministerial de Cristo está de un modo eminente, de un modo pleno en el Obispo, entonces nuestra fraternidad deriva de nuestra comunión con el Obispo. Comunión con el Obispo que, naturalmente, no es la comunión religiosa, sino la comunión ministerial. No estamos llamados bajo ningún aspecto, ni tenemos por qué, pues, comulgar totalmente con el Obispo si entendemos al Obispo no solamente como el ministerio episcopal, sino también como persona; la persona en la que acontece el ministerio sacerdotal. La obediencia del sacerdote al Obispo es una obediencia ministerial y sólo ministerial; por tanto, los sacerdotes no estamos obligados a ser amigos del Obispo. Otra cosa es que el Obispo deba ser, con los sacerdotes, el amigo de los amigos de Cristo, porque habéis pasado de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

siervos a amigos [6]; eso ya significa una cosa totalmente distinta. Se trata de una obediencia ministerial, de una obediencia sacerdotal.

¿Qué es lo que nos vincula con el Obispo? Entre el Obispo y el presbiterio hay un sacerdocio que es común a ambos, que es el sacerdocio ministerial; naturalmente, en plenitud en él, y en segundo grado en el presbítero. En todo lo que concierna y haga referencia al sacerdocio está claro que el presbítero debe obediencia al Obispo. Pero eso no quiere decir que el presbítero no tenga unas esferas enormes de libertad. Y eso es muy importante que lo llevemos a la oración los propios Obispos también.

Por una parte, los presbíteros tienen que saber que la comunión entre ellos debe derivar de la comunión con el Obispo; y la comunión con el Obispo se manifiesta obedeciendo ministerialmente al Obispo. Pero, si la vinculación del presbítero con el Obispo, en cuanto plena representación sacramental de Cristo Cabeza, es muy grande; al mismo tiempo, el presbítero tiene unas esferas enormes de libertad en todo lo que sea personal y particular, y que no haga referencia al ministerio.

Una de las cosas que hay que perseguir es la libertad del presbiterio. Eso es algo fundamental y primario. Nos hemos de examinar mucho los Obispos no confundiendo las cosas; y también los presbíteros deben hacerlo muy seriamente, sabiendo que la fe, que predican y anuncian, es la fe del Obispo, por quien nos unimos a Pedro; la vida sobrenatural que han de comunicar a sus hermanos es la vida que emerge de la Eucaristía y de los Sacramentos, que es la Eucaristía y los Sacramentos del Obispo, que garantiza nuestra comunión eclesial.

Resumiendo. Toda la humanidad está llamada a la comunión. El cristianismo ha recogido esa llamada de la humanidad a la comunión y le ha dado pleno cumplimiento. Y la comunión sacerdotal deriva de un aspecto de la comunión cristiana; deriva de la común participación de un grupo de personas en el sacerdocio ministerial de Jesucristo, que nos une a todos en la unción, dada por el Padre a Cristo, que nos une a todos los sacerdotes en la misión, derivada de esa unción, y que nos une a todos, porque todos entramos en el mismo camino de santificación, dado que los que han recibido el sacramento del Orden, se santifican a través de la interiorización y de la existenciación en sus vidas del sacerdocio ministerial recibido. Qué duda cabe que, entonces, nos debemos querer los sacerdotes; qué duda cabe: tenemos la misma unción, la misma misión y, además, estamos metidos dentro del camino de la misma santificación, porque todos nos santificamos a través del sacramento del Orden, de la interiorización del sacramento del Orden. Y esa caridad, esa comunión es precisamente lo que nos hace fuertes, lo que da eficacia al sacerdote. Podemos acabar con un punto de Camino, la obra más conocida San Josemaría, que concreta todo lo dicho y nos anima a examinarnos personalmente:

> «"Frater qui adjuvatur a fratre quasi civitas firma". – El hermano ayudado por el hermano es tan fuerte como una ciudad amurallada.
>
> – Piensa un rato y decídete a vivir la fraternidad que siempre te recomiendo» [7].

6. Cfr. Jn 15, 15.

7. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 460.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

9

LA FRATERNIDAD SACERDOTAL EN LA VIDA Y EN LAS PALABRAS DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVA. LA SOCIEDAD SACERDOTAL DE LA SANTA CRUZ

Don Francisco Lucas F. Mateo-Seco
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Se enuncian en el título de mi intervención dos temas amplios, conexos entre sí desde muchos puntos vista: la fraternidad sacerdotal y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Señalemos de entrada que, en la mente de San Josemaría, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz brota y es una expresión de la fraternidad sacerdotal que existe entre todos los presbíteros del mundo en razón de su pertenencia al *ordo presbyterorum*.

Tengo como trasfondo de esta afirmación la doctrina del Concilio Vaticano II, y especialmente lo que se dice en el número 8 de *Presbyterorum ordinis*, dedicado a la «unión y cooperación fraterna de los presbíteros». El número comienza poniendo como fundamento de cuanto va a decir la realidad sacramental de la fraternidad sacerdotal:

> «Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacerdotal, y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio» [1].

Tras enumerar diversas formas posibles de mutua ayuda fraterna como consecuencia de esta fraternidad sacramental, ya casi al final del número, se puntualiza:

> «Hay que tener también en mucha estima y favorecer diligentemente las asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesiástica, por una ordenación apta y convenientemente aprobada de la vida y por la ayuda fraterna, pretenden servir a todo el orden de los presbíteros» [2].

La frase con que se describe a las asociaciones sacerdotales establece el eje sobre el que giran las asociaciones sacerdotales en la perspectiva del Decreto: estas asociaciones tienen sentido en la medida en que

---

1. CONC. VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 8.
2. *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

proceden de la fraternidad sacerdotal, sirven a la caridad fraterna de sus socios y se empeñan operativamente en servir a la universalidad de los presbíteros.

Al tratar de la fraternidad sacerdotal y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz en relación con el pensamiento de San Josemaría, me parece que no violento su pensamiento, si tomo como punto de partida esta proposición: para San Josemaría, en el tema que vamos a tratar, la prioridad la tiene la fraternidad sacerdotal, comenzando, como es lógico, por la fraternidad sacramental; la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz es una de las manifestaciones de esa fraternidad [3].

Vengamos primero a la descripción de las peculiares resonancias que la fraternidad sacerdotal encuentra en el pensamiento y en el corazón de San Josemaría, para pasar después a hablar de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

La figura sacerdotal de San Josemaría

Cuanto voy a decir tiene como marco al que hay que remitirse la figura sacerdotal de San Josemaría, a cómo él vivió apasionadamente su sacerdocio, a cómo vivió cálidamente la fraternidad sacerdotal. Hablando de sacerdote a hermanos suyos sacerdotes, permítaseme aducir un

3. Sobre este asunto existe ya una abundante bibliografía específica. Cfr. MONS. A. DEL PORTILLO, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, en L.F. MATEO-SECO (ed.), *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona 1990, pp. 979-1000; MONS. J. ECHEVARRÍA, *La fraternidad sacerdotal en el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Palabra 239 (junio 1985) 274-279; Idem, *Qué es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, Palabra 337 (marzo 1993) 173-178; Idem, *Maestro, Sacerdote, Padre. Perfil humano y sobrenatural del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica» 34 (2002) 573-597; LUCAS F. MATEO-SECO, *En las Bodas de Oro de la Sociedad Sacerdotal*, «Romana» 8 (1993) 119-135; Idem, *Temas teológicos en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá sobre el sacerdocio ministerial*, «Scripta Theologica» 34 (2002) 169-194; L.F. MATEO-SECO, R. RODRÍGUEZ OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Pamplona 1994. Sobre J. Escrivá de Balaguer se han publicado, además, cuatro Boletines bibliográficos. En ellos se encuentra una bibliografía completa sobre estos temas. Cfr. L.F. MATEO-SECO, *Obras de Mons. Escrivá de Balaguer y estudios sobre el Opus Dei*, «Scripta Theologica» 13 (1881) 727-812; J.L. HERVÁS, *La beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes bibliográficos*, *ibid.*, 27 (1995) 189-217; J. ORLANDIS, *Biografías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Reseña de las publicadas entre los años 1976 y 1995*, en *Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer*, 6 (1997) 73-82; F. REQUENA, *Cinco años de bibliografía sobre el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1995-2000). Un nuevo boletín bibliográfico*, «Scripta Theologica» 34 (2002) 195-226.

testimonio personal: fue la figura sacerdotal de San Josemaría la que por sí misma atrajo a tantos sacerdotes diocesanos que allá por los años cincuenta y sesenta pedimos la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Quien haya vivido aquellos tiempos recordarán bien lo que voy a decir. Los Seminarios españoles y la Universidades Pontificias estaban llenas de una ilusionada juventud seminarística. Había una gran pasión por la Teología y, sobre todo, por estrenar un sacerdocio que queríamos vivir en forma secular, codo con codo con los hombres de nuestro tiempo. Nos dolía enormemente que se minusvalorase la belleza del servicio sacerdotal en la humildad –y en la grandeza– de las tareas parroquiales y diocesanas, es decir, ejercido en medio de las realidades seculares. Por otra parte, junto con el aprecio por las tareas seculares, aquella generación –hablo de mis compañeros de Salamanca– sentía una gran extrañeza por una falta de perspectiva en su formación: casi todos habíamos entrado en el Seminario menor y, como «teníamos vocación», desde los primeros años de nuestros estudios, para animarnos a la lucha ascética, toda la argumentación se había basado en las «exigencias sacerdotales», sin tener presente la dimensión bautismal de la vida cristiana, también de la vida sacerdotal.

De San Josemaría nos atraía su aprecio por la vocación cristiana, su amor a las tareas seculares, su firme convicción de que la santidad –una santidad heroica– estaba al alcance del hombre de la calle; nos atraía también su «orgullo» de ser sacerdote, su recia personalidad, sin complejos ni zarandajas, la forma abierta con que quería a todos y, en nuestro caso, a los sacerdotes.

Debo concluir este testimonio, añadiendo que esta confianza que pusimos en él en aquellos años en que estábamos ya en preparación inmediata para el sacerdocio, no la vi nunca defraudada. Tuve después bastantes ocasiones de estar con San Josemaría y de hablar con él de «sacerdote a sacerdote». No hacía falta decir mucho: uno siempre se sentía no sólo acogido y querido lealmente, sino que se sentía también «entendido», con esa especial agudeza y comprensión que brota de la fraternidad. Él entendía lo que había en nuestros corazones sacerdotales, porque tenía un gran corazón sacerdotal.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Unidad del sacerdocio y fraternidad sacerdotal

Amar el propio sacerdocio y ser sensible a la fraternidad sacerdotal son, de hecho, dos caras de la misma moneda. La inseparabilidad de este binomio es tan fuerte en la vida interior de San Josemaría, que la importancia que da a la fraternidad sacerdotal en su vida de sacerdote constituye un rasgo destacado de su fisonomía espiritual. He aquí cómo describe este asunto Mons. Javier Echevarría:

> «*Trabajad unos junto a otros, luchad unidos, corred todos a una, sufrid, dormid, despertad todos a la vez, como administradores de Dios, como sus asistentes y servidores*. Esta exhortación de San Ignacio de Antioquía, se presta muy bien para poner de manifiesto un rasgo destacado de la fisonomía espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer: el empeño continuado y creciente con que, desde los primeros años de sacerdocio, se esforzó por vivir y hacer vivir en profundidad el sentido de la fraternidad sacerdotal. *Ésta es nuestra gran tarea*, repetía a los sacerdotes que acudían a escucharle: *amar a nuestros hermanos sacerdotes. Hemos de sentir la satisfacción de ser servidores de todas las almas, pero en primer lugar de los sacerdotes, nuestros hermanos*» [4].

Amor concretado en servicio. El profundo sentido pastoral de San Josemaría hace que, en su vida y en su predicación, el cuidado por vivir la fraternidad sacerdotal descienda inmediatamente a los detalles prácticos, sobre todo, a aquellos que conciernen a la ayuda mutua. Prosigo citando a Mons. Javier Echevarría, testigo excepcional de la vida de San Josemaría:

> «No se quedaba su afán en un simple sentimiento o en actitudes convencionales. Era poco amigo de las apariencias; le gustaba hablar más con los hechos y se esforzaba por transformar en realidades las exigencias que Dios ponía en su alma. Por eso, entenderá siempre que la unión entre los sacerdotes debe manifestarse en una ayuda mutua para cumplir mejor, con mayor eficacia, las obligaciones del ministerio recibido; una ayuda llena de cariño sobrenatural y humano, para que ninguno se sienta sólo en la tarea que le ha sido encomendada y en la lucha por alcanzar la santidad» [5].

4. MONS. J. ECHEVARRÍA, *La fraternidad sacerdotal*..., cit. La cita interna de San Ignacio de Antioquía es de la *Carta a Policarpo*, 6.

5. MONS. J. ECHEVARRÍA, *La fraternidad sacerdotal*..., cit.

Se trata de una atención a los detalles prácticos de fuerte dimensión teológica, pues sus motivos están enraizados en el ámbito sacramental. San Josemaría tiene muy presente el hecho de que las manifestaciones de cariño fraterno entre los sacerdotes brotan de la fraternidad con que los liga a causa de la consagración que les identifica con Cristo Cabeza y la misión que deriva de esta consagración. Dicho de otra forma, la unión de afecto e intenciones que debe existir entre los sacerdotes, brota, por así decirlo, de una doble unidad fundamental: la unidad de configuración ontológica con Cristo y la unidad de misión [6].

Esta unidad de misión está en la base de lo que podríamos llamar su amor preferencial por el clero secular. He aquí como lo describe Mons. Javier Echevarría:

> «Amaba mucho a los religiosos y fue también grande –se alegraba su corazón al recordarlo– el número de cursos de retiro que impartió a comunidades de toda España. No obstante, se sentía inclinado especialmente al servicio del clero secular: *yo tengo vuestra misma vocación. Nunca he tenido otra. Por eso, no ofendo a los religiosos –a quienes tanto quiero– si a vosotros os amo de manera muy particular. Es una obligación especial de fraternidad*» [7].

En San Josemaría, ese amor al clero secular se manifiesta en que, desde joven, predica muchos cursos de retiro a sacerdotes y seminaristas y gasta su tiempo, sin prisas, atendiendo a sacerdotes. Recuerdo el día siguiente en que defendí mi tesis doctoral en Roma. Un compañero mío, es decir un eclesiástico tan raso como yo, deseaba charlar sin prisas con él. San Josemaría le dedicó toda la mañana. Esa misma tarde nos volvimos los dos en tren a España en uno de esos viajes de entonces: larguísimos y deliciosos, sobre todo, porque siempre había cosas de que charlar. Mi amigo me habló de que San Josemaría le había atendido con una atención total, como si no tuviese otra cosa que hacer.

6. «A los sacerdotes les une, en Cristo, la común ordenación, por la que cada uno es configurado con Jesucristo Sacerdote, de modo que pueda actuar *in persona Christi Capitis*. Y, radicada en esa común condición ontológica, les une también la común misión recibida para la edificación del Cuerpo de Cristo (...). Esta unidad entre los sacerdotes, como afirma Juan Pablo II, *no es una unidad o fraternidad que sea fin en sí misma. Es por amor al Evangelio, para simbolizar, en la actuación del sacerdocio, la dirección esencial a la que el Evangelio llama a todos: la unión de amor con Él y con los demás*» (MONS. J. ECHEVARRÍA, *La fraternidad sacerdotal*... cit.)

7. MONS. J. ECHEVARRÍA, *La fraternidad sacerdotal*, cit.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Razones de una narración

Como ustedes saben, he sido invitado a hablar aquí de este tema, porque en las Bodas de Oro de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz escribí un libro titulado *Sacerdotes en el Opus Dei*. Escribí ese libro de un tirón, en poco más de un mes, con la sinceridad de quien quiere ofrecer sin retóricas ni exégesis lo que constituye una parte inseparable de su vida. Lo escribí, además, pensando directamente en los sacerdotes de mi diócesis a los que quería entregar mi modesta verdad, la razón de fondo de opciones y fidelidades.

Ya sabía yo que mis compañeros tienen mucho que hacer, que iban a leer lo que escribiese para descansar un poco y, como me conocen bien, sin permitirme deambular por grandes argumentos especulativos. ¡Faltaría más! Así que decidí contarles lo que es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz narrando los principales hitos de su itinerario fundacional, pues es en la historia donde se va desplegando el ser de las cosas. Esto es lo que me dispongo a hacer brevemente ante ustedes en estos momentos, remitiendo a quien desee información más amplia al libro que escribí y, sobre todo, a la bibliografía contenida en él y a la publicada en *Scripta Theologica*, que está relativamente al alcance de todos. No daré una clase teórica; sencillamente narraré, comentándola, una historia.

Y aquí nuevamente deseo comenzar con otra proposición como punto de partida. En la fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, sobre todo, en los acontecimientos de 1950 en los que me detendré dentro de unos momentos, se manifiesta con nitidez la forma heroica con que San Josemaría vivió personalmente la fraternidad sacerdotal. Dicho de otro modo, la fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y los desvelos que le dedicó a lo largo de su vida son la manifestación más clara de la total entrega con que vivió la fraternidad sacerdotal. Como verán ustedes especialmente al hablar de los acontecimientos de 1950, en esta proposición que acabo de formular no exagero nada.

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz

En una soleada mañana de octubre de 1967, San Josemaría pronunció una homilía de singular densidad teológica en el *campus* de la Universidad de Navarra ante una gran muchedumbre. La homilía lleva el

significativo título de *Amar al mundo apasionadamente*, y en ella se encuentra esta extensa descripción de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei:

> «Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo. Quienes han seguido a Jesucristo –conmigo, pobre pecador– son: un pequeño tanto por ciento de sacerdotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo –que así confirman su obediencia a sus respectivos Obispos y su amor y la eficacia de su trabajo diocesano–, siempre con los brazos abiertos en cruz para que todas las almas quepan en sus corazones, y que están como yo en medio de la calle, en el mundo, y lo aman; y la gran muchedumbre formada por hombres y mujeres –de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas– que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad –repito–, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares» [8].

Toda la homilía es un canto de amor al mundo como ámbito de santificación, y en ella se hace patente que la existencia secular cristiana (es decir, la existencia secular vivida con autenticidad por un cristiano) forma parte integrante de su vocación divina y es, a su vez, realizadora del Reino de Dios en la medida en que la Iglesia puede anticiparlo. En este contexto de admiración ante la realidad sobrenatural que reverbera en las situaciones más vulgares de lo cotidiano, se enmarca esta descripción de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei que acabo de citar.

Se destaca en ella, antes que nada, la unidad de vocación y de espíritu de cuantos pertenecen a la Prelatura del Opus Dei y a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Todos –sea cual sea su situación y estado– siguen a Jesucristo en unión con un sacerdote secular que *ama apasionadamente al mundo*, y todos se esfuerzan, con sentido vocacional, por encontrar

8. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1986 [15], n. 119.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a Jesucristo precisamente *en* y *a través* de las circunstancias ordinarias de su vida en medio del mundo, *sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas.*

Unidad de vocación y de espíritu

En el texto que hemos citado, San Josemaría describe el Opus Dei en todo su conjunto, pues está recalcando la unidad de vocación y de espíritu. Por esta razón, las situaciones personales que contempla son muy diversas, tan diversas como la gran variedad de situaciones que se dan en la existencia secular cristiana. Al mismo tiempo, afirma que quienes pertenecen a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y a la Prelatura del Opus Dei poseen la misma vocación y viven esta ingente variedad de situaciones y de tareas unidos en el mismo espíritu. Tan fuerte es esta unidad de espíritu que el Fundador del Opus Dei gustaba subrayarla hablando de una sola clase de miembros y, en lenguaje familiar, «de un solo puchero».

Era una forma gráfica de mostrar la armónica conjunción que existe en la Obra entre sacerdotes y laicos. En la Obra, es idéntica la santidad exigida a todos. Todos han de tener el mismo espíritu y han de practicar las mismas virtudes; cada uno, sin salirse de su sitio.

La fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz

Desde la fundación del Opus Dei el 2 de octubre de 1928, San Josemaría había visto con claridad que la realización de la Obra implicaba la cooperación orgánica entre sacerdotes y seglares; también desde el principio cuidó de ser ayudado en su tarea por otros sacerdotes, que llegaron incluso a vincularse de algún modo a la labor[9]. Muy pronto se hizo patente, sin embargo, que quienes a lo largo de los siglos habrían de contribuir adecuadamente al desarrollo de la labor apostólica del Opus Dei deberían ser sacerdotes que tuvieran el mismo espíritu de la Obra y supieran transmitirlo a los hombres y mujeres para cuya atención sacerdotal serían ordenados. Habían de ser –escribió Mons. de Balaguer en 1944– sacerdotes «que conocieran bien nuestra ascética peculiar y el modo apostólico de trabajar, que nos son propios; que amaran entrañablemente el carácter laical de vuestra vocación y de vuestra labor con las almas (...), que se hubieran alimentado del espíritu que Dios nos ha dado, que hubieran crecido en la Obra»[10].

9. Cfr. A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989, pp. 115-116.

Aunque estaba claro que quienes se dedicasen a la atención sacerdotal del Opus Dei debían proceder de los fieles laicos de la Obra, San Josemaría no encontraba la fórmula jurídica que permitiese la ordenación sacerdotal de estos fieles de la Obra y su vinculación al Opus Dei en cuanto sacerdotes. Debía ser, en efecto, una vinculación apropiada al carácter secular tanto de la Obra como de estos sacerdotes. Las soluciones jurídicas que por entonces se sugirieron a San Josemaría, incluso la que le propuso el Obispo de Madrid –que la ordenación fuese a título de patrimonio–, no le parecieron satisfactorias. La razón era obvia: San Josemaría, magnífico jurista, conocía bien la importancia que tiene el hecho de que la norma no fuerce ni lastime el carisma, pues si la norma no se adecua perfectamente al carisma termina por deformarlo. Ahora bien, quienes se ordenaban para servir sacerdotalmente en el Opus Dei se convertían lisa y llanamente en sacerdotes seculares, luego la forma de incardinación debía ser lisa y llanamente secular, sin nada de privilegio ni nada «especial».

Fue el 14 de febrero de 1943, cuando el Fundador del Opus Dei, «gracias a una particular luz de Dios», como ha escrito Mons. Javier Echevarría[11], vio la solución a esta necesidad. Esta solución era la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Algunos laicos del Opus Dei podrían ser ordenados sacerdotes, incardinándose en ella, para ejercer su ministerio lisa y llanamente secular al servicio de todos los hombres, pero principalmente, como es lógico, al servicio de los fieles del Opus Dei y de sus iniciativas apostólicas. Esta solución tenía además la ven-

10. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, 14-II-1944, n 10, cit. en A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, cit., p. 116.

11. MONS. J. ECHEVARRÍA, *Qué es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, (Entrevista concedida a J. Molinero), Palabra 337 (marzo de 1993) 29.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

taja de que de este modo, «se evitaba *sustraer* sacerdotes diocesanos para las labores del Opus Dei» [12].

El 14 de febrero de 1943 se hizo la luz definitiva en el alma de San Josemaría durante la celebración de la Santa Misa. En forma análoga a como había sucedido el 2 de octubre de 1928 en el momento de la fundación del Opus Dei, Dios marcó también ahora el camino al Fundador del Opus Dei. Con la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, la visión del Opus Dei que había recibido San Josemaría como tarea apostólica de ámbito universal, que reclama seglares y sacerdotes en orgánica cooperación, adquirió un nuevo crecimiento [13].

Los primeros sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, nació, pues, como parte integrante del Opus Dei. El día 11 de octubre de 1943, recibió el *nihil obstat* de la Santa Sede para su erección diocesana. El 8 de diciembre, el Obispo de Madrid firmó el correspondiente decreto de erección. Como era natural, San Josemaría fue el primero que se incorporó a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Según lo dispuesto por la Santa Sede al conceder el *nihil obstat*, el Presidente General debía hacer su incorporación a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz ante el Obispo de Madrid o un delegado suyo. Y así sucedió efectivamente. Pocos días después de la erección de la Sociedad Sacerdotal, estando San Josemaría con Mons. Eijo y Garay, éste le recordó que aún no había hecho la mencionada incorporación. Entonces –escribe San Josemaría– «me puse de rodillas y recité, de memoria y a trompicones por la emoción, las palabras que tenemos para la Fidelidad en nuestro *Ceremonial*, en las que no se habla de votos, ni de promesas, ni de ninguna cosa semejante» [14].

Muy pronto se le comenzaron a unir los primeros fieles de la Obra ordenados sacerdotes. En efecto, el 25 de junio de 1944 tuvo lugar en la capilla del palacio episcopal de Madrid la ordenación sacerdotal de los tres

12. *Ibid.*

13. A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, cit., pp. 118-119.

14. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, 29-XII-1947/14-II-1966, n. 87, cit., en A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ, IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, cit., p. 126.

primeros: don Álvaro del Portillo, don José María Hernández de Garnica y don José Luis Múzquiz. Los tres eran ingenieros, que desde hacía años pertenecían al Opus Dei, y que se habían preparado convenientemente para recibir el sacerdocio. Al caer la tarde de aquel 25 de junio, San Josemaría, en el oratorio, dirigiendo la oración, insistió en los temas de siempre: oración, mortificación y trabajo. Es lo mismo que les había dicho tantas veces cuando eran laicos: en el desempeño de su ministerio sacerdotal, han de seguir viviendo la entrega a Dios que ya venían viviendo en el Opus Dei con la misma «alma sacerdotal» y la misma «mentalidad laical». Con estas palabras, San Josemaría subrayaba una vez más la unidad de espíritu existente en la Obra entre sacerdotes y laicos.

Comenzaba así una nueva etapa en la historia de la Obra: sacerdotes provenientes de los laicos del Opus Dei, con el mismo espíritu vivido desde años antes, tendrían como encargo pastoral la atención sacerdotal de los otros fieles de la Obra y de sus labores apostólicas. Unidad de espíritu con los laicos y tareas específicas: las que dimanaban de su ministerio sacerdotal. Asumían también, como es lógico, las nobles renuncias que comporta el estado sacerdotal y que exige el ministerio [15].

Estos sacerdotes se ordenan para la atención pastoral del Opus Dei. Se trata de un servicio preferente, es decir, un servicio realizado sin perder nunca de vista que a través de él sirven a la Iglesia, para la que en última

15. Los que se ordenan sacerdotes reciben para ello una nueva llamada: la vocación al sacerdocio. Esta vocación no puede considerarse como una coronación de la vocación al Opus Dei, como si –de no recibirla– la vocación a la Obra no se hubiese recibido en toda su plenitud. «Hijos míos, recibís el sacerdocio –decía Mons. del Portillo en la homilía de una ordenación sacerdotal–, porque el Señor os ha buscado (...). Esta nueva llamada de Dios viene a añadirse a aquella otra también divina, que recibísteis como miembros del Opus Dei. Pero, como explicaba claramente nuestro Padre, *llegar al sacerdocio no supone (...) un coronamiento de la vocación al Opus Dei. La santidad no depende del estado –soltero, casado, viudo, sacerdote–, sino de la personal correspondencia a la gracia*. Ningún cristiano está excluido de la vocación universal a la santidad. A vosotros, hasta ahora, Dios os invitaba a santificaros y a ayudar a otras personas a santificarse en las incidencias de la vida ordinaria, en el trabajo profesional propio de cada uno. En adelante, esa misma urgencia de tender a la santidad resonará para vosotros con acentos nuevos: debéis buscar la intimidad con Dios en el ejercicio del ministerio sacerdotal, que va a ser –por decirlo de algún modo– vuestro *nuevo trabajo profesional*: predicar la palabra de Dios y administrar los sacramentos, especialmente la Sagrada Eucaristía y el perdón de los pecados en la Penitencia» (MONS. A. DEL PORTILLO, *Homilía*, Torreciudad, 1-IX-1991). Las citas de J. Escrivá de Balaguer son de la Homilía que éste pronunció el 13-IV-1973, titulada *Sacerdote para la eternidad*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

instancia han sido ordenados. Resulta entrañable recordar la forma en que San Josemaría describió los rasgos de este servicio sacerdotal al Opus Dei:

> «En el Opus Dei todos somos iguales. Sólo hay una diferencia práctica: los sacerdotes tienen más obligación que los demás de *poner su corazón en el suelo como una alfombra, para que sus hermanos pisen blando*. Los sacerdotes han de ser firmes, apacibles, cariñosos, alegres; servidores especiales –siempre con sosiego y alegría– de los hijos de Dios en su Obra, de tal modo que, como Pablo, puedan decir con sus obras a sus hermanos: *ego... vinctus Christo Iesu pro vobis (Ephes III, 1); estoy como en cadenas, preso por el amor de Jesucristo... y por el cariño que os tengo*» [16].

Y un poco más adelante:

> «Hijos míos sacerdotes, estad siempre dispuestos a servir con espíritu deportivo, con vuestra alma sacerdotal y con vuestra mentalidad laical. Habéis de ser alegres, doctos, sacrificados, santos, olvidados de vosotros mismos: en nuestra tarea nadie tiene tiempo para pensar en sí mismo, para andar con preocupaciones personales: hemos de ocuparnos solamente de la gloria de Dios y del bien de las almas» [17].

Dentro de la Obra, subrayaba insistentemente San Josemaría, a los sacerdotes compete de modo especial ser «espléndidos instrumentos de unidad». Se suele poner de relieve que el sacerdote es, en cierto sentido, constructor de la Iglesia; él ha de ser particularmente el hombre de la *communio* y de la unidad [18]. Así es también en la Obra.

Sacerdotes de todo el mundo

San Josemaría siempre había sentido un profundo aprecio por todos los sacerdotes, especialmente por los sacerdotes seculares, a los que por su condición de sacerdote diocesano se sentía totalmente cercano. Los años pasados en los seminario de Logroño y de Zaragoza y, más tarde, sus diversos trabajos pastorales como sacerdote de las diócesis de Zaragoza y de

16. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta,* 8-VIII-1956, n. 7, citado en L.F. MATEO-SECO, R. RODRÍGUEZ OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, p. 38.

17. *Ibid.*, n. 8.

18. Como escribía el entonces Cardenal Wojtyla, el sacerdote «no es solamente el hombre *para los otros*, sino que ayuda *a los otros* a convertirse en comunidad, vivir la dimensión social de su fe y de su cristianismo» (K. Wojtyla, *La sainteté sacerdotale comme carte d'identité*, «Seminarium» 30 [1978] 177).

Madrid, habían dejado una profunda huella en su alma. A este aprecio hacia todos los sacerdotes –en muchos casos se trataba de profunda y cálida amistad– se unía una honda comprensión de los problemas y dificultades inherentes a la vida y al ministerio del sacerdote secular. Los numerosos ejercicios espirituales que predicó en diversas diócesis y la amplia labor de dirección espiritual con sacerdotes diocesanos no hicieron otra cosa que ampliar este conocimiento y aumentar sus deseos de ayudarles [19].

Mons. Cantero, que trató asiduamente a Escrivá de Balaguer desde los primeros años de la fundación del Opus Dei, recuerda con viveza esta faceta de su vida: «Para él, ayudar a los sacerdotes era trabajar la parcela más importante y delicada de la Iglesia: era como trabajar en el mismo corazón del ministerio pastoral. Era consciente de la trascendencia y repercusión que podía tener el hecho de que un sacerdote se decidiera a tomar con resolución su camino de santidad y a ofrecerse en un generoso holocausto. (...) A partir de 1940, se prodigó dirigiendo Ejercicios espirituales a sacerdotes o religiosos. Nunca hizo estadísticas, pero, a juzgar por lo que yo podía ver, eran cientos los sacerdotes que trataban a Josemaría cada año: era un servicio que le pedían los Obispos o los Superiores religiosos y que él aceptaba gustoso» [20].

Entre 1948 y 1949, esos sentimientos de los que venimos hablando se hacen más intensos en San Josemaría, que advierte con total claridad que Dios le pide que haga llegar el espíritu del Opus Dei hasta los sacerdotes seculares. Hay de fondo una evidente razón teológica: el espíritu del Opus Dei es tan «connatural» con las exigencias del sacerdocio ministerial del sacerdote diocesano como lo es con las del sacerdocio común de los fieles y con las del sacerdocio ministerial de quienes han

19. Así p. ej., entre junio de 1939 y finales de 1942, predicó veinte tandas de ejercicios espirituales para seminaristas y clero secular de Madrid, Valencia, Ávila, Pamplona, Vitoria, Logroño, Lérida, Segovia. A estas tandas hay que añadir las que predicó a comunidades de religiosos: Jerónimos del Parral, Agustinos de El Escorial, Escolapios del Colegio de San José de Calasanz de Madrid, etc. Cfr. A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, cit., p. 229, n. 97.

20. Relación de Mons. Pedro Cantero Cuadrado, fechada el 12-IX-1976, y publicada entre los testimonios sobre el Fundador del Opus Dei. Cfr. MONS. P. CANTERO CUADRADO, *Josemaría Escrivá de Balaguer: un hombre de Dios*, Palabra, Madrid 1991, 50-51. Mons. Cantero fue Obispo de Barbastro y de Huelva, entre 1951 y 1964. Después Arzobispo de Zaragoza hasta 1977.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sido ordenados al servicio de la Obra. Éstos, en efecto, también son sacerdotes seculares que, desde este punto de vista, en nada se diferencian de los demás sacerdotes [21].

San Josemaría llegó a la convicción de que el espíritu del Opus Dei, por su íntima naturaleza –que lleva a cada uno a santificarse en medio del mundo, precisamente a través de las ocupaciones ordinarias– constituye también para los sacerdotes seculares una luz y un impulso inapreciables para que vivan con mayor entrega su vocación en medio del mundo, es decir, para que busquen la santidad *en* y *a través* del desempeño de las tareas pastorales que comporta el ministerio sacerdotal, sin menguar ni cambiar en nada su vinculación al Obispo, ni su unidad con los demás sacerdotes de la diócesis, antes bien, reafirmándolas.

Recuerda Mons. del Portillo, que San Josemaría veía a los sacerdotes como columnas indispensables de la Iglesia, en su fecundo ministerio como cooperadores de los Obispos, soñaba con que hubiese muchos sacerdotes que, en unión plena con el propio Ordinario, en fraterna comunión con los demás sacerdotes y en el fidelísimo cumplimiento de sus propios deberes, encarnasen el espíritu del Opus Dei y contribuyesen a difundirlo por todo el mundo [22].

21. Se trata de una de esas personalísimas expresiones, densas y expresivas, que se encuentran con frecuencia en San Josemaría. Con la expresión *alma sacerdotal*, quiere significar, entre otras cosas, que todos han de sentir la misma profunda veneración por el sacerdocio y el mismo deseo de identificarse con Cristo; que, debido a esta identificación con Cristo, todos han de vivir la propia existencia con sentido sacerdotal, es decir, con sentido corredentor y santificador y que todos, teniendo como centro y raíz de su vida interior la Santa Misa, han de encaminar a Dios toda su actividad convertida en ofrenda sacerdotal al Creador: su actividad... y ellos mismos. No se trata sólo de ofrecer las actividades y las cosas, sino ante todo de ofrecerse a sí mismos como ofrenda grata a Dios. San Josemaría llamaba a esto «ser sacerdotes de la propia existencia». Con la expresión «mentalidad laical» se significa que todos –tanto los sacerdotes como los laicos–, han de amar el mundo con *mentalidad laical*, es decir, han de amarlo sabiendo respetar su íntima naturaleza tal y como ha sido querida por Dios y sabiendo apreciar también en todo su valor sobrenatural todas las actividades humanas nobles, considerándolas como medio de santidad y de apostolado. Sabiendo respetar y amar la libertad de los hombres. La expresión «mentalidad laical» sirve para situar en su justa perspectiva la expresión «alma sacerdotal» y, sobre todo, sirve para realzar la importancia de la realidad teológica contenida en los quehaceres ordinarios en la vida del cristiano.

22. He aquí cómo se describe esta realidad en el *Itinerario jurídico del Opus Dei*: «Mons. Escrivá de Balaguer escribía que, así como los sacerdotes Numerarios reciben la ordenación para "trabajar en los apostolados específicos de la Obra", los sacerdotes Agregados y Supernumerarios "tienen como fin el de santificarse en su propio ministerio en la diócesis respectiva, y la Obra les proporciona la ayuda espiritual oportuna". Y añadía: "Características muy peculiares del espíritu nuestro son la unión de estos hijos míos sacerdotes con su propio obispo, al que venerarán siempre, sin criticarle jamás; su amor a la diócesis, al Seminario y a las obras diocesanas; y su fidelidad en el ejercicio del cargo que desempeñen". Son –y resulta lógico que así sea– los mismos puntos que subrayan los textos de las *Constituciones*» (A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, cit., pp. 290-291. Las citas internas son de SAN JOSEMARÍA, Carta 24-XII-1951).

Con pocas pinceladas se describen aquí los rasgos esenciales que caracterizan la vocación de estos sacerdotes y diáconos a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz: empeño por cumplir los propios deberes con amor a la propia condición secular y en comunión plena con el Ordinario y con los demás sacerdotes; propósito de encarnar el espíritu del Opus Dei y contribuir a difundirlo en todo el mundo. Son estas disposiciones de espíritu –consciente y profundamente vividas– las que manifiestan que existe esa vocación a la Sociedad Sacerdotal de que se habla en el *Codex juris particularis* y que es imprescindible para pertenecer a ella [23].

Los acontecimientos de 1950

Al principio, San Josemaría no encontraba la forma práctica de acercar el Opus Dei a los sacerdotes diocesanos. Después de considerar la cuestión detenidamente, de meditar y rezar, llegó a la conclusión de que era necesario emprender una nueva fundación, aunque esto le exigiera abandonar el Opus Dei. Así lo comunicó a algunas personalidades de la Curia Romana, al Consejo General del Opus Dei [24] y a sus hermanos Carmen y Santiago [25]. Para San Josemaría, el momento debió ser muy doloroso, pues de una forma u otra se trataba de dejar la Obra; también

23. «Socii Aggregati ac Supernumerarii Societatis Sacerdotalis Sanctae Crucis, qui quidem membra non efficiuntur Praelaturae, sed ad suum cujusque presbyterium pertinent, sunt sacerdotes vel saltem diaconi alcui dioecesi incardinati, qui Domino in Societate Sacerdotali Sanctae Crucis juxta spiritum Operis Dei, *peculiari supperaddita vocatione*, sese dicare volunt...» (*Codex juris particularis Operis Dei*, n. 58, § 1).

24. «Imagino el profundo dolor que les produciría –escribe Mons. Javier Echevarría–, aunque comprendían la necesidad apostólica de esa nueva fundación; pero, ante todo, impresiona el heroísmo con que Mons. Escrivá de Balaguer estuvo siempre dispuesto a responder a lo que el Señor le pidiera, e incluso, si se diera el caso, a abandonar lo que, secundando fielmente la Voluntad divina, había nacido en sus manos con tanta oración y tanto sacrificio» (J. ECHEVARRÍA, *La fraternidad sacerdotal en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer*, Palabra 239 (VI-1985) 25).

25. A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ-IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, cit., pp. 229-230.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

debió ser muy firme en él la convicción de que Dios quería que el espíritu del Opus Dei pudiese ser vivido plenamente por los demás sacerdotes seculares. Para tomar esta decisión de generosidad heroica había también otra razón de fondo, que deseo destacar en este momento: San Josemaría quería que los sacerdotes diocesanos que se uniesen a la Obra no modificasen en nada –absolutamente en nada– su condición diocesana. Era necesario encontrar una fórmula jurídica que se adecuase perfectamente al hecho de que estos sacerdotes, al adscribirse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no modifican en nada ni la relación con su propio Obispo, ni su condición diocesana.

En 1950, Dios hizo ver a San Josemaría que esa nueva fundación era innecesaria. Así lo cuenta por extenso en una *Carta* de 1951. Tras aludir a los hechos relatados, prosigue: «Pero Dios no lo quiso así, y me libró, con su mano misericordiosa –cariñosa– de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei. Había enterado oficiosamente de mi intención a la Santa Sede (...) pero vi después con claridad que sobraba esa fundación nueva, esa nueva asociación, puesto que los sacerdotes diocesanos cabían perfectamente en la Obra» [26].

El adverbio *perfectamente* está utilizado aquí con todo rigor. Y puede considerarse desde dos perspectivas: desde la del sacerdote secular, y desde la del Opus Dei. Ni el sacerdote secular, al adscribirse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, cambia, aminora o acomoda en algo su condición dentro de la Iglesia, ni a su vez el espíritu del Opus Dei recibe un aminoramiento o una «acomodación» para que pueda ser vivido por el sacerdote secular. La razón es obvia: quienes pertenecen al Opus Dei han buscar la santificación en su condición secular, santificando el propio trabajo, esforzándose por realizarlo de la mejor forma posible, objetiva y subjetivamente, sin salirse de su sitio. En consecuencia, los sacerdotes que se sientan llamados a vivir ese mismo espíritu lo harán sin cambiar en nada su condición de sacerdotes seculares, sin disminuir sus obligaciones de miembros del presbiterio de una diócesis. Antes bien, han de buscar la santidad *en* y *a través del* ejercicio de su

26. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, 24-XII-1951, n 3, cit., en L.F. MATEO-SECO, R. RODRÍGUEZ OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, cit., pp. 50-51.

ministerio pastoral, realizándolo con dedicación plena y en comunión –afectiva y efectiva– con el propio Ordinario [27].

Dios bendijo la generosidad de San Josemaría con abundantes vocaciones surgidas entre estos sacerdotes. He aquí cómo Mons. Cantero Cuadrado, resume su larga experiencia episcopal que le permitió conocer ya floreciente la labor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz:

> «Considero verdaderamente como una providencia de Dios Nuestro Señor para con su Iglesia el que Josemaría, en el principio de los años cincuenta, viese la fórmula jurídica que permitía admitir a sacerdotes diocesanos, sin perder, no sólo su secularidad, sino ninguna de sus condiciones de sacerdotes diocesanos, en el Opus Dei. No hay duda de que la llamada universal a la santidad en el propio estado, sin sacar a nadie de su sitio, tal como la entiende el espíritu del Opus Dei, se ha mostrado de una fecundidad extraordinaria en el caso de los sacerdotes diocesanos. Ese espíritu permite que la Obra pueda promover eficazmente –proporcionando los medios adecuados a lo largo de toda la vida– la santificación de los sacerdotes, que no abandonan, antes al contrario, fortalecen su condición diocesana: la unión con el resto del clero de la diócesis y la obediencia plena al propio Obispo» [28].

Los testimonios de episcopales sobre este asunto son muy numerosos. Muchos de ellos manifiestan su agradecimiento por la ayuda que esta labor ha supuesto para su diócesis [29].

El 2 de junio de 1950, en un escrito dirigido a la Santa Sede, San Josemaría plantea, entre otras cosas, la posibilidad de admitir sacerdotes diocesanos en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, proponiendo, además, añadir a este fin unos números al proyecto de *Constituciones* que se habían

27. A la hora de hablar de espiritualidad sacerdotal, es de suma importancia entender en toda su hondura y radicalidad la relación existente entre la espiritualidad y la propia condición eclesial. En efecto, «la espiritualidad no puede ser nunca entendida como un conjunto de prácticas piadosas y ascéticas yuxtapuestas de cualquier modo al conjunto de derechos y deberes determinados por la propia condición; por el contrario, las propias circunstancias, en cuanto respondan al querer de Dios, han de ser asumidas y vitalizadas sobrenaturalmente por un determinado modo de desarrollar la vida espiritual, desarrollo que ha de alcanzarse precisamente en y a través de aquellas circunstancias» (MONS. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, Madrid 1991, p. 123).

28. MONS. P. CANTERO CUADRADO, *o.c.*, pp. 51-52.

29. Cfr. p.e., los testimonios del Cardenal Bueno Monreal, de Mons Enrique Delgado Gómez, de Mons. Abilio del Campo, de Mons. José López Ortiz y Mons. Santos Moro, Mons. Laureano Castán Lacoma, y Mons. Francisco Peralta Ballabriga, publicados por el editorial Palabra en la Colección *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

presentado a principios de ese mismo año con el fin de obtener la aprobación de la Obra. El Decreto *Primum inter*, de aprobación definitiva del Opus Dei y sus *Constitutiones* lleva fecha de 16 del mismo mes de junio y en él se recoge ya esa propuesta respecto a los sacerdotes seculares [30].

Existe, pues, una rica variedad en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz que queda formada: a) por aquellos sacerdotes que, procedentes de los fieles laicos del Opus Dei, han sido ordenados sacerdotes para atender con su ministerio pastoral a los fieles y a las labores de la Obra; b) por los sacerdotes y diáconos, incardinados a las diversas diócesis –en la gran variedad de situaciones que puede darse en el clero secular–, que, conscientes de una llamada de Dios, soliciten su admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y sean recibidos en ella.

Al llegar aquí, insistamos en dos consideraciones muy unidas entre sí: la importancia que tiene en la vida de San Josemaría la decisión de abandonar la Obra y la razón de fondo que le mueve; es decir: el Opus Dei, como a él le gustaba repetir, era «su vida», así que muy fuerte tuvo que ser su amor al clero secular para estar dispuesto a abandonar el Opus Dei en su servicio; b) Se trata de un amor al clero secular, permítanme hablar en el lenguaje teológico clásico, *reduplicative sumpto*, es decir, un amor al clero secular *en cuanto secular.* San Josemaría quiere que su servicio al clero secular sea sin que la más mínima sombra pueda empañar su secularidad o su diocesaneidad, es decir, sin que se pueda pensar que estos sacerdotes, al adscribirse a la Sociedad Sacerdotal, han cambiado lo más mínimo su condición secular, o su condición diocesana. Esto es tan importante para San Josemaría, que está dispuesto a abandonar el Opus Dei, para que, al ofrecerles el espíritu del Opus Dei a los sacerdotes diocesanos, nada, absolutamente nada, cambie en ellos.

Dos etapas en la fundación de la Sociedad Sacerdotal

Se puede, pues, hablar con rigor de dos etapas en la historia de fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. La primera tiene lugar el 14 de febrero de 1943; la segunda tiene lugar en 1950, cuando, no

30. Cfr. A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ-IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, cit., pp. 219-231; 288-291; 545-547.

sin especial ayuda divina, San Josemaría entendió que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz podía acoger también a sacerdotes y diáconos del clero de las demás diócesis e instituciones seculares, los cuales recibirían en la Sociedad Sacerdotal la ayuda espiritual conveniente, sin merma de su condición diocesana [31].

Esta segunda «etapa» de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz puede considerarse con todo rigor como una «autoapertura» institucional del Opus Dei a todos los demás sacerdotes seculares; tiene también como fundamento radical la convicción del Fundador de la Obra de que «el mensaje del 2 de octubre –la santificación del trabajo y de la vida ordinaria, con unas características propias en el campo de la espiritualidad– incluye también a los sacerdotes seculares: los de la Prelatura, por la implicación esencial que tienen en la estructura misma del Opus Dei; y los diocesanos en general, por la manera secular de vivir la *ministerialidad* que caracteriza a la posición eclesiológica del sacerdote» [32].

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y la Prelatura del Opus Dei

La unidad de vocación y de espíritu no llevan consigo el que la Prelatura del Opus Dei y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz sean realidades idénticas, aunque han nacido y permanecen indisolublemente unidas. Así se expresa con nitidez en los Estatutos del Opus Dei, donde se describe la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz con estas palabras: *una asociación clerical propia e intrínseca de la Prelatura, de manera que con ella forma un todo único y de ella no puede separarse* [33].

31. MONS. J. ECHEVARRÍA, *Qué es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, cit., p. 29.

32. P. RODRÍGUEZ, *El Opus Dei como realidad eclesiológica*, en AA.VV., *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid 1993, p. 125. Como comenta el profesor Rodríguez, «El mismo número 57 (del *Codex juris particuaris Operis Dei*) presenta a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz como una *autoapertura* institucional –en el contexto de la santidad y fraternidad sacerdotales– del Presbiterio de la Prelatura a sus colegas y hermanos de todas las diócesis: el Presbiterio de la Prelatura (que tiene como tal con su Prelado las relaciones de dependencia y comunión jerárquica que dimanan de la incardinación) *constituitur in Associationem*, se constituye en Asociación (en la que no se da ese tipo de relaciones), precisamente para ser el cauce eclesiológico adecuado que permita a estos sacerdotes recibir la vocación al Opus Dei, permaneciendo intocada su nativa y permanente incardinación en las Diócesis a las que pertenecen» (*Ibid.*, p. 124).

33. «Associatio clericalis Praelaturae propria ac intrinseca, unde cum ea aliquid unum constituit et ab ea sejungi non potest» (*Codex juris particularis Operis Dei*, n. 36, § 2).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Esta descripción aparece en el *Codex juris particularis Operis Dei* al tratar de la composición del presbiterio de la Prelatura, que está constituido exclusivamente por aquellos clérigos que se encuentran incardinados en la Prelatura. Como ya se ha hecho notar, estos clérigos proceden de los laicos del Opus Dei y, *por el hecho de su ordenación*, son constituidos socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz [34], de la que es Presidente General el Prelado del Opus Dei [35]. Los demás sacerdotes y diáconos seculares se adscriben a la Sociedad Sacerdotal, sin que por ello, como es obvio, entren a formar parte del presbiterio de la Prelatura o adquieran con el Prelado del Opus Dei un vínculo jerárquico [36].

La Prelatura del Opus Dei es una institución que pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia; la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, en cambio, es una asociación de sacerdotes y diáconos del clero secular, erigida por la Santa Sede, inseparablemente unida a la Prelatura. En la Sociedad, en cuanto tal, no existe ningún superior jerárquico con potestad de régimen: el vínculo con la Sociedad por parte de los sacerdotes que no forman parte del presbiterio de la Prelatura es un vínculo meramente asociativo. Como se ha escrito, «la Asociación no se sitúa, pues, al nivel de las relaciones de la *communio hierarchica* –no hay en ella potestad de régimen–, sino en el propio de la mutua ayuda espiritual y de la fraternidad, y para su funcionamiento se cuenta con unas sencillas *ordinationes* a ello dirigidas» [37].

Así pues, la Prelatura del Opus Dei y la Sociedad Sacerdotal, Asociación que forma con el Opus Dei un *alquid unum* [38], mantienen entre sí, por razones obvias, unas claras diferencias jurídicas, que son reflejo de la gran variedad de circunstancias de quienes han recibido la llamada a santificarse según el mismo espíritu. Estas diferencias tienen precisamente como objeto proteger la unidad de espíritu protegiendo la diversidad de situaciones de quienes han recibido la misma vocación. Prelatura y Sociedad Sacerdotal tienen idéntica finalidad de ayuda y formación, como idéntico es también su espíritu: la santificación en el trabajo ordinario y en el cumplimiento de los deberes sociales y familiares [39].

34. «Hi sacerdotes, ex ipso suae ordinationis facto, fiunt socii (...). Societatis Sacerdotalis Sanctae Crucis, quae est Associatio clericalis...» (*ibid*).
35. *Ibid.*, § 3.
36. *Ibid.*, n. 42.
37. P. RODRÍGUEZ, *El Opus Dei como realidad eclesiológica*, en AA.VV., *El Opus Dei en la Iglesia*, cit., p. 125. Y corroborando esta afirmación, se cita en nota el párrafo 2 del número 58 del *Codex juris particularis Operis Dei*: «Nulla enim viget oboedientia interna, sed solummodo normalis illa disciplina in qualibet Societate existens, quae provenit ex obligatione colendi ac servandi proprias ordinationes; quae ordinationes, hoc in casu, ad vitam spiritualem exclusive referuntur».
38. Cfr. *Codex juris particularis Operis Dei*, cit., n. 36, § 2.

A su vez, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz goza de gran variedad en sus socios, proporcionando a quienes a ella se acercan una experiencia especialmente viva de la universalidad del *ordo presbyterorum*. A la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz pertenecen, en efecto, sacerdotes y diáconos incardinados en numerosos Presbiterios seculares, entre ellos la Prelatura del Opus Dei que es «como la matriz de la Asociación» [40]. Todos estos sacerdotes y diáconos «mantienen la más estricta relación de dependencia con sus Obispos o Prelados. Más todavía, por la naturaleza misma del sacerdocio ministerial y de la santidad a que Dios llama a los sacerdotes, el dinamismo espiritual de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se traduce en fomentar y fortalecer la obediencia de sus socios a sus respectivos Obispos, pues esa obediencia y esa entrega filial es un *elemento interno* al ejercicio del ministerio sacerdotal, que es el camino y el medio de la propia santificación» [41].

Para servir a los sacerdotes y a las diócesis

Con esa «autoapertura» de que antes se hablaba, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz ofrece una ayuda espiritual al clero secular perteneciente a los diversos presbiterios. Se trata de una ayuda que complementa la que estos sacerdotes reciben del propio Ordinario: unos medios de formación específicos, que transmiten el espíritu del Opus Dei junto con los contenidos fundamentales de toda formación sacerdotal. Desde esta perspectiva, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se enmarca en la línea ya señalada en torno a las asociaciones sacerdo-

39. Cfr. MONS. J. ECHEVARRÍA, *o.c.*, p. 30.
40. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *El Opus Dei como realidad eclesiológica*, en AA.VV., *El Opus Dei en la Iglesia*, cit., p. 124.
41. *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tales por el Concilio Vaticano II, y más recientemente por la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* [42]. Ambos documentos destacan la conveniencia de promover asociaciones que fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio y el espíritu de fraternidad sacerdotal.

El sacerdote que pertenece a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz adquiere un compromiso espiritual de mejora personal, que le lleva a esforzarse por colocar en primer plano el cumplimiento amoroso de sus deberes pastorales, ya que es precisamente allí donde debe encontrar la materia de su santificación. El que un sacerdote pertenezca a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no supone, pues, ninguna pérdida para su diócesis, sino todo lo contrario: lleva consigo un mayor enraizamiento en la propia condición, pues el espíritu del Opus Dei lleva a cada uno a santificarse en y a través del cumplimiento de sus deberes de estado. En la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se cumplen totalmente aquellas características que son encomiadas por los documentos de la Iglesia. Leemos en el Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros: «De modo particular hay que alabar aquellas asociaciones que favorecen la fraternidad sacerdotal, la santidad en el ejercicio del ministerio, la comunión con el Obispo y con toda la Iglesia» [43].

El amor a la diócesis, la obediencia y veneración al propio Obispo, y el deseo de cumplir con la máxima perfección los deberes del propio ministerio se encuentran tan implicados entre sí, que son inseparables. Estos rasgos forman parte esencial del espíritu que se comprometen a vivir quienes desean formar parte de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Estrechamente relacionados con estos rasgos, el *Codex juris particularis Operis Dei* enumera también la recta formación en las ciencias sagradas, el celo por las almas, el espíritu de sacrificio, y el empeño por promover vocaciones [44].

42. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 8. JUAN PABLO II, Exhort. Apost., *Pastores dabo vobis*, n. 81.
43. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 31-I-1994, n. 29.
44. *Codex juris particularis Operis Dei*, n. 59, § 1.

La búsqueda de la santidad a través del propio ministerio

La diversidad de situaciones existentes en la Obra queda encuadrada –y en cierto sentido, potenciada– por la unidad de espíritu que se da en ella. En efecto, los sacerdotes diocesanos que piden ser admitidos en la Sociedad Sacerdotal lo hacen con el mismo fin con que cualquier otra persona ha pedido ser admitida en la Obra: buscar la santidad en medio del mundo según el espíritu del Opus Dei y a través de sus medios ascéticos. En el espíritu del Opus Dei, el trabajo profesional es tomado como eje de la propia santificación; el sacerdote diocesano ha de tomar en el mismo sentido y con la misma urgencia el ejercicio de su ministerio sacerdotal, que a estos efectos puede considerarse un verdadero trabajo.

A este respecto, la vida santa de San Josemaría es un ejemplo para todos los sacerdotes; para aquellos que, como él, han de santificarse en medio de los quehaceres propios del ministerio pastoral, este ejemplo les resulta especialmente cercano. En ocasión especialmente solemne y entrañable –la clausura en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra de un Simposio Internacional dedicado al tema de la formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales–, Mons. Álvaro del Portillo evocaba así su figura sacerdotal.

> «Para su dedicación incansable al ministerio, nunca fueron excusa la fatiga, la enfermedad o las circunstancias adversas. Esta caridad pastoral, que conduce a una entrega sin condiciones al servicio de las almas (cfr. 2 Co 12, 15), informa necesariamente, con especiales matices, la fraternidad sacerdotal, que es elemento integrante de la *comunión*, entendida como la unidad afectiva y efectiva procedente de la común participación en los mismos bienes. Una fraternidad sacerdotal que no confunde la unidad con la uniformidad, que respeta la legítima libertad de todos, también en el amplio ámbito de la espiritualidad sacerdotal» [45].

Como ya se ha dicho, la vocación al Opus Dei tiene como característica esencial la de que no saca a nadie de su sitio y, por tanto, el socio de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no altera en lo más mínimo su condición de sacerdote secular, antes bien se empeña por vivirla con redoblado esfuerzo en todas sus consecuencias. En este marco general

45. MONS. A. DEL PORTILLO, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, cit., p. 994.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

del espíritu del Opus Dei, San Josemaría quiso que, en el caso de los sacerdotes que piden pertenecer a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, constasen *explícitamente* dos características particularmente importantes: la sujeción al propio Obispo –que sigue siendo, como es obvio, su único Prelado–, y la unión con el resto del presbiterio.

Vocación divina

La adscripción a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz surge como fruto de una vocación divina, no sólo en el caso de los sacerdotes procedentes de los fieles laicos de la Prelatura del Opus Dei, sino también en el caso de aquellos otros sacerdotes seculares que proceden de las diversas diócesis del mundo. «Meditad que estáis en la Obra –escribe Mons. Del Portillo dirigiéndose directamente a estos sacerdotes– porque habéis respondido a una llamada divina, y que el Señor os concede las gracias necesarias para que respondáis plenamente. En vuestra vida habéis seguido primero la llamada al sacerdocio y después habéis descubierto la vocación a la Obra, que ha reforzado la primera y os ha señalado el camino y los medios –en primer lugar las Normas y Costumbres de nuestro plan de vida– dispuestos por Dios para que seáis sacerdotes heroicamente santos» [46].

Quienes pertenecen a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz han de ser conscientes de que su pertenencia a ella no es el resultado de una mera elección humana, sino que está por medio una auténtica vocación divina. Se trata de una vocación que no supone ningún cambio en la propia condición sacerdotal, sino un mayor enraizamiento en ella, que conlleva una mayor pasión por la unidad. Prosigue Mons. del Portillo en el documento citado: «Una tarea apostólica espera el Señor particularmente de vosotros: que trabajéis para promover muchas vocaciones sacerdotales, y que os ocupéis de vuestros hermanos en todas las diócesis, siendo fermento de santidad y de unidad dentro de vuestro presbiterio» [47]. Y un poco más adelante: «He mencionado antes que sois fermento de unidad, porque la vocación a la Obra no os enquista en un grupo ni os separa de nadie» [48].

46. MONS. A. DEL PORTILLO, *o.c.*, n. 37
47. *Ibid.*, n. 38.
48. *Ibid.*, n. 40.

La pertenencia a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz en nada separa a un sacerdote de su diócesis o de sus hermanos sacerdotes, con los que sigue conservando los mismos vínculos teológicos y humanos, ahora, si cabe, más amorosamente vividos. Al mismo tiempo, quienes pertenecen a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz poseen la vocación a la Obra con la misma plenitud que los demás fieles del Opus Dei [49]. Escribe Mons. del Portillo: «*Vosotros sois tan del Opus Dei como yo*, decía nuestro Padre a sus hijos Agregados y Supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. La vocación a la Obra –insisto una vez más– es única y la misma para todos: una llamada divina para buscar la santidad en el cumplimiento de nuestros deberes, con el espíritu y los medios ascéticos propios del Opus Dei» [50].

Una unanimidad sincera

El libro que escribí sobre la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y que me ha servido de hilo conductor para esta intervención termina, como ustedes saben, con un capítulo en el que se recogen diversos testimonios de sacerdotes. A pesar de conocer bien a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y a muchos de sus socios, yo mismo quedé sorprendido por esos testimonios. Había escrito a una amplia gama de sacerdotes y a algunos obispos pidiéndoles que me contestaran a estas dos preguntas: ¿Por qué pidió usted la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz? ¿Por qué ha perseverado en ella durante todos estos años? Había una respuesta unánime dentro de la gran variedad de mentalidades y de las diversas cosas que contaban. Aún recuerdo con viveza aquella tarde en que fui leyendo, seguidas, todas las respuestas con la emoción de quien sabe que se encuentra ante la modesta confesión de la verdad profunda de la propia existencia. La respuesta unánime era ésta: pedí la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y perseve-

49. «La identidad de vocación peculiar, como es lógico, hace que los miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz sean tan miembros del Opus Dei como todos los demás. No son, sin embargo, miembros de la Prelatura, pero están unidos a ella en cuanto que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz –como queda dicho– forma *aliquid unum* con la Prelatura» (F. Ocáriz, *La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia*, en AA.VV., *El Opus Dei en la Iglesia*, cit., p. 197).
50. MONS. A. DEL PORTILLO, *Carta*, 9-I-1993, n. 37.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ré en ella, por amor a la vocación del sacerdote secular; porque quería, por ese camino, servir mejor a mi diócesis. Como decía uno con típico lenguaje riojano, «yo no soy ni quiero ser especial. Yo soy y me glorío de ser un sacerdote corriente y moliente. Yo soy un sacerdote de esos de las diócesis» [51].

Un inmenso agradecimiento

Estoy llegando al final de mi intervención. El recuerdo se dirige ahora más insistentemente hacia aquel santo sacerdote, siervo bueno y fiel, que tanto amó a su sacerdocio y a sus hermanos sacerdotes. Viene a la memoria lo que escribía el entonces Cardenal de Toledo pocos días después de la muerte de San Josemaría: «Cuando se haga la historia detallada de estos años de la vida de la Iglesia –en España y en otros países– este influjo del espíritu del Opus Dei entre sacerdotes diocesanos será uno de los hechos más decisivos para valorar la huella dejada por Mons. Escrivá de Balaguer en la vida de la Iglesia. Y también aquí, permítaseme que insista en ello una vez más, con la fuerza de la vida, con decisiones y afanes hechos surgir en el corazón de numerosos sacerdotes» [52]. El paso del tiempo no hace más que confirmar esta observación.

51. Cfr. *Sacerdotes en el Opus Dei*, cit., p. 194.

52. CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *La huella de un hombre de Dios*, en VV.AA., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, p. 390.

10

UNA ESPIRITUALIDAD PARA EL CLERO DIOCESANO: LA SOCIEDAD SACERDOTAL DE LA SANTA CRUZ

Don Juan Francisco Pozo
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El hilo conductor de esta comunicación es una afirmación de San Josemaría en la que resumía lo que los sacerdotes diocesanos encuentran en el Opus Dei, que es, sobre todo, «la ayuda ascética continuada que desean recibir, con espiritualidad secular y diocesana» [1].

Las páginas siguientes sólo pretenden ser una reflexión acerca del significado de esos conceptos tal como se perciben a través del espíritu del Opus Dei y de la vida de los sacerdotes diocesanos que se sirven del mismo para alimentar su vida espiritual.

1. La cuestión de la espiritualidad sacerdotal

> «La afirmación y búsqueda de una espiritualidad presbiteral que sea a la vez específica, sólida y estimuladora, se ha intensificado notablemente en nuestros días.
>
> Se postula, en primer lugar, una espiritualidad específica, que no sea una mera asimilación mimética de la propia de los monjes, de los religiosos de vida activa o de los laicos.
>
> Se requiere, en segundo lugar, una espiritualidad sólida, arraigada en la Escritura, en la teología y en la genuina experiencia del presbiterado en ejercicio.
>
> Se reclama, en tercer lugar, una espiritualidad estimuladora, capaz de motivar vitalmente la concreta existencia y ministerio de los presbíteros» [2].

Estas demandas así formuladas en el Congreso sobre Espiritualidad Sacerdotal celebrado en Madrid, del 11 al 15 de septiembre de 1989 [3], se

---

1. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer,* Rialp, Madrid 1986 [15], n. 16. Es decir, se adscriben a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz «porque desean recibir una ayuda espiritual personal de manera en todo compatible con los deberes de su estado y ministerio: de otra manera, esa ayuda no sería tal ayuda, sino complicación, estorbo y desorden» (Idem).

2. COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal y ministerio. Documento de trabajo,* Actas del Congreso de Espiritualidad Sacerdotal, Edice, Madrid 1989, p. 627.

3. Este volumen seguía al que había aparecido tres años antes, con las intervenciones del simposio *Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular,* COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, Madrid 1987.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

pueden encontrar de modo generalizado en la amplia literatura teológica dedicada a esta cuestión publicada después del Concilio Vaticano II [4]. Con enfoques diversos en temas que siguen sujetos a debate, puede afirmarse que hay una coincidencia de fondo: la necesidad de precisar los rasgos esenciales de una espiritualidad para el clero diocesano, radicada en su condición y ministerio, de modo que sea luz e impulso para alcanzar la santidad personal en el desempeño de su tarea pastoral en la diócesis. Con palabras de la *Pastores dabo vobis* el Magisterio lo ha afirmado de modo claro: los sacerdotes están llamados a santificarse «no sólo en cuanto bautizados, sino también y específicamente en cuanto presbíteros, es decir, con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del Orden» [5].

Las modalizaciones que el sacramento del orden da a la espiritualidad del presbítero, y que pueden considerarse ya doctrina común, sancionada en el Decreto *Presbyterorum ordinis* [6], son las siguientes: la consagración como compromiso de santidad, la misión como fruto de la consagración, la relevancia espiritual de la diocesaneidad, la comunión con el propio Obispo y con el presbiterio, y la consideración del ministerio pastoral como fuente primordial de santificación, que se concreta en el concepto de caridad pastoral como criterio unificador de la vida espiritual del sacerdote [7].

2. Pluralidad de espiritualidades

Ahora bien, si a partir de esta base sólida, se da un paso más con vistas a determinar un programa concreto en que se plasmen todos estos contenidos, la cuestión se torna compleja. ¿Es posible sintetizarlo todo en un solo modelo de vida espiritual? O dicho de otro modo: el hecho de la diversidad de espiritualidades que se presentan como caminos de santificación para el sacerdocio diocesano ¿es algo negativo?, ¿es inevitable, como simple dato de un pluralismo legítimo?, ¿o debe considerarse fruto de la multiforme actuación del Espíritu Santo que suscita carismas en orden al desarrollo y crecimiento de la Iglesia?

4. Cfr. E. DE LA LAMA / L.F. MATEO-SECO, *Espiritualidad del presbítero secular,* Scripta Theologica, 21 (1989) 227-287, *Sobre la espiritualidad del sacerdote secular,* «Scripta theologica» 31 (1999) 159-180, y *Boletín sobre espiritualidad sacerdotal (tesis doctorales en torno a la vocación sacerdotal y a su espiritualidad),* «Scripta theologica» 31 (1999) 957-979.

5. Ex. Ap. *Pastores dabo vobis,* n. 19.

6. Cfr. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum ordinis,* n. 12.

7. Cfr. Idem, n. 14.

Para ofrecer una respuesta lo más completa posible, hay que remitirse a algunas consideraciones fundamentales acerca de la naturaleza y misión de la Iglesia, que permiten situar adecuadamente la diversidad de posiciones y vocaciones que pueden darse dentro de ella [8], y comprender su complementariedad y mutua implicación en orden su misión universal [9].

La Iglesia «no es una comunidad inorgánica o amorfa, sino una comunidad estructurada, y esto implica que cumple la misión que Cristo le ha confiado gracias precisamente al confluir y entrecruzarse de una pluralidad de vocaciones y tareas, distintas las unas de las otras, pero necesarias todas para la vitalidad y la acción del conjunto. Estos tres datos –diversidad, unidad y confluencia– son, en suma, esenciales en el ser y el vivir de la Iglesia» [10].

En primer lugar, unidad. A este respecto escribía A. del Portillo:

> «Lo mismo que la llamada a la santidad y la santificación misma es una y universal, lo es también la espiritualidad: la esencia y el dinamismo de esa vida espiritual divina, que comienza en el Bautismo y tendrá su plenitud en la Gloria. Espiritualidad que es la vida de Cristo, la acción santificadora del Espíritu Santo, de virtualidad infinita, que abarca cualquier situación personal, cualquier estado, todo ministerio» [11].

Pero la unidad se conjuga con la diversidad, es decir, con la existencia de diferentes caminos concretos:

> «Esa unidad fontal y radical de la santificación y, en consecuencia, de la espiritualidad cristiana, se puede ir diversificando –manteniéndose idén-

8. En este tema he seguido las observaciones de J.L. ILLANES, *Espiritualidad y sacerdocio,* Rialp, Madrid 1978, pp. 41ss.

9. «Para comprender a fondo cualquier vocación o condición (...) es necesario situarla en el interior de la Iglesia en cuanto cuerpo al que Cristo hace partícipe de su vida y al que envía al mundo como signo y sacramento del designio divino de salvación. Es esa Iglesia, una y, a la vez intrínseca y orgánicamente diversificada, formada por una pluralidad de fieles y estructurada en una pluralidad de vocaciones y tareas, la que da razón de todos y cada uno de los elementos que la integran. Sólo desde esa perspectiva, en efecto, las vocaciones y ministerios se nos manifiestan con su plena razón de ser y sentido» (J.L. ILLANES, *o.c.*, p. 61).

10. Idem, p. 60.

11. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio,* Palabra, Madrid 1970, p. 124.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tica en lo esencial– según la variedad de situaciones humanas y eclesiales, la pluralidad de los carismas y de los ministerios, la multiforme riqueza del don de Dios» [12].

Es decir, la diversidad de misiones, tareas y vocaciones no puede considerarse un simple dato puramente fáctico, resultado de unas circunstancias históricas, marcado por tanto con el sello de la provisionalidad y con la contingencia de todo lo humano, que debería dar paso a una etapa posterior en la que se habrá superado toda diversidad. Más bien hay que considerar que ningún grupo de cristianos, ninguna concreta vocación, estado o condición de vida «es capaz, por sí sola, de manifestar adecuadamente la perfección de Cristo, reflejo a su vez de la infinita riqueza de Dios (...): sólo la Iglesia, considerada en su conjunto, expresa de algún modo la plenitud de Cristo y contribuye eficazmente a su difusión» [13], mediante esa variedad de vocaciones.

Estas consideraciones acerca de la interrelación unidad-pluralidad, aplicables a la Iglesia en su conjunto, son trasladables a la vocación y espiritualidad del sacerdote, y del sacerdote diocesano más concretamente. En efecto. Por una parte, la necesidad y la existencia de una espiritualidad del sacerdote basada en su condición en la Iglesia, está claramente señalada en los documentos conciliares así como en los documentos posteriores al respecto [14]:

> «Los sacerdotes están obligados a adquirir esa perfección con especial motivo, puesto que, consagrados a Dios de un nuevo modo por la recepción del Orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo Eterno Sacerdote» [15].

Ya se ha hecho constar la coincidencia de fondo respecto a las líneas de fuerza que deben configurar dicha espiritualidad. También existe el mismo acuerdo respecto a las dimensiones de que debe constar la vida sacerdotal: dimensión teologal –trinitaria–, dimensión eclesial, en su relación con el Obispo, con los demás sacerdotes y con los fieles a los que es enviado (es decir, la condición diocesana), y la dimensión mariana.

12. Idem, p. 125.
13. J.L. ILLANES, *o.c.*, p. 60.
14. Cfr. Ex. Ap. *Pastores dabo vobis*, n. 19.
15. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 12.

Sin embargo, esta homogeneidad teológica sobre el contenido de la espiritualidad sacerdotal no se transforma isomórficamente en una única vivencia espiritual entre el clero diocesano.

La primera cuestión se refiere a la terminología: ¿«espiritualidad del clero diocesano» o «espiritualidad diocesana»? El teólogo belga G. Thils empleó habitualmente la primera expresión, lo que a mi entender, es un acierto, pues ofrece con claridad la orientación por donde hay que buscar dicha espiritualidad, que es –como ya se ha indicado– el sacerdocio y el ministerio. En cambio, la noción de espiritualidad diocesana es un concepto bastante más complejo, acerca de cuyo contenido cabe discutir, y de hecho se sigue haciendo, sin que se haya alcanzado una unanimidad plena [16].

Sobre este tema apunta Illanes una consideración sobre el significado de espiritualidad de una Iglesia particular que aporta claridad al respecto. Las iglesias particulares, afirma, «pueden tener, y tienen de hecho, un patrimonio espiritual propio, que contribuye a configurar la vida espiritual de sus miembros, pero no tanto una espiritualidad, especialmente si damos a este término el sentido fuerte que tiene en los usos con que se emplea según su origen carismático, o según las diversas posiciones o misiones en la Iglesia» [17].

Unas breves referencias históricas pueden ser útiles para ilustrar algunos hitos del progreso doctrinal de la teología y espiritualidad del sacerdocio, especialmente durante el siglo pasado [18].

3. Una breve mirada a la historia

El tema de la exigencia de santidad del sacerdocio así como los caminos para lograrla ha estado presente en la vida de la Iglesia a lo largo de toda su historia, con más insistencia en algunas etapas, en las que se

16. Un testimonio, relevante por su papel en el movimiento de Vitoria, es el de J. GOICOECHAUNDIA, *Perfección del clero diocesano*, en AA.VV., *Sobre la perfección cristiana*, I Semana de Espiritualidad, Salamanca (21-26 abril de 1952), Flors, Barcelona 1954, pp. 324-325. Goicoechaundía apunta hacia el concepto de espiritualidad diocesana entendida como escuela de espiritualidad.
17. J.L. ILLANES, *o.c.*, pp. 34-38.
18. Para una historia de la espiritualidad sacerdotal, cfr. J. ESQUERDA-BIFFET, *Historia de la espiritualidad sacerdotal*, en «Teología del sacerdocio», vol. 19, Aldecoa, Burgos 1985.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ha planteado con mayor vigor la necesidad de una vida espiritual que aspirase a la santidad plena [19].

En la época moderna, el impulso renovador de Trento, se traduce, entre otras cosas, en un llamamiento apremiante a la santidad del clero. La tarea de procurar a este clero, que ya está mayoritariamente disperso por los pueblos, medios de santificación en su ministerio, se plasma en iniciativas de diversos santos y figuras relevantes en la vida de la Iglesia, que están en el origen de nuevas corrientes de espiritualidad sacerdotal, que con diverso éxito y difusión van a abrirse camino en siglos posteriores [20].

Entre ellos se puede destacar un sacerdote secular, Juan de Ávila, por su doctrina sacerdotal y sus iniciativas para la formación de los sacerdotes. Puntos fundamentales de su doctrina eran, junto a la consideración del Misterio de Cristo, Sacerdote y Buen Pastor, la unidad de los sacerdotes entre sí y con el propio obispo de la diócesis.

En el mismo siglo XVI destaca también la figura de San Felipe Neri, que creó la congregación del Oratorio, con la finalidad principal de asegurar a los sacerdotes las ventajas de la vida común y de la colaboración fraterna. San Felipe Neri siempre sostuvo la forma secular de su instituto; nunca fue partidario de votos para sus discípulos, porque quería que los sacerdotes del Oratorio no tuvieran otras condiciones de vida que las del clero secular.

En Italia, San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, proyecta establecer en Milán una iniciativa semejante al Oratorio. Pero, a diferencia de San Felipe, San Carlos sí introduce los votos, concretamente el de obediencia. El resultado serán los Oblatos de San Ambrosio (posteriormente llamados de San Carlos) [21].

La escuela francesa de espiritualidad tiene en Pedro de Bérulle, fundador del *Oratoire de Notre-Seigneur Jésus-Christ,* una de sus figuras más representativas. Su propósito, semejante al de San Felipe, fue reunir sacer-

19. Cfr. I. OÑATIBIA, *La espiritualidad presbiteral en su evolución histórica,* COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular,* Madrid 1987, pp. 25-58.

20. A.M. CHARUE, *El clero diocesano tal como lo ve y lo desea un Obispo*, Vitoria, 1961.

21. El hecho de que en sus circunstancias históricas concretas, S. Carlos haya visto necesario ese voto, al que en cambio se oponía el Oratorio, es significativo de que hay cuestiones –como la necesidad o no de votos– que se han planteado de modo recurrente en la historia de la espiritualidad sacerdotal.

dotes que busquen la perfección sin hacer profesión de votos religiosos. La búsqueda de la perfección sacerdotal se basará en la vivencia del sacerdocio de Cristo, a partir de la consideración del misterio de la Encarnación [22].

Hay otras iniciativas, todas ellas interesantes [23]. Especial importancia reviste en las primeras décadas del siglo XX la figura y el pensamiento de J. D. Mercier. Su preocupación como Obispo en favor de la promoción espiritual del clero diocesano se manifestó primero en una fuerte llamada a la exigencia de santidad del sacerdote, mayor que la del religioso o del laico, que debería llevarse a cabo sin necesidad de recurrir a los medios propios del estado religioso, porque su estado es superior [24].

22. «La Escuela francesa insiste, como no lo había hecho ninguna otra escuela, en las relaciones de comunión e intimidad de lo sacerdotes con Cristo, de identificación con sus estados sacerdotales, hasta convertirse en vivas imágenes del Hijo de Dios en la tierra, en Cristos vivientes» (I. OÑATIBIA, *o.c.,* p. 50).

23. Por ejemplo, la iniciativa del Venerable Bartolomé Holzhauser, orientada a la finalidad de proporcionar a los sacerdotes una forma de vida espiritual, de formación y de empeño pastoral parroquial, sin votos, con una organización que preveía un reglamento con superiores internos y estaban bajo la autoridad de los obispos del lugar. Tuvo una existencia breve.

Acabaría por reaparecer, en 1862, a iniciativa de Lebeurier, canónigo de Orleáns. Sin embargo la fundación de Monseñor Lebeurier, con un estatuto más adaptado a la condición del clero de la época, terminó por llamarse *L'Union Apostolique des Prêtres séculiers du Sacré-Coeur.*

La corriente de revalorización del sacerdote diocesano de la *Union Apostolique* tendrá eco y será compartida, en las primeras décadas del siglo XX, por un buen grupo de autores (en Francia y también en España) que unen sus reflexiones y su esfuerzo con vistas al mismo objetivo. Cfr. S. GAMARRA-MAYOR, S., *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria. Lección inaugural del curso 1981-1982,* Eset, Vitoria 1981.

En fechas muy cercanas al nacimiento de la *Union*, en 1860, Antonio Chevrier, sacerdote de la diócesis de Lyon, fundó la *Societé des Prêtres du Prado*. El proyecto inicial del fundador no era una congregación religiosa, sino una asociación de sacerdotes, que permaneciendo sacerdotes seculares, llevaran sin embargo una vida regular en los ministerios de las parroquias a ellos confiadas. Su itinerario posterior conducirá a su transformación en instituto secular en 1954.

Hay que mencionar también el pensamiento espiritual de A. Gréa. Dom Gréa fundó, en 1871, los *Chanoines réguliers de l'Immaculée Conception,* con el estímulo de Pío IX. Llevaban hábito blanco y tonsura monacal. Según su ideal, la comunidad debía integrarse con el clero diocesano, bajo la autoridad del obispo del lugar y con el *minimum* estrictamente indispensable de exenciones.

Columba Marmion ejerció un influjo notable por sus escritos centrando la vida interior del alma, del monje y del sacerdote, en Cristo. También es relevante su figura en razón de su relación con Mercier, del que fue director espiritual en la época en que éste era profesor en Lovaina.

24. Es bien conocida su afirmación de dicha exigencia en unas conferencias predicadas al clero de su diócesis. Allí afirmaba que el sacerdote diocesano es el verdadero religioso en el sentido más elevado de la palabra: «Vosotros pertenecéis a la primera orden religiosa establecida en la Iglesia; vuestro fundador es el mismo Jesucristo; los primeros religiosos de su orden fueron los Apóstoles, sus sucesores son los obispos, y en unión con ellos los sacerdotes, los ministros todos del orden sagrado (...). Vosotros pues, sois religiosos y lo sois en sumo grado» (J.D. MERCIER, *La vie intérieure. Appel aux âmes sacerdotales. Retraite prêchée à ses prêtres*, E. Warny, Lovaina, 1934, p. 196).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Mercier sancionó la expresión clero diocesano como opción disyuntiva frente a clero secular, con un argumento en el que se advierte todavía el peso de la historia, en la alusión explícita a quienes solían ser la referencia de santidad para el clero diocesano, que eran los religiosos. Así se expresaba el Cardenal Mercier:

> «Como quiera que la expresión corriente *clero secular* que comúnmente se opone a clero *regular* hace creer a muchos (...) la idea de que vosotros estáis obligados a menor regularidad de vida (con lo cual quiere decir a menor perfección religiosa) que los habitantes de los monasterios, yo os propongo (...) que queráis llamaros con un nombre que no hace recordar las execrables obras de "secularización" y de "laicismo" y que os tituléis, por ejemplo, por lo menos en vuestro fuero interior y entre nosotros, *clero diocesano*» [25].

Es interesante ver cómo, desde su perspectiva de Obispo, la fuerte llamada a la santidad que propone para el sacerdote diocesano, no la ve realizable sino a través de la constitución de una fraternidad sacerdotal, cual fue la *Fraternité des Amis de Jésus,* sociedad de ámbito diocesano, que propone la práctica de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, con la profesión de votos ante el propio obispo, en la medida en que su práctica es conciliable con el régimen de vida del clero secular. Las palabras sumamente respetuosas del Cardenal ponen de manifiesto su conciencia de la delicadeza de la cuestión:

> «Está abierta a todos los sacerdotes de la diócesis, los invita a todos sin excepción» [26].

Pero acto seguido precisa que la respuesta pertenecía a la libre decisión de cada uno, y que en modo alguno pensaba

> «subestimar a los que no se creen llamados por la gracia del Espíritu Santo a seguir nuestro programa (...). Todo lo que pedimos de nuestros hermanos de la diócesis es que no nos atribuyan intenciones separatistas que están en las antípodas de nuestro pensamiento y de nuestra Institución.
>
> Que ellos nos concedan por sus oraciones caritativas la gracia de la perseverancia, mientras que nosotros les prometemos rezar fraternalmente por ellos a fin de que el buen Dios bendiga nuestra común familia diocesana.

25. Idem, p. 196.

26. J.D. MERCIER, *La Fraternité sacerdotale des Amis de Jésus: Rapport de S. É. le card. Mercier à la S. Congrégation du Concile,* Desclée de Brouwer, Bruges, 1927, p. 109.

> Todos nosotros tenemos, por otra parte, un programa fundamental idéntico, el propuesto por Nuestro Señor a los Apóstoles y desarrollado en la Liturgia (...). Lo esencial está ahí. El resto es asunto de libre elección y de métodos de aplicación en la unidad de la caridad» [27].

Es decir, existe una identidad fundamental en lo que significa el sacerdocio, pero luego queda la incorporación de sus valores teológicos objetivos a la vida espiritual personal, para la cual Mercier ve conveniente la vía de los consejos evangélicos mediante votos, adaptados a la vida del sacerdote diocesano, no por vía institucional sino por libre asociación.

Una corriente paralela de revalorización del sacerdote diocesano se desarrolla también en Francia, de la que es exponente el canónigo Masure, autor de un ensayo de notable influjo, *De l'éminente dignité du sacerdoce diocésain,* y Mons. Delacroix, el animador de la *Union apostolique.*

Poco después, por los años 40, comienza su aportación en esta historia el teólogo belga Thils, con una decidida intervención a favor de una espiritualidad para el sacerdote diocesano que se radique precisamente en su condición. El teólogo belga se pregunta:

> «¿Es afortunado hablar de una espiritualidad del clero diocesano? Se habla de espiritualidad benedictina, dominicana, carmelitana, ignaciana, salesiana, y hasta de espiritualidad laica, escutista, jocista, etc. ¿No acabaremos por olvidar la sana espiritualidad cristiana, cuyos rasgos están inscritos en los libros inspirados? No cabe negar el peligro del movimiento centrífugo que apunta actualmente en este terreno; pero no se podrá tachar de exagerado en este punto al clero diocesano. Más bien habría que llenar una laguna. Por lo demás, téngase bien presente lo que queremos significar al hablar de la espiritualidad del clero diocesano. "Lejos de pensar en construir a priori una teoría artificial –escribía monseñor E. Guerry muy juiciosamente– pedimos por el contrario que se caiga en la cuenta de una realidad existente, que se comprenda la originalidad positiva del estado del clero diocesano, a fin de fundar, sobre la naturaleza misma de su vocación particular en la Iglesia, una manera de promover su santidad y ayudarle a cumplir mejor, dentro de la gran vida de la Iglesia la misión que le está especialmente reservada"» [28].

27. Idem, p. 110.

28. G. THILS, *Naturaleza y espiritualidad del clero diocesano,* Sígueme, Salamanca 1961, pp. 201-202.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Respecto a la denominación del sacerdote (diocesano o secular), Thils asume la opción adoptada por Mercier, pero ya no es por el matiz negativo que el adjetivo «secular» tenía para el cardenal, sino por motivos de orden práctico: «clero *diocesano* más bien que clero secular. Cierto que el término "secular" no contiene de suyo nada peyorativo y su empleo en los documentos eclesiásticos tiene incluso ciertas ventajas. Mas en el terreno de la espiritualidad, parece haber dado origen a determinadas malas inteligencias y errores» [29]. Hay que esperar, sin embargo, al Concilio Vaticano II para una plena clarificación terminológica: en los documentos conciliares se llama diocesano al sacerdote secular, para distinguirlo del sacerdote religioso [30], y esto es ya lo habitual tanto en el lenguaje común como en el teológico. La Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* es una buena muestra de ello [31].

En definitiva, podríamos concluir esta sucinta mirada a la historia subrayando el hecho de que la necesidad de la santidad del sacerdote secular se ha hecho presente en la historia de la Iglesia, pero las propuestas de un camino espiritual preciso han discurrido por cauces muy diversos.

4. Dos niveles del concepto de espiritualidad

La cuestión de la diversidad es consecuencia del doble plano en el que se mueve el concepto mismo de espiritualidad: el plano objetivo [32] y el subjetivo [33].

En este segundo nivel es donde se desarrolla la tarea de la apropiación vital de lo que la consagración y misión contienen objetivamente. Citando de nuevo palabras de A. del Portillo:

29. Idem, p. 9.

30. «Todos los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos (...)» (Concilio Vaticano II, Const. Ap. *Lumen gentium*, n. 28); cfr. asimismo Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 8.

31. «Cada sacerdote, tanto diocesano como religioso, está unido a los demás miembros de este presbiterio, gracias al sacramento del Orden (...)» (Ex. Ap. *Pastores dabo vobis*, n. 17; cfr. también n. 71).

32. Al que alude la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, n. 19, al afirmar que el contenido del ministerio, tanto de la palabra, como de los sacramentos o el cuidado pastoral de la comunidad es Jesucristo mismo, fuente de santidad y llamada a la santificación.

33. Se trata, con palabras de la misma Exhortación Apostólica, del *ethos* de la vida sacerdotal resultante de la asunción de la realidad del ministerio.

> «Las propias circunstancias, en cuanto respondan al querer de Dios, han de ser asumidas y vitalizadas sobrenaturalmente por un determinado modo de desarrollar la vida espiritual, desarrollo que ha de alcanzarse precisamente en y a través de aquellas circunstancias» [34].

El texto del congreso que se citaba al comienzo hablaba de una espiritualidad específica, sólida (consideraciones en el nivel objetivo del concepto de espiritualidad), y estimuladora, «capaz de motivar vitalmente la concreta existencia y ministerio de los presbíteros» (nivel subjetivo del concepto de espiritualidad).

En esta distinción, y en la consiguiente posibilidad de discordancia entre la santidad de lo que contiene el ministerio y la falta de ella en el ministro, se enmarcan algunas dificultades bien conocidas en la historia de la espiritualidad sacerdotal [35]. Asimismo, la cuestión de la diversidad de itinerarios existenciales en el vivir el único sacerdocio de Cristo encuentra aquí su condición de posibilidad.

La apropiación existencial de los valores de santificación con los que el ministro es capacitado al ser ordenado, no se produce mecánicamente por el simple ejercicio del ministerio, sino que es necesaria una disposición de espíritu personal, unas determinaciones de orden ascético y un esfuerzo de profundización de la verdad de fe (con unos medios adecuados) que se traducen en un estilo de vida y un empeño pastoral en el que se refleja la vida de Cristo. Aquí tienen su lugar dos observaciones.

La primera, es el papel absolutamente insustituible de la libertad personal. Hay un ámbito de conciencia en el que cada uno responde personalmente ante Dios. Esto no debe ser entendido como reclamación de una privacidad para disponer de un espacio interior que –en el caso del sacerdote diocesano– de alguna manera quedaría fuera de su entrega a

34. A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, p. 126.

35. No podemos extendernos en este tema. Nos limitamos a aludir a la separación entre ejercicio del ministerio y santidad personal, que llevaba a suponer una insuficiencia del ministerio para santificar al presbítero, y esto, a su vez, a buscar remedios externos a la propia condición presbiteral. Sobre la hipótesis de un ministerio y una santidad concebidas como heterogéneas, cfr. J. FRISQUE, *El Decr. «Presbyterorum ordinis». Historia y comentario*, en J. FRISQUE e Y. CONGAR (dir), *Vaticano II. Los sacerdotes. Decretos «Presbyterorum ordinis» y «Optatam totius»*, Madrid 1969, pp. 170ss.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

la diócesis [36]. Más bien habría que verlo como el lugar desde el que se desarrolla la respuesta personal a la llamada divina hacia la única santidad presbiteral.

Tampoco debería verse –ésta es la segunda observación– como si el ministerio sacerdotal no tuviese la capacidad de configurar completamente la vida del presbítero, y necesitase de asistencias paralelas. Parece necesario subrayar que de lo que ahora se trata es de la *apropiación existencial* de lo recibido ontológicamente en la consagración.

Cuando en los documentos más recientes se hace mención de los medios tradicionales para sostener la vida espiritual [37], no es con una finalidad de suplir algo que el ministerio no pueda dar, sino justamente con la de ofrecer medios para captar, profundizar y llevar a la práctica lo que significa la condición sacerdotal [38].

5. La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz: un camino de santidad en el ministerio del clero diocesano

El ejercicio del ministerio es el eje sobre el que debe girar y desarrollarse la vida espiritual del presbítero secular. ¿Cómo se conjugan e integran en la vida del sacerdote secular diocesano que pide la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz [39] su ministerio en la diócesis y su pertenencia a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz?

Para verlo con una perspectiva completa, hay que remitirse al origen del Opus Dei, su naturaleza y misión en la Iglesia. Ya son numerosas las

36. En ese caso, se podría llegar a afirmar que el sacerdote diocesano no puede buscar aliento y estímulo espiritual en la universalidad de los carismas con que el Espíritu Santo vivifica y renueva constantemente la Iglesia.

37. Cfr. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 18; Ex. Ap. *Pastores dabo vobis*, nn. 26, 33; *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, n. 39.

38. Cfr. J.L. ILLANES, *Espiritualidad y sacerdocio*, p. 136.

39. Para conocer con más detalle los aspectos esenciales de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1989[17]; MONS. J. ECHEVARRÍA, *Qué es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, Palabra 337 (1992) 173-178; L.F. MATEO-SECO-R. RODRÍGUEZ-OCAÑA, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona, 1994; También J. MOLINERO, *¿Qué es la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz?*, Suplemento informativo, Basílica Pontificia de San Miguel, http://www.edunet.es/forosacerdotal/sss.html.

publicaciones que se ocupan de ello [40]. Aquí nos interesa retener que es una iniciativa, que se sitúa entre los carismas con que el Espíritu Santo vivifica la Iglesia, que Dios hace nacer en el alma de un sacerdote secular diocesano con un contenido preciso: fundar el Opus Dei, como camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano.

Por tanto, vistas las cosas desde su raíz, ¿qué lleva a un sacerdote diocesano a pedir la admisión en la Obra? Por encima de todo, el descubrir que es llamado por Dios a un camino vocacional que le alienta a vivir su vida sacerdotal en plenitud.

El Fundador del Opus Dei utilizaba en ocasiones una comparación: el espíritu de la Obra es como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad. Con ella quería ilustrar que no consistía en una especie de estructura espiritual externa que se sobrepone a la existencia de los fieles corrientes [41]. Análogamente, en el caso del sacerdote diocesano, la vocación a la Obra no es más que la determinación o especificación existencial que estimula a vivir en plenitud el único sacerdocio de Cristo, en unión con el Obispo y los demás miembros del presbiterio diocesano. El espíritu de la Obra confirma y robustece el amor de los sacerdotes a la propia diócesis, su unión al Obispo, su celo pastoral por las tareas que tiene encomendadas, su formación doctrinal, su preocupación por las vocaciones para el seminario, la fraternidad respecto a los demás sacerdotes.

En definitiva. La pertenencia a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, ¿qué añade a la condición sacerdotal del presbítero diocesano?

40. Cfr. ante todo, las biografías de San Josemaría: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1997. Entre las monografías, A. DE FUENMAYOR-V. GÓMEZ-IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Eunsa, Pamplona 1989; P. RODRÍGUEZ-F. OCÁRIZ-J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993. Sobre la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, el ya citado de L.F. MATEO-SECO, *Sacerdotes en el Opus Dei*.

41. «El ideal de la santidad, único y común a todos los cristianos es accesible a través de los distintos estados o géneros de vida, sin salirse de ellos, porque son otros tantos caminos que nos llevan al Señor. Basta cumplir en cada estado y oficio, los deberes que el propio estado y el propio trabajo imponen» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta, Roma 2-11- 1945*, en *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Álvaro del Portillo*, Librería Editrice Vaticana 1995, p. 287).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Con las palabras citadas al inicio de esta comunicación, se trata de un impulso y unos medios concretos para tratar de vivir santamente lo que ya tiene obligación de vivir. «Prácticamente nada más. Y nada menos: un espíritu –el del Opus Dei– que anima amablemente y enseña positivamente a buscar la santidad en lo ordinario, en lo concreto y práctico, a luchar con amor día a día; y unos medios ascéticos y de ayuda fraterna que se han demostrado útiles para vivir el sacerdocio con el amor y el espíritu de servicio de un alma enamorada» [42].

5. 1. Santificación del ministerio. Unidad de vida

La comprensión del ministerio como realidad que debe alimentar la vida espiritual del presbítero se ilumina hondamente desde un rasgo determinante del espíritu de la Obra, que es la santificación *en y a través del* trabajo profesional, en las circunstancias de la vida ordinaria [43]. Y el ministerio sacerdotal es trabajo con unas exigencias y virtualidades potencialmente inagotables, capaz de llenar la vida de contenido convirtiéndolo en materia de santificación. Esto es inseparable de un concepto que está presente en la enseñanza del Fundador del Opus Dei, la unidad de vida, es decir, la integración del trabajo y los demás quehaceres ordinarios en la propia vida espiritual. En uno de sus primeros escritos lo sintetizaba así San Josemaría:

> «Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación –cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios–, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande por el que vale la pena dar la vida?» [44]

Se trata de un rasgo capital del espíritu que Dios le había hecho comprender para enseñarlo y transmitirlo a personas de todas las condiciones. Y así lo hizo. Los textos que se pueden citar serían muy numerosos; baste para nuestro propósito uno bien conocido, correspondiente a la homilía *Amar al mundo apasionadamente*: hablando de aprender a «mate-

42. Cfr. J. MOLINERO, *o.c.*
43. Cfr. sobre este tema L.F. MATEO-SECO, *Sacerdotes en el Opus Dei*, pp. 125ss.
44. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Instrucción*, 19-III- 1934, n. 33, en *El itinerario jurídico del Opus Dei*, p. 43.

rializar» la vida espiritual, ponía en guardia frente al riesgo de llevar como una doble vida:

> «La vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.
>
> ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» [45].

Esta perspectiva encuentra en el sacerdote diocesano de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz una resonancia y una sintonía muy específicas a la hora de vivir su ministerio. Por eso se encuentra en el Opus Dei con toda holgura, sintiéndose en su sitio, ya que percibe que el espíritu del Opus Dei no es algo heterogéneo respecto a su ministerio sacerdotal ni a su condición diocesana, sino que asume y estimula desde dentro, de modo connatural, las líneas de fuerza del mismo [46].

5. 2. Condición diocesana

Cuando un sacerdote se adscribe a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, no cambia su condición diocesana. En palabras de su Fundador:

> «No modifica ni abandona en nada su vocación diocesana –dedicación al servicio de la Iglesia local a la que está incardinado, plena dependencia del propio Ordinario, espiritualidad secular, unión con los demás sacerdotes, etc.–, sino que, por el contrario, se compromete a vivir esa vocación con plenitud, porque sabe que ha de buscar la perfección precisamente en el mismo ejercicio de sus obligaciones sacerdotales, como sacerdote diocesano» [47].

Precisamente es esencial a quien recibe la vocación a la Obra el buscar la santidad en sus circunstancias, allí donde ha descubierto la llamada divina. En el sacerdote diocesano esto se concreta en que no sólo no hay variaciones de su condición sino que procura con empeño renovado santificarse en ella.

45. Idem, *Conversaciones*, n. 114.
46. Cfr. L.F. MATEO-SECO, *o.c.*, p. 123.
47. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, n. 15.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Y para conseguirlo se sirve de medios de formación clásicos: meditaciones, círculos de estudio, convivencias, charlas fraternas de acompañamiento espiritual... Esa ayuda no interfiere sino que secunda la dirección espiritual colectiva que da el Obispo de cada diócesis: se trata de «una dirección espiritual personal solícita y continua en cualquier lugar donde se encuentren, que complementa –respetándola siempre, como un deber grave– la dirección común impartida por el mismo Obispo» [48].

Al hablar de completar la dirección espiritual colectiva del Obispo en la diócesis, hay que recordar algo ya apuntado. No se trata de completar algo incompleto, porque se sitúa en otro plano, el de la asimilación en la propia vida espiritual de lo que supone su condición de sacerdote diocesano. Todos los presbíteros deben plasmar en su existencia personal los contenidos de la consagración, misión, caridad pastoral, comunión con la Iglesia, con el propio ordinario y el presbiterio, etc., pero cada uno lo hará siguiendo la orientación espiritual que realmente le ayude. Quien es del Opus Dei lo hace según su espíritu.

Por esta razón no sería adecuado a la realidad plantear un problema de compatibilidad entre la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y la diócesis. Ninguna tradición espiritual, ningún valor que pueda considerarse perteneciente a la diócesis queda fuera del horizonte de santificación del presbítero que se asocia a la Obra. La vida entregada al ministerio en su diócesis de los ya numerosos sacerdotes que recorren este camino es el mejor testimonio de que el espíritu se hace realidad tal como es, rectamente vivido y comprendido.

Otra posible cuestión que puede plantearse, es si a quien recibe orientación y ayuda espiritual de una asociación presente en numerosas diócesis de todo el mundo, como la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, no estaría de alguna manera disminuyendo en algo su particular diocesaneidad, o al menos cambiando su contenido, al entrar en combinación con algo a lo que ciertamente se le reconoce validez espiritual, pero no exclusivo de la diócesis.

En la base de esta objeción teórica, en mi opinión está operando la tesis de «una espiritualidad diocesana», en el sentido de propugnar la existencia de «una sola espiritualidad diocesana», característica de una determinada diócesis. Desde el punto de vista terminológico pienso que es preferible hablar de espiritualidad para el clero diocesano, en vez de espiritualidad diocesana.

48. Idem, n. 16.

Teniendo presente el doble nivel del concepto de espiritualidad al que se ha aludido antes, habría que reconocer la riqueza eclesiológica y espiritual de la pluralidad –posible teóricamente, y real en la existencia histórica– de espiritualidades que se presentan como caminos de santidad para los sacerdotes de la diócesis.

Esta diversidad es un bien para la Iglesia universal, y por tanto también para la Iglesia particular en cuando se hace presente en ella el misterio de la Iglesia universal. Y es que lo que nace, por acción del Espíritu Santo, al servicio de la Iglesia universal, no es, en esencia, extraño o ajeno a una Iglesia particular.

5. 3. Secularidad

Ciñéndonos al dominio de la teología espiritual, el concepto que más puede convenirle a una espiritualidad para el clero diocesano es el de secularidad: sacerdote secular diocesano [49]. El significado de tal concepto sigue siendo objeto de reflexión; aquí interesa subrayar que un sacerdote diocesano, lo mismo que cualquier persona que desea incorporarse al Opus Dei, lo hace buscando un fin preciso:

> «La santidad en medio del mundo según el espíritu del Opus Dei y a través de sus medios ascéticos. En ese espíritu, el trabajo profesional es tomado como eje de la propia santificación; el sacerdote diocesano ha de tomar en el mismo sentido y con la misma urgencia el ejercicio de su ministerio sacerdotal, que a estos efectos puede considerarse verdadero trabajo» [50].

Con palabras de Escrivá de Balaguer, «si cabe hablar así, para los sacerdotes *su trabajo profesional*, en el que se han de santificar y con el

49. Cfr. J.R. VILLAR, *Clero secular, clero diocesano, clero religioso, clero extradiocesano. Anotaciones terminológicas*, AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*. XI Simposio Internacional de Teología (6-8 abril de 1988), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.

50. L.F. MATEO – SECO, *En las bodas de oro de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, «Romana», *Estudios 1985-1996*, p. 208.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que han de santificar a los demás, es el sacerdocio ministerial del Pan y de la Palabra» [51]. La condición secular, por tanto, es *conditio sine qua non* de la posibilidad de tener vocación al Opus Dei.

A este respecto, es necesario poner de relieve que en los sacerdotes y laicos del Opus Dei hay una unidad de espíritu. Dentro de ella no cabe contraposición entre la «espiritualidad del sacerdote secular» y la «espiritualidad laical». Ciertamente hay una especificidad en la espiritualidad del sacerdote, pero ésta viene dada en razón de la materia de su santificación, el ministerio, que tiene unas características y exigencias morales propias. Este género de especificidad no impide hablar de un espíritu común por razón de la común vocación y misión secular [52].

6. Conclusión

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se inscribe entre las asociaciones para fomentar la santidad del clero diocesano que las enseñanzas magisteriales recientes han refrendado de modo reiterado [53], proporcionando un estímulo eficaz y concreto, el que resulta del espíritu del Opus Dei, para vivir a fondo su condición de sacerdote diocesano.

Las palabras de San Josemaría que constituyen el hilo conductor de estas reflexiones, describían el espíritu de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz como una «espiritualidad secular y diocesana», entre otras, que surge como fruto de la acción del Espíritu Santo. Cincuenta años después de su nacimiento, Mons. Álvaro del Portillo escribía una carta a todos aquellos sacerdotes que a lo largo de esos años recorrían ese camino, recordándoles lo que debe constituir el impulso para vivir plenamente su vocación:

> «Meditad que estáis en la Obra porque habéis respondido a una llamada divina, y que el Señor os concede las gracias necesarias para que respondáis plenamente. En vuestra vida habéis seguido primero la llamada al sacerdocio y después habéis descubierto la vocación a la Obra, que ha reforzado la primera y os ha señalado el camino y los medios –en primer lugar las Normas y Costumbres de nuestro plan de vida– dispuestos por Dios para que seáis sacerdotes heroicamente santos» [54].

Como una de las expresiones de esa llamada, señalaba a continuación: «Una tarea apostólica espera el Señor particularmente de vosotros: que trabajéis para promover muchas vocaciones sacerdotales, y que os ocupéis de vuestros hermanos en todas las diócesis, siendo fermento de santidad y de unidad dentro de vuestro presbiterio» [55]; fermento de unidad, «porque la vocación a la Obra no os enquista ni os separa de nadie» [56], sino que lleva a vivir los vínculos con el Obispo, sus hermanos sacerdotes y toda la diócesis con todo el amor del que es capaz.

51. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, 24-XII-1951, en *El itinerario jurídico del Opus Dei*, p. 289.

52. El texto transcrito al principio, p. 1, ref nota 2, & 2, puede ser comprendido en esta clave, porque en el espíritu del Opus Dei no hay contraposición entre espiritualidad del sacerdote secular y espiritualidad laical.

53. «Han de estimarse grandemente y ser diligentemente promovidas aquellas asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesiástica, fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio» (Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 8). Cfr. sobre este tema, J. ESQUERDA BIFET, *Asociaciones y espiritualidad sacerdotal*, en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular*, Madrid 1987, pp. 599-607.

En el caso de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, hay que tener presente que está inseparablemente unida a la Prelatura del Opus Dei.

54. A. DEL PORTILLO. *Carta*, 9-I-93, AGP, P17, n. 404.

55. Idem, n. 405.

56. Idem, n. 407.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

BREVE RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Camino. Edición crítico-histórica* (Tomo I/1 de las Obras completas). Rialp, Madrid 2002, (XXXI + 1196 pp.). Edición preparada por Pedro Rodríguez.

— Homilía *Sacerdote para la eternidad*, en *Amar a la Iglesia*, Epalsa, Madrid, 2002 (1986[1]).

* * *

DEL PORTILLO, A., *Una vida para Dios: Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá. Discursos, Homilías y otros escritos*, Rialp, Madrid 1992.

ECHEVARRÍA, J., *Para servir a la Iglesia. Homilías sobre el sacerdocio (1995-1999)*, Rialp, Madrid 2001.

— *Maestro, Sacerdote, Padre. Perfil humano y sobrenatural del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Scripta Theologica» 34 (2002) 573-597.

HERVÁS, J. L., *La beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes bibliográficos*, «Scripta Theologica» 27 (1995) 189-217.

MATEO-SECO, L. F., *Obras de Mons. Escrivá de Balaguer y estudios sobre el Opus Dei*, «Scripta Theologica» 13 (1981) 727-812.

— *Temas teológicos en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá sobre el sacerdocio ministerial*, en «Scripta Theologica» 34 (2002) 169-194.

MATEO-SECO, L. F. y RODRÍGUEZ-OCAÑA, R., *Sacerdotes en el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 1994.

ORLANDIS, J.:, *Biografías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Reseña de las publicadas entre los años 1976 y 1995*, en «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» 6 (1997) 73-82.

REQUENA, F., *Cinco años de bibliografía sobre el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1995-2000). Un nuevo boletín bibliográfico*, «Scripta Theologica» 34 (2002) 195-226.

VV.AA., *Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer*, edición a cargo de Rafael Serrano, (Rialp, Madrid 1992).

— *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. Actas del XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1990).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Al celebrar este año el centenario del nacimiento y la canonización, el 6 de octubre por el papa Juan Pablo II, de San Josemaría Escrivá hemos pretendido que las sesiones de «Diálogos de Teología» sean un sentido acto de gratitud por la lección de fidelidad a la Iglesia que con su vida y su incansable actividad sacerdotal él ha ofrecido.

San Josemaría difundió a manos llenas su mensaje espiritual (el espíritu) entre fieles de toda condición en los cinco continentes, y con acentos muy entrañables, ya desde los comienzos de su misión pastoral, entre sus hermanos sacerdotes seculares.

Juan Pablo II afirmaba que «hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia: en efecto, el sacerdote de mañana, no menos que el de hoy, deberá asemejarse a Dios». Así lo veía también el Fundador del Opus Dei: «Yo pido a Dios Nuestro Señor que nos dé a todos los sacerdotes la gracia de realizar santamente las cosas santas, de reflejar, también en nuestra vida, las maravillas de las grandezas del Señor». A lo largo de este ciclo de conferencias, ponentes de reconocido prestigio, han expuesto distintos aspectos de la vida y de las enseñanzas de San Josemaría Escrivá en relación con el sacerdocio.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
102081312

9 788470 507014

Mainel Fundación

EDICEP

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei